

MERCEDES

## Marco Antonio Jaramillo Álvarez

**E**l autor de *Mercedes*, nació en Sonsón el 23 de septiembre de 1849, en el hogar formado por el acaudalado hombre de negocios, don Lorenzo Jaramillo Londoño y su prima hermana doña Jacoba Álvarez Londoño.

Su primera educación la tuvo en su ciudad natal, de donde viaja a Bogotá a terminar sus estudios generales y luego a los Estados Unidos de América en donde se gradúa como odontólogo de la Universidad de Pensilvania.

Terminados sus estudios, regresa a Sonsón y se casa en 1872 con doña Soledad Velásquez Estrada, con quien conforma una numerosa familia.

En 1875 es nombrado Director de la Escuela Superior de la ciudad y en 1892 se interesa en el proyecto de fundar el Colegio de San José, regentado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Para esta época, ya ha empezado su producción literaria y se le reconocen sus dotes de poeta, pues cada año escribe un sentido canto en honor de la Inmaculada Concepción.

Al iniciarse la guerra de los Mil Días (1899-1902), se une a las fuerzas militares como comandante del Batallón Londoño N° 6, formado en Sonsón. Su grado es de Teniente Coronel. Luego de participar en algunas batallas memorables, se retira, al terminar la guerra, con el grado de General.

Entre sus poesías están “A la Inmaculada”, “El montañés antioqueño”, “A Bolívar”, “Dedicatoria”, “A Cuba” y muchas otras.

En 1900 termina su novela *Mercedes*, la cual dedica a sus hijas, obra que no será publicada hasta 1907, cuando ya don Marco ha fallecido en Medellín, el 14 de Marzo de 1904.

Con un lenguaje, sencillo, fluido y natural, el escritor recrea situaciones históricas acaecidas en Sonsón a mediados del siglo XIX, dándole a la obra un estilo romántico, sin salirse del ámbito local; no obstante, logra unas excelentes escenas dramáticas y trágicas que hacen entretenida la lectura de la novela.

No se escapa al autor el rigor histórico de algunas circunstancias, las cuales fueron descritas con fidelidad, buscando informar objetivamente acerca de ciertos hechos que afectaron hondamente a la sociedad sonsoneña de entonces.

La novela, hoy casi desconocida, fue elogiada por don Tomás Carrasquilla, quién la llamó “La mejor novela colombiana después de *María*”, elogio que no acoge ninguno de los críticos que se han expresado sobre ella.

No dudamos que *Mercedes* es una bonita novela de costumbres, que ilustra sobre algunos aspectos históricos del Sonsón de la época (1860) y que sus diálogos y cuadros sobre la naturaleza son de buena calidad, pero el conjunto, adolece de la suficiente genialidad para lograr una unidad literaria verdaderamente significativa.

La primera edición de *Mercedes* se realizó en Medellín en 1907, Tipografía San Antonio. La segunda edición se realizó en Bogotá, en la Imprenta Nacional en el año de 1954 e incluye un proemio escrito por

Y ahora, la tercera edición, corre por cuenta del Centro de Historia de San José de Ezpeleta de Sonsón, a más de cien años de haberse escrito la obra. Busca con ello la entidad, difundir el patrimonio inmaterial sonsoneño y traer desde el pasado, algunos aspectos que ilustran las costumbres y modo de vida de los ancestros.

**Rafael Iván Toro Gutiérrez**  
Presidente del Centro de Historia de Sonsón

## **Mercedes**

Marco Antonio Jaramillo Álvarez  
Sonsón 1900

Primera edición:       Medellín 1907  
Segunda edición       Bogotá 1954  
Tercera Edición Medellín 2006

Publicación del  
Centro de Historia de San José de Ezpeleta de Sonsón

Editor  
**Rafael Iván Toro Gutiérrez**

Tipografía  
Litoglacial

Medellín  
2006

## Marco A. Jaramillo

### MERCEDES

Tal es el título de la última novela aparecida en Antioquia, obra póstuma del malogrado poeta Marco A. Jaramillo.

En el sentido riguroso del arte, es decir, juzgando en armonía con los cánones que rigen en la materia, la producción de que se trata no resiste un examen severo; pero no significa lo anterior que la novela carezca de importancia, ni que su autor deje de merecer los honores de un triunfo.

Por varios aspectos ocupa Sonsón el segundo lugar entre las poblaciones del actual departamento de Antioquia; pero no puede pretenderse que un joven que pasa la vida en una ciudad de provincia, por adelantado que esté, pueda llegar a la perfección del arte, y menos en un género que, como la novela, apenas se halla en mantillas en Colombia.

Como estrella solitaria, brilla en el cielo de su ciudad natal Marco A. Jaramillo con su novela de costumbres regionales, y la presenta en los altares del arte, a manera de primicia de la sociedad cuya cultura representa. **Mercedes** es una alborada que disipa la niebla y muestra horizontes dilatados, es el aleteo de un ave que provoca a entonar un himno: cante, pues, el poeta; moje la pluma y entre en el concierto de esa generación de escritores que en Antioquia pululan, y que han logrado imprimir carácter propio y sello peculiar a las manifestaciones artísticas inspiradas por ese pedazo de tierra.

**Mercedes** es la relación de unos amores campesinos, historia sencilla como las costumbres patriarcales de la familia a que pertenecen los héroes de la novela, pero historia demasiado cargada quizás del elemento trágico y de un desenlace reñido con la poesía.

Figuran en la novela que estudiamos hechos históricos ocurridos en Sonsón y en otros lugares durante la guerra de 1860, lo que comunica a la obra relativo interés, y la hará vivir entre los suyos como fruto primero de una civilización, a la vez que como recuerdo cariñoso de un amigo. No perdamos de vista que **Mercedes** fue escrita por el señor Jaramillo para su familia, y que ésta, movida por un sentimiento de legítimo orgullo, y cumpliendo disposición testamentaria, la publicó años después de la muerte del autor, y sin que él hubiera podido darle la última mano.

Sin proponérselo el autor, lo que se traduce en mérito, deja en la novela una enseñanza provechosa: la perversidad de Antonio, uno de los héroes; sus inclinaciones torcidas, las no domadas pasiones de su juventud, fueron letras giradas para el porvenir; como castigo a sus desmanes, la dicha que había soñado se evaporó con la muerte de su padre, primero; después con su enajenación mental, y luego con la eterna desaparición de su madre y de su novia.

Dejamos constancia de que los diálogos que aparecen en la novela son de lo más gráfico y natural que puede darse. Es verdad también que a veces se nota cierta especie de saltos, es decir, como que no hilvanan bien los pensamientos expresados en los distintos períodos; pero en cambio, la prosa es sencilla y el estilo tiene tintes poéticos que revelan el alma

dedicada del autor. Y ciertamente el señor Jaramillo tiene que contestar a lista cuando se estudie la poesía contemporánea colombiana.

En resumen, si Marco A. Jaramillo hubiera actuado en teatro más propicio; si el medio ambiente que respiró le hubiera sido más favorable; y finalmente, si los tormentos morales no le hubieran acibarado la vida y roto la tranquilidad, tan necesaria al espíritu para sus creaciones, a la hora presente no estaríamos considerando a **Mercedes** como un rayo de luna, sino como un sol en la mitad de su carrera.

Bogotá, 19 de junio de 1907

MANUEL ANTONIO BOTERO.

*Amadas hijas mías:*

Tengo el gusto de ofrecer os el libro que tanto tiempo os he hecho esperar.

Cuando os he negado el permiso de leer alguna novela, a pesar de que ilustradas personas mayores os autorizan para ello, era porque pensaba, como pienso ahora, que esos libros, por inocentes que parezcan, engañan a las jóvenes, pintándoles una vida que no es la vida real: una existencia sin tropiezos, o cuando más, con algunos obstáculos que se apartan fácilmente y que sólo sirven para hacer animado contraste con la suprema dicha que retratan. Era porque creía, como ahora creo, que las jóvenes, al estudiar los héroes de las novelas, se ven arrastradas a entender que como ellos son los hombres, y ese suele ser un fatal engaño.

Dicho lo que antecede, comprenderéis que casi os excito a estudiar la humana vida en el libro que os presento.

Si él lleva a vuestro espíritu alguna idea nueva para vosotras, si revela a vuestra alma algo cuyo estudio no hayáis emprendido antes, creeré haber escrito un libro útil.

Sé que por ser mío lo leeréis con amor, pero abrigo la esperanza de que el interés de la novela os abra hasta la última página sin cansaros.

Estas, que son las primeras palabras que pongo al frente de mi libro, son las últimas que escribo sobre ella.

Amadla como yo la amé y enseñad a vuestros hijos a leer en estas páginas.

**EL AUTOR**

Sonsón, mayo de 1900

## CAPITULO I

### Un envoltorito de hojas de achira

Estamos en Sonsón. Hace un tiempo malísimo. Mayo siempre es así.

En tan helado clima y en un mes de lluvias, cuán a sus anchas estaría el poeta que exclamaba:

*O está Jerusalén en tierra fría,*

- *O no fué allí donde David cantó.*

Miradlo: ¿veis ese señor alto, muy alto, delgado, calvo, que está en cabeza, recostado a la puerta de su anciano padre? Ese es Gutiérrez González el poeta sublime que cantó el maíz. Y como para probar su aserto de que sólo en tierra fría puede uno ser buen poeta, aquí sus inmortales elegías *Aures* y *¿por qué no canto?* Él era, “no como aves de la mar que cantan hacia el lado en que ruge la tormenta”, que dice Campoamor, sino como la mirla que silba lo mejor que sabe cuando la tarde se enfría. Jorge Isaacs escribió aquí algunos de sus bellísimos romances. ¿Recordáis el *Martina y Jacinto*? Aquí Federico Jaramillo Córdoba...pero vamos al cuento y retrocedamos a la fecha que dejo iniciada.

Son las nueve de la mañana. Calle abajo y llegando a la iglesia, caminan muy de prisa cuatro hombres que traen en largas palancas, atado con sogas, un tosco ataúd, hecho de cuatro tablas mal ajustadas y sin cepillar. Detrás de ellos, casi al trote, mirando a lado y lado de la calle y como queriendo disimular que corren, vienen otros ocho Hércules; traen los pantalones remangados hasta la pantorrilla. No vienen sólo para acompañar al muerto, que vienen por ayudar a traerlo, y con frecuencia sus hombros han estado bajo el peso de las palancas.

Todos, casi a la vez, entran en el templo y después cargan la humilde caja con su esfuerzo unánime para hacerlo con gran maña, no lejos de la puerta de la nave central, entre dos altas columnas de madera. Uno de ellos habla en voz baja con los demás y, como obedeciendo sus órdenes, otro se dirige a lo largo de la iglesia y se pierde tras las puertas de la sacristía; aquel otro sale por la del perdón y va a buscar al sepulturero; el de más acá llega al altozano y atraviesa la plaza diagonalmente para llamar al señor cura; y ese otro, envolviendo en sus anchas manos las puntas de los rejos de las campanas, empieza a doblar; y ya vuelve el que entró a la sacristía y coloca cuatro velas de sebo en sendos candeleros de plata, a lado y lado del cajón.

De todos los extremos de la plaza acuden numerosos chiquillos que, como radios de un círculo, corren a un mismo punto, al pie del hombre que está doblando: -¿Quién se murió?- No se oye la respuesta, pero la pregunta se repite de un niño a otro, y los que llegaron primero a la puerta de la iglesia salen lentamente, haciendo contraste con los que avanzan con en fatigosa carrera. -¿Quién se murió?- gritan los unos, ¡y luego en varias direcciones se oye el nombre de doña Manuela Botero!

Doña Manuela Botero era la señora de don Andrés Bernal. Su familia se componía de su esposa y cuatro niños, el mayor de los cuales era Mercedes, que cumplía por entonces nueve años. Después de la muerte de su esposa, don Andrés se fue a vivir a La Ceja con los tres varoncitos, que pensaba colocar al lado de sus hermanos, pues no quería casarse nuevamente, ni su fortuna le permitía aceptar por único trabajo encerrarse en su casa a cuidar sus pequeñuelos.

Mercedes se quedó a vivir con su tía doña Florencia Bernal, en un campo cercano al que había habitado con su madre.

Doña Florencia era una estimabilísima matrona, de unos cincuenta años de edad; era muy agraciada, pero nunca fue bella. A la hora en que trato de dibujarla es alta, recto su cuerpo y flexible, sus ojos negros parecían serlo mucho más por la sombra de sus largas pestañas y por un semicírculo violáceo que casi los rodeaba. Blanca la tez, que ya empezaba a

mancharse en la frente y en las manos. Algunas arrugas, como ríos de mapa, corrían a desaguar en los lagos de sus ojos. Dulce y bondadosa, como todas las señoras antioqueñas, nunca tuvo que acusarse de ira; su tez rosada dejaba ver, la mirada de cerca, una trabazón de arteriolitas rojas sobre los pómulos, que la daban a aquel color.

Ella no cacareaba su nobleza, pero cuando relataba un cuentecillo de su tío el doctor Bernal, de La Ceja del Tambo, o cuando hablaba de los retratos de sus antepasados, traídos de España por ellos mismos, se traslucía en la animación de sus palabras que amaba mucho su origen, y solía decir con aire de virtud, por lo cual no repugnaba oírlo, y que señalaba la alta idea que tenía de su cuna: “Yo no me canso de dar gracias a Dios porque me hizo nacer señora”.

No tan antiguos y limpios papeles aportó al matrimonio don Pedro Hurtado, esposo de doña Florencia, pero todo el mundo le daba o le dispensaba que se diese el título de *don*.

No me detendré mucho tiempo en su relato, porque, destinado, como Aquiles delante de Troya, a morir en breve, mejor es no haberlo conocido mucho: era, como casi todos los sonsoneños, bien formado, de encendidos colores, de abundante barba, de la que no usaba sino unas patillas que arreglaba frecuentemente con las tijeras, y se rapaba todos los domingos el mostacho y el espacio de la boca a la garganta; era alto, de anchas espaldas; tenía cerca de sesenta años y ya las canas habían quitado toda su hermosura a su poblada barba y a su rizada cabellera.

Si lo que mal empieza, mal acaba, ¿en qué parará esta novela que comienza con un entierro?...

Pero vamos al cuento, que parece hasta aquí contado de mala gana.

Vivía en *Magallo*, campo no lejos de Sonsón, en la época que dejo señalada, don Pedro Hurtado, con su esposa doña Florencia Bernal y su hijo Antonio, muchacho de unos doce años, hijo único de este matrimonio de patriarcas de avanzada edad, aunque parezca inverosímil, que no será esto sólo lo que haya de increíble en mi relato, y de una vez por todas debo afirmar que no hay nada en esta historia que sea absolutamente falso, aunque cambie algunos nombres, presente ciertas escenas aumentadas y corregidas, ofrezca por teatro lugares distantes de aquellos en que pasaron los sucesos, y aunque diga con otras palabras lo que quisieron expresar sus personajes.

Don Pedro Hurtado tenía, como casi todos nuestros campesinos ricos, una mala casita en el *sitio*, donde solía pasar con su familia las épocas de Semana Santa y de fiestas de San Juan y de Nochebuena; pero llegó la época de poner el niño en la escuela, y a esta necesidad se juntaba la de que el esfuerzo había que hacerlo también a favor de su hija adoptiva, la huerfanita Mercedes, y decididamente –y acaso por retirarse de aquel campo en cuya cercana vecina había vivido con la difunta doña Manuela, cuñada de doña Florencia –dejaron la montaña y se instalaron en la casa del pueblo a tres cuadras de la plaza. Consigo se trajeron la mejor vaca de leche.

Doña Florencia vino en la yegua alazana; don Pedro, Antonio y *la niña* –así la llamaban siempre- , a pie. A ésta la pusieron en la escuela de doña Dionisia Sánchez, mujer de un talento verdaderamente superior, señora de altas virtudes y de exquisitos modales. El muchacho se fue a la del Maestro Flórez. Al colocarlo allá, le dijo a éste don Pedro: “Maestro, aquí le traigo mi muchacho; es muy vivo, muy malo y tiene mucho talento”. En este concepto tienen a sus hijos casi todos los padres que conozco, pero sólo don Pedro, al hablar así, decía toda la verdad respecto del suyo.

Poco tiempo después de estar en la escuela, ya se sabía que Antonio era el más ágil para saltar chambas, el más guapo para pelear a los puños, el que mejor echaba el trompo y el que primero aprendía la lección.

Al fin de aquel año, el inteligente Maestro Flórez se fué a la ciudad de Antioquia a visitar a sus padres, y allá lo sorprendió la muerte, tal como si este hombre benemérito hubiera pedido al cielo, como le ruego yo, que me dé morir en el pobre pueblo que me dió por patria, y que guarde mis huesos el humilde cementerio en que fueron sepultados mis abuelos.

Dos discípulos de Flórez, Epifanio Botero y otro “de cuyo nombre no quiero acordarme”, abrieron la escuela en 1853 y llevaban a la viuda de su maestro el sueldo que devengaban. Si la novela no tuviera otro objeto que el de recoger nombres y las nobles acciones de aquellos que no alcanzan a escribir en sus augustas páginas la historia, esto sólo bastaría para hacerla útil, tanto como es amena.

Unos meses después vino a regentar la escuela don Clodomiro Márquez.

Una tarde subió Antonio las gradas de la plataforma donde estaba el asiento del maestro, y le dijo a éste:

-¿Me deja ir a encerrar?

-Vaya usted – le respondió don Clodomiro-, pero cuando vuelva, venga a casa aunque sea a la oración, porque lo necesito.

El muchacho salió alegre, se puso el sombrero al saltar del quicio y comenzó, hablando solo, a desenvolver una soguita que tenía amarrada en la cintura; llegó a la casa corriendo, le dieron pan y dulce, y salió corriendo por la calle.

-Antonio, ¿onde vas?

- Onde mi taita Tomás.

-Dicí, verdá –exclamó el otro con plañidero acento.

- Pues a encerrar, hombre.

-¿Voy con voz y me dejás venir en el ternero?

-Hombre, si no sabe de montar: apenas sabe de barriga.

-¡Sí!... cuando yo te he visto en él... ¿voy y me dejás venir hasta la cañaíta, y d'iai te venís vos hasta aquí?

-No, hombre, si no es por no dejarte montar: es que tengo que ir a toda estampida.

Y siguió su camino comiendo dulce y pan.

Media hora después volvía Antonio a su casa, horqueteado en un ternero frisolo, al que le torcía la cola para que corriera, y el animalito emprendía un trote casi tan duro como un corcovo. Un momento después se apeaba en el patio aquel jinete, encendido el rostro, sudorosa la frente, robusto y esbelto como un ternero criado a toda leche, aunque sea mala la comparación.

Apenas soltó su cabalgadura en el solar, arrojó la soga bajo una cama y se fue a casa del Maestro.

Tímido y encogido se estuvo a la puerta, hasta que una señora le preguntó que buscaba, le oyó lo de la cita y lo mandó entrar.

El Maestro estaba preocupado y leía en alta voz un manuscrito, con entonación un sí es no es arrogante y declamatoria. Se levantó de su asiento al ver al niño y, haciéndole señas para que se acercase, le dijo:

-Antonio, usted es el del discurso; apréndalo muy bien de memoria; no se lo diga a nadie, y del lunes en adelante empezamos a ensayarlo.

¡Qué contento se puso el muchacho! Levantar el discurso en los certámenes era señal de ser el primer estudiante de la escuela.

Alegría como la del niño, experimentaron en su casa don Pedro, doña Florencia y Mercedes, y ofrecieron guardarle el secreto.

Llegaron por fin los certámenes. En el local de la escuela fueron examinados los niños, uno a uno, clase por clase. Entre los más adelantados figuraba Antonio. Después, terrible como el día tremendo del Juicio, llegó el certamen público, los examinadores se presentaron en la puerta de la escuela, donde esperaba ya la banda de músicos; sonó una campanilla en la

plataforma del maestro, oyóse el ruido que hacían los niños al levantarse de los bancos, y luego el compás que marcaban con los pies, marchando en formación alrededor de la escuela.

El maestro se presentó en la puerta, saludó a los examinadores, estrechó la mano del señor Cura y la del Alcalde, y dijo un gracejo a los otros.

La música rompió a tocar una marcha, y la larga fila de más de ciento cincuenta muchachos fue extendiéndose por la acera, como una hebra que se desenvuelve de un carretel oculto a nuestra vista,

Por la calle marchaban en grupos el maestro, el alcalde, el cura, los examinadores y algunas personas respetables.

Los viejos de hoy, que eran los niños de entonces, me cuentan que aún creen escuchar el aire de aquella música y que todavía se estremecen a su recuerdo.

La procesión marchó dando la vuelta en derredor de la plaza, y los golpes del bombo parecían repercutir en el corazón de cada niño. Retratábase el susto en sus desconocidos semblantes. Todos llevaban su mejor vestido, todos iban limpios; cuatro tenían calzado de cordobán; cuando más, seis vestían calzones de pañete; la generalidad iban descalzos, con pantalones de manta, con camisa blanca algunos, y de zaraza otros; muchos en camisa, sin ruana y sin saco.

Así entraron en el templo y ocuparon en dos filas los largos escaños. Cuando la multitud se aquietó un poco, a una señal del maestro se levantó Antonio de su asiento, atravesó largo espacio hasta llegar al frente de los examinadores, y subiéndose a un escaño, empezó el discurso: "Señores..."

Con dulce y sonora voz habló largo rato, un poco aprisa; no recuerdo que dijo, pero debió ser algo bueno, porque el maestro Clodomiro tenía talento, y luego el niño, doblando la cabeza, agregó: "He dicho".

Terminado el discurso, la multitud empezó a retirarse y quedaron casi solos los examinadores y la escuela.

El acto fué muy lucido, y la sociedad entera quedó muy satisfecha del resultado de los certámenes. Sólo el maestro Clodomiro se hacía el descontento.

Al día siguiente, en la tertulia de don Anselmo, le dijo Gutiérrez González:

-Hombre, Clodomiro, yo no asistí al certamen, porque estuve paseando por *El totumo*; ¿Cómo lo hicieron los niños?

-Muy bien –contestó el maestro, moviendo de arriba abajo la cabeza-: en religión hubo cuatro que supieron el bendito, y dos que no se equivocaron en el padrenuestro; en gramática le preguntaron a uno: ¿Qué es gramática castellana?, y respondió muy sí señor: "Gramática castellana es una composición go nada y extractada del verbo sintaxis que es de la Ortografía".

Por esta época la necesidad pedía a gritos –como su leche el niño- un establecimiento de educación secundaria; y, a moción del señor cura y de algunos caballeros, se abrió el colegio de Santo Tomás de Aquino, dirigido por monsieur Alfredo Callón, caballero distinguido, hijo de Francia y uno de los extranjeros más sabios que hasta su época pisaron el territorio de la Nueva Granada. Pronunciaba nuestra lengua haciendo gran esfuerzo con la garganta, de suerte que casi todas las letras parecían guturales en su voz, principalmente la r, que sonaba en sus labios como g, y así decía: "Luís Maguía Botego es un mozo de pgovecho; el Maguinillo Juan Pablo tiene talento, pego no el bastante paga dominag su genio; Antonio Hugtado es un niño que pgomete mucho".

El siguiente rasgo retrata el carácter del señor Callón, y aunque él no tiene papel en esta novela, séame permitido referirlo en honor del sabio que tanto amó esta tierra y que tanto bien hizo en ella.

Un comerciante de Medellín se empleó algún tiempo en hacer moneda falsa en Inglaterra; desde entonces nos hacía el *favor* de mandarnos mucho dinero; la policía comprendió el enredo en Londres, persiguió al señorón, pero éste que no era ningún triste, se destapó para su casa en el primer velero que se hacía a la mar. Años después, un negocio de minas lo trajo a

Sonsón, y mirándole el señor Callón con los ojos centelleantes y como si viera a un enemigo, dijo a los que le acompañaban: “Ahí tienen ustedes un caballego... y qué importa que haya sido ladgón y monedego falso, si todavía le quedan algunos gueales paga podeg llamagse caballego en esta tiega donde no hay sanción?...!Que se hubiega quedado en Inglatega y yo le doy su caballeguía pog buena pagte”

Como queda dicho, Antonio prometía mucho, pero un incidente tan trabajoso de repetir como funesto en sus resultados, minó aquella casa de educación, que se derrumbó más tarde al empuje de otro acontecimiento verdaderamente desgraciado: Antonio sufrió un día la grave reprimenda que sobre su conducta y la de otros compañeros lanzó el señor Callón, y el héroe de esta novela, que no perdonó nunca, resolvió vengarse a la Cambronne. Probado está que el general dicho no lanzó la palabra aquella que Víctor Hugo le atribuye en su desfigurada batalla de Waterloo, pero el hecho, falso y todo, es tan generalmente conocido, que a él puedo referirme como si fuera realmente histórico.

Antonio puso sobre la mesa del Director un envoltorito de hojas de achira que encerraba lo que dijo Cambronne. Descubierta el pastel, tratóse en vano de descubrir el confeccionador: “eso fue Marinillo”, dijeron unos; “Leopoldo y el Mono, que viven en cuchicheos” dijeron otros, “fueron Antonio o Cadavid” exclamaron los más.

La cólera del señor Callón hacía temblar la casa; el miedo, como una antorcha de azufre vertía extraña palidez sobre aquellos semblantes, porque todos los colegiales estaban amenazados si no se descubría el delincuente. Pasó una hora; el criminal no se acusaba, ni nadie daba razón de él, y todos los estudiantes fueron castigados con diez y seis ferulazos cada uno, y aquí fué el llanto y crujir de dientes.

Multitud de jóvenes ya formados, inteligentes y pundonorosos, que no habían sido quizá castigados nunca, fueron a sus hogares llevando las mejillas enrojecidas por el llanto, tremendo castigo que nuestra legislación rechaza y que Maury encuentra justo ante la impunidad del delincuente.

Algunos de los estudiantes no volvieron al colegio. Uno de éstos fue Antonio, que mimado como hijo único, hacía en todo su voluntad. Llegó a su casa, encerróse en un cuartico de bahareque que para su habitación habían construido en un extremo del pequeño corredor de un balconcito que miraba a la calle; lloró amargamente, sin querer abrirles ni a su madre ni a Mercedes, que lo llamaron con afán, repetidas ocasiones. Mas cuando don Pedro volvió de *Magallo*, como a las dos de la tarde, y el bribonazo de Antonio sintió en el patio las pisadas de la yegua, salió de su cuarto y corrió a su padre, mostrándole las manos hinchadas y rojas, y contándole lo inmerecido del castigo, por lo cual el buen viejo, sin dejar acabar a su hijo, le mandó que fuese a recoger sus cosas y no volviera a ese Colegio. Doña Florencia manifestó su pesar, y declaró lo des acertado del procedimiento de retirar al muchacho de aquella enseñanza, y dijo que esperaran un poco, que lo probable sería que ningún joven volviera a ese plantel y entonces se evitarían la papelada de retirar a Antonio, y agregaba: - ¿Qué vamos a hacer ahora con él? ¿Mandarlo a trabajar a *Magallo*? Está muy niño y él no tiene necesidad de comenzar a matarse todavía, porque, gracias a Dios, no tiene que pedirle nada a nadie. ¿Mandarlo a estudiar a Medellín? Tampoco, porque está muy tierno para separarse de nosotros; porque allá lo mata la pesadumbre, se aburre, no estudia, no aprende y se pierde chicha, calabazo y miel.

Pero doña Florencia, que así racionaba, sentía en el alma la pena de su hijo y hacía esfuerzos para consolarse a si misma y para no dejar comprender la mortificación que sufría su orgullo y su amor de madre, al ver las negras pestañas de Antonio, humedecidas por las lágrimas y al mirar las doloridas manos de su mimado. A veces quería someterse gustosa a los deseos de su marido y de su hijo, pero como viera que Mercedes se expresaba claramente en contra de la idea de retirar a Antonio del Colegio, volvía doña Florencia a insistir en que el niño siguiera estudiando, en la esperanza de verse contradicha por Mercedes, porque deseaba que ésta fuese en todo del querer de Antonio, ya que pensaba que un día había de

ser su esposa y quería que esas dos almas no tuvieran sino una sola voluntad. Algunas veces, en el silencio de la noche, haciendo pasar ante los ojos de su esposo el panorama del porvenir, le había dicho:

-Cuando Antonio y Mercedes crezcan, deben casarse. Ella es más linda que cuanto se diga; juiciosa como su madre y entendida como no hay otra; él va a ser todo un buen mozo, y cuando nosotros nos muramos será dueño de todo esto, y si Dios nos conserva la vida, cuando ellos estén grandes y se casen... aunque les demos todo lo que hay, y que ellos nos mantengan.

Y solía responderle don Pedro:

- Eso del casamiento estaría muy bueno; a mi también me gustaría; ya estoy como enseñado a pensar que vivirán siempre juntos; pero convéznase hija “casamiento y mortaja, del Cielo baja”. Y no hay de otra. “El hombre propone y Dios dispone”; “dejemos pasar los patos” que “lo que fuere sonará”. Y Dios haga lo que tenga determinado, y no nos metamos nosotros en sus cosas. Por mi parte, quisiera que, si Dios no lo tiene para casado, se ordenara.

-¡Valiente gracia! Pues si Dios no lo tiene para casado, que se ordene; pero como yo sé lo malvado que es, que no ha echado Dios al mundo un niño más vivo, no pienso sino en cuando lo vea tomar el estado y hecho un hombre de juicio.

Y volviendo a la escena que dejamos principiada, recuerdo que don Pedro, saltando de la silla la cerda que era el cabestro de su yegua, decía: “Pues, señor, lo dicho, dicho y salvo mejor parecer, creo que el muchacho no debe volver al tal Colegio”, y ocultó la cara bajo la cabeza de la montura para soltar la cincha; luego, tomando aquella por la cabeza, la bajó al suelo haciendo gran ruido con los estribos, mientras la madre de Antonio decía:

- Pues no sé qué camino vamos a coger: no se debe sacar el muchacho del Colegio, ni se le puede volver a mandarle a él, ni es corriente ponerlo a trabajar, ni yo permito mandarlo a Medellín; con que...

- A ver, Antonio –interrogó don Pedro, al mismo tiempo que le quitaba el freno a la yegua-; ¿usted qué opina? ...pero sin llorar, hombre, que “el que es hombre no llora ni aunque se vea con las tripas colgando”.

Yo, si ustedes quieren –dijo el mozo-, puedo seguir estudiando en la casa hasta que pongan otro Colegio aquí, o mi padre me mande para Medellín.

- A ver Mercedes, “mientras tiemplan y eso” –volvió a decir don Pedro-, démele una aguamasita a la yegua, que el que no cuida su bestia merece andar a pie.

En seguida rodeó con el brazo el cuello de su santa esposa, y así entraron los dos en la sala, seguidos de su hijo. Cuando *la niña* volvió, estaba ya convenido que Antonio no volvería al Colegio; que estudiaría en su casa mientras tanto; y que allí estaba Dios que haría lo demás.

## CAPITULO II

### Una adivinanza nueva

Terminado así el asunto, en un momento distribuyó Antonio las horas del día entre las materias que debía estudiar. Habló con el doctor Jaramillo, con Federico Escobar, y ya tuvo cátedráticos; todo ello no tenía sino un inconveniente, y era que alguno de los nuevos maestros vivía muy lejos de la casa de Antonio y no podía darle las lecciones sino de noche.

Tanto don Pedro como la señora hicieron mucho para remover el obstáculo de la noche, pero discutieron en vano, porque no se pudo obviar el inconveniente.

-“Del mal el menos” –dijo don Pedro, y se aceptó la clase a esa hora y a larga distancia de la casa. Esta quedaba en una esquina, y así tenía dos lados a la calle. El que daba al sur era muy pendiente y por allí se entraba a la casa, pero cuando, atravesados el patio y la sala, se salía al costado que miraba al Oriente, el desnivel del terreno había hecho que se estuviese ahora muy alto respecto de la calle, y por esa la casita tenía sobre ese lado un balcón que por un extremo terminaba en la esquina, y por otro, en el cuartico recientemente construido para Antonio.

Vivía no lejos de la casa de don Pedro una muchacha llamada Rosa, a quien los jóvenes habían dado en apellidar la *Gustadora*, porque sin ser bella, tenía un encanto especial en el alma y otro en el cuerpo.

Era huérfana de padre, y ojalá lo fuera de madre también, que ésta era una vieja de mala reputación y que gustaba de tomar aguardiente.

La casita en que vivían era un cuartico de bahareque con techo de paja; eso era su sala, su cuarto de labor y su alcoba. Dos estacas clavadas en la pared sostenían un pedazo de tabla de color más que oscuro, sobre la cual había dos botellas con anisado y media copa, pues la base y la columnita habían desaparecido tiempo atrás.

Rosita trabajaba mucho y así lograba dar a su vestido cierto lustre; vivía casi sola, pues su única compañera, cuando no estaba con tragos o paseando en la vecindad o durmiendo en casa, estaba lavando.

La muchacha era la virtud misma, el amor de muchos y la envidia de muchas. Recibía las visitas de numerosos jóvenes, les vendía licor, les conversaba dulcemente, no les admitía regalos –pues decía que no estaba de limosna- y se conformaba con venderles el aguardiente, escaseándolo un poquito en la medida.

*La Gustadora* se levantaba, servía el trago pedido, preguntando a cada uno: ¿grande o chiquito?, y todos, por complacerla, respondían : “chiquito”. Luego volvía la botella y la copa a su puesto, tomaba el valor de la mercancía y lo guardaba casi desdeñosamente en el cajón de una mesita tabaquera que a veces le servía de asiento.

Todo el mundo la respetaba aunque pertenecía a una baja capa social; pero si algún galán un poco desmañado dejaba caer una frase falta de decoro, la muchacha hacía como si no la hubiera oído.

Antonio había contraído, con otros estudiantes, el gusto por las visitas a *la Gustadora*, y allí aprendieron todos ellos a tomar la primera copa.

Cierta noche en que fue Antonio a recibir su lección de álgebra, encontró preocupado al maestro en el cuarto en que lo hallaba siempre, y después de breve saludo le preguntó:

¿En que piensa, en otro problema?

- No hombre, Antonio: nos puso Gutiérrez un acertijo esta tarde, sentados en los bancos de la pereza, adivinanza que improvisó y escribió allí mismo. Yo tenía principio de jaqueca y con cavilar tanto en esto, me estoy muriendo de la cabeza, y cada vez estoy más lejos de adivinarlas. Escúchela usted:

“Me alimento de llamas, a mordiscos  
Cómo carbón, ceniza y puro tizne  
Y me meten los dedos en los ojos  
Cuando quieren que coma o que vomite.”

La luz de una vela de sebo, puesta en un candelero de cobre que había sobre la mesa a la cual estaba sentado el catedrático, con la adivinanza escrita con lápiz en una vuelta de carta, la luz, decía, estaba rojiza y la llama alcanzaba apenas a cubrir el negro pabilo. Antonio oyó leer el acertijo, y acercándose a la mesa, con una sonrisa de satisfacción indefinible, tomó las despabiladeras y dijo: -A ver si alumbrándole la adivina... - y cortó el pabilo.

-No hombre, si no es por falta de luz.

-Sí, señor; si era por falta de luz. -Y reía

-Hombre, no lo entiendo a usted.

-Pues, señor, me explicaré más clarito, “las despabiladeras”----y soltó la carcajada.

El profesor se alegró al ver descifrado el enigma, y se disculpó con la jaqueca para no hacer clase esa noche.

Antonio salió, y andando calle arriba, pensaba qué haría, a esas horas, y pasó de largo por su casa y fuese a la de Rosita.

Al llegar encontró, parado en la esquina inmediata, un mulato, reconocido pretendiente de *la Gustadora*, mozo de mal carácter, pendenciero y díscolo.

-Buenas noches Juan.

-Buenas noches, don Antonio. ¿Va usted a galantear a la Rosita?

-No tanto, hombre: voy ha tomarme un trago para irme a dormir.

- Creí que venía como otros tantos pelagatos, a meterse en lo que no le importa.

-No, Juan; lo dicho, dicho; en esto salgo

- Pues si quiere quedarse, aquí aguardo yo para sacarlo cuando me dé la gana.

Antonio oyó como que le chillaban las orejas, sintió subírsele toda la sangre a la cara, hasta parecerle que tenía sobre los ojos una venda roja, pero no respondió y entró en la casita de Rosa. Esta bordaba, sentada con su madre en la cama; entre las dos estaba la mesita tabaquera; la vieja atesaba sobre ella hojas de tabaco, y una vela, pegada a la pared iluminaba el *tambor* de la joven.

-Buenas noches -murmuró Antonio.

-Buenas se las dé Dios; prosiga Antoñito; venga siéntese. Arrímale, Rosa, la banqueta.

-Gracias, no me siento, me están esperando y dije que volvería pronto.

-Sí, vagamundo; aquí te estoy esperando; ojalá no tardes mucho- dijo por la ventanita de la calle la voz de Juan, temblorosa de celos y de coraje.

Pero no había concluido su última palabra, cuando Antonio, dando dos saltos, cogió un palo de la talanquera -como lo había hecho en *Magallo* para descargarlo sobre alguna vaca que se deleitaba en el arado- y salió a la calle lleno de ira y haciendo sonar su garrote contra las piedras.

El mulato, al verlo, retrocedió unos pasos; luego paró, y cuando Antonio se le acercaba, alzó la mano en que tenía una pistola y le disparó a éste. Como deslumbrado por el fogonazo, o como instintivamente, Antonio se detuvo un punto, pero

sin pensar si estaba o no herido, se lanzó sobre Juan, le descargó un garrotazo en la frente, y el mulato vino sin sentido y boca abajo al suelo.

Las dos mujeres, que habían tratado de seguir a don Antoñito, llegaron y recogieron al herido; Antonio les ayudó a entrarlo a la casa de Rosa, y cuando Juan volvió en sí, aquél pidió un trago y se despidió de *la Gustadora*.

De paso encontró la pistola que el mulato dejó caer al suelo, la guardó y siguió su camino. Apenas eran las ocho de la noche; entró a casa, donde sus padres y Mercedes estaban en la sala conversando.

Nada revelaba en el semblante de éste héroe de diez y seis años, que acaba de echar por tierra no sólo al mulato Juan, sino a su reputación de valiente, levantando así un pedestal a su futura fama.

-¿Por qué vuelve tan temprano? –le preguntó su padre.

-El maestro estaba con jaqueca y no hicimos clase; pero les traigo una adivinanza que ustedes no han oído.

Los tres se dedicaron a pensar silenciosamente en el enigma, y Antonio, recostándose en una tarima, dijo: ¡maldito negro!

-¿Qué negro? –le preguntó alarmada Mercedes.

-Ese... pues, ése... que cuando uno oye la adivinanza cree que se trata de un negro come-candela. ¿No adivinan?

-No. Díganos ya –clamó *la niña*.

-¿Digo?

-Pues, decí, hombre –gruñó don Pedro-, que lo que es yo, “Viejo está Pedro para cabrero” y “loro viejo no aprende a hablar”

-¡Pues las despabiladeras!... ¡Y cayó privado el taitazo!

-¿Quién cayó privado? –preguntó asustada doña Florencia.

-Ese... ¡ah!, pues el maestro, que se quedó lelo cuando se la adiviné.

Y temeroso de decir algo más, en medio de su preocupación, se volvió a Mercedes y le dijo:

- Mi vela; me voy a acostar.

- Andáte, que yo te la llevo –dijo ella, y se dirigió a la alcoba.

Antonio salió al balconcito y, torciendo a la izquierda, llegó a la puerta de su cuarto. Un momento después pasó Mercedes con una vela encendida, que llevaba cogida entre el índice y el cordial de la mano derecha, en tanto que con la izquierda entreabierta, rodeaba la llama para librarla del viento, y mientras caminaba, miraba alternativamente a la luz y al cuartico. Su delgada y fina nariz se dilataba por momentos, como en señal de afán. Entró en el cuarto de Antonio y le dijo:

-Ole, ¿vos qué has hecho? Desde que entraste te comprendí que venías de otro modo. ¿que te sucedió?

Mercedes y Antonio se tuteaban a su modo, o se trataban de usted, según las circunstancias. Las actuales reclamaban aquel trato de amistad más franca y Antonio respondió:

-Que te parece que me encontré con el novio de Rosita; -y sin faltarle un detalle, le refirió a Mercedes todo lo sucedido, y como epílogo, le mostró la pistola, olorosa todavía a pólvora quemada.

- No le vas a contar a mi madre –añadió.

-¡No, por nada! ¿Y no habrá riesgo de que quiera, cuando se alivie, volver a despicarse con vos?

-No, no hay ni bamba. No te dé miedo. Mírate en el espejo lo descolorida que estás, mientras yo me meto en la cama... Ya estoy; sentate en el baúl hasta que me duerma, que todavía estoy asustado... y no es miedo del negro, sino de... no sé qué...

Mercedes clavó en él la vista, derramando en su mirada toda la languidez de aquellos grandes ojos claros, que la compasión y la hermosura habían elegido para mostrarse desde allí como desde un solio.

Antonio se santiguó, puso la cabeza en la almohada, se abrigó con el viejo bayetón de su padre y cerró los ojos. Mercedes, sentada en el baúl, permaneció en silencio un largo rato. Antonio no se movía. Un confuso tropel de voces que salían de su garganta la hizo comprender que su primo estaba dormido. Se levantó entonces, apagó la vela, salió, y al cerrar la puerta, oyó que Antonio decía: “de un guascazo”.

A la mañana siguiente se levantó Mercedes muy temprano y abrió la puerta de la calle.

Sobre la tapia de enfrente, un cucarachero zapoteaba y chirriaba los dientes mirando al sol; cinco gorriones volaron asustados del centro de la calle, como ladrones sorprendidos; uno de ellos se encaramó en lo más alto de un obelisco de esmeralda semejante a un sauce, y con su chío, *chío, chii...* pareció decir a Mercedes: “¡Ven a cogerme si lo crees tan pilao!”. La niña, sin cuidarse de los pajaritos, miraba para arriba y para abajo a lo largo de la calle, temiendo la vista de otros pájaros diferentes de los que había espantado al abrir la puerta.

Escuchábase, no lejos, el ruido sordo y acompasado de un pilón, semejante a los latidos de un corazón inmenso. Un olor a ruda embalsamaba el aire, y Mercedes, aspirando los perfumes de las huertas sembradas de maíz, corrió una cuadra para arriba, llegó a la casa de la *Gustadora* y golpeó suavemente. Rosa abrió un *cantico* de la ventana, miró cariñosa a Mercedes y, respondiendo a las preguntas de la niña, dijo:

-Hasta media noche estuvo muy mal; después se sosegó y durmió un rato. Ahora está despierto y parece aliviado. Nosotras le hemos dicho que aquí se queda hasta que esté bueno, y como que está conforme con eso, y antes alegre por no haber matado a Antoñito.

Mercedes no quiso oír más y, sin despedirse, volvió corriendo a su casa.

El fogón que había dejado encendido chisporroteaba alegremente, y sobre los tizones, una *olleta* de barro, negra como la puerta de la cocina, principiaba a cantar, como los pobres cuando empiezan su trabajo, bajo los rayos del sol vivificante. Un minuto después, Mercedes llevaba al cuartico de Antonio el desayuno, más temprano que nunca, por el deseo de comunicarle que el negro estaba aliviado.

Antonio seguía sus estudios, pero con menos regularidad que antes: ya se detenía, en ocasiones, a jugar unas mesas de billar, cuando debiera estar tomando su lección de Geografía; ora solía irse de visita, de noche, a casa de un amigo, perdiendo así la clase de Álgebra

Empezaba ya a hablarse en ciertos lugares y entre ciertas gentes de la no buena conducta de aquel héroe.

El mulato Juan se había repuesto y había hablado muy claro con *la Gustadora*: él le había enrostrado la afabilidad y dulzura con que ella recibía a sus visitantes, y ella le había echado en cara el mal genio, culpa de muchos sinsabores. Habían quedado amigos y resuelto casarse lo más pronto posible.

Una mañana –era un lunes– estaba Juan en la esquina de la plaza, cerca de la casa de don Sotero; allí se vendía aguardiente, y muchos campesinos trasnochados del último baile o cansados de las faenas del día anterior en el mercado, holgaban por ahí, antes de retirarse a sus montañas, donde hacen quejar los montes al golpe del hacha formidable que descuaja la selva.

Antonio saludó en un corrillo cercano al que ayudaba a formar el mulato. Aquél, después de corta conversación, sacó la pistola caída de las manos de Juan la noche aquella, y mostrándola, decía que se la había topado yendo para su casa. Antonio se apoyaba airoso en un grueso bastón de *guasco* que usaba de unos días atrás, diciendo en casa que le dolía

una rodilla. El mulato conoció la pistola, y con ojos animados y en actitud de recobrarla a toda costa, se dirigió al grupo en que la miraban. Antonio lo esperó con aparente calma, y el mulato dijo tomando la pistola: “Esta es mía.”

- Tuya no –replicó aquél, y arrastró el palo por el suelo, como diciendo ¡”En guardia!”

El mulato devolvió el arma al que se la había entregado para verla, y dijo blandamente:

-¡Ah!, creí; se parece mucho, pero no es la mía. Y volvió al corrillo de donde había salido.

Ocho días después de este incidente, que refiero porque se conozca cuán tenaz era el carácter de Antonio, que no se contentaba con obtener la victoria sobre un enemigo, sino que necesitaba que éste reconociera su vencimiento; ocho días después, repito, Juan Duque y *la Gustadora* marchaban camino de Aguadas, a donde iban a establecer su residencia; ambos a pie, ella pisando los rastros que marcaba en el polvo el ancho pie de su esposo, el rostro encendido, a pesar de la sombra que le hacía su sombrerito de paja, y triste porque dejaba su pueblo, pero coqueta y dulce como la esperanza.

## CAPITULO III

### A la suerte

Entre los jóvenes que vinieron de otra parte a estudiar en el colegio de Santo Tomás, se contaba un gallardo mancebo de Medellín, a quien sus condiscípulos llamaban Bravito, y que en la historia de Antioquia figura con el nombre de Pascual Bravo.

Tendría entonces la edad de Antonio. Era pálido, de ojos negros que chispeaban a cualquier movimiento de su alma; es decir, que si esforzaba su poderosa memoria para que le recordase algo, ya aparecía en sus ojos -negros y brillantes como dos chumbimbas mojadas-, si se me perdona el humilde símil, un fulgor vivísimo; si meditaba en un problema algebraico, sus ojos despedían un destello que parecía venir de las claridades de su espíritu; y si su firme voluntad lo impulsaba en un sentido cualquiera, naciente apenas su resolución, aparecía la llamarada con que sus ojos semejaban iluminarle el camino por donde quería lanzarse.

Era delgado, ágil y flexible de cuerpo; sobre su labio aparecía una dulce sombra, como plumada con un lápiz de conté; sus vestidos, más lujosos que los de sus compañeros y, sobre todo, la circunstancia de asistir en el colegio únicamente a las conferencias de matemáticas que dictaba el sabio Callón, le daba cierta elevada categoría entre los estudiantes, con la mayor parte de los cuales se rozaba apenas. Era altivo y ardiloso, por lo cual se le vió muchas veces en acalorada discusión con algunos de ellos.

Estimábase que él y Antonio eran los mejores estudiantes de matemáticas.

Dos días habían pasado después del castigo de aquellos, y acababan de salir a la plaza, a la hora de recreo. Aún no se habían apagado los últimos gritos de “¿quién compra dulces pa juntos?”; “sorteo a ver quién paga las empanadas donde ña Ramona Castillo”; “que si compran curabas”; “¡ah malaya ña Josefita con el pandequeso!”; cuando apareció Antonio, que había escogido esa hora para volver al Colegio por sus útiles. Al verlo, se le acercaron varios grupos de estudiantes, y todos le preguntaban: “¿vuelves?” Esa era la voz del día con que averiguaban entre sí cuales seguían en el colegio y cuales lo dejaban.- ¿Vuelves? – le repetían, y contestó:

-Ni a palos

-Pero, hombre – le dijo Bravito-; tú si debías volver, porque al menos, a ti sí te castigaron con justicia, pues, según cuentas, tu fuiste el de la porquería.

-¿Según cuáles cuentas? ¿Las del rosario?

- No; según cuentas...y tú me entiendes.

-¿Según cuento yo?

-No; lo dicho: según cuentas.

-¿Pero según qué cuentas, hombrecito, por Dios, las cuentas de la Aritmética?

- ¡Eh!, hoy si que está vivo – y le dió en la espalda.

Antonio siguió en dirección al colegio, y cuando había caminado unos pocos pasos, le dijo de lejos otro estudiante con voz fingida:-¿quieres empanadas, Toñito? Creyó éste que la frase la vertía Bravito, en son de mofa, y repuso dirigiéndosele: “Tengo en mi casa mucha comida y, a Dios gracias, no necesito la de las casas ajenas.

Bravito, que se hospedaba en medio de una familia rica, íntima amiga de la suya, se sintió herido, y de un salto se puso al alcance de Antonio, y al mismo tiempo que le gritó “¡canalla!” le dio una bofetada.

Una venda roja oprimió los ojos de Antonio, mientras los brazos de muchos compañeros lo envolvían por la cintura y el cuello para evitar que se lanzara sobre su contendor; entretanto, éste aceptó la compañía de varios de sus amigos que le instaron para que se retirase. Antonio lo vio alejarse y murmuraba palabras incoherentes, loco de indignación y de ira y acabó sus entrecortadas frases diciendo: “¡Tú me las pagas! ¡Si piensas que te me vas con el rejo en los cachos, te encartaste!” Entró al Colegio, recogió sus útiles y, meditando venganzas, volvió a su casa. ¡“Maldita sea!”, repetía cada vez que recordaba a Bravito; “si al menos saliera a pasear por el Alto, pero el tal no se mueve del marco de la plaza; si yo lo cogiera solo... ¡Cuándo lo cogeré solo!”

Pasó el tiempo. Bravito se volvió a Medellín, pero Antonio soñaba a todas las horas con volver a hallarlo para arrancarle el pescuezo, según su propia expresión.

Había en el Colegio del señor Callón un joven caucano de gran talento, de corta pero arrogante estatura, blanco, de ojos negros y hermosos. No había en su limpia tez ni un ligero tinte del color rosado que pinta la mejilla de los sonsoneños, pero todo él revelaba juventud, robustez y hermosura. Iba a cumplir diez y ocho años y era uno de los estudiantes más aventajados de aquel Instituto; había estudiado en un colegio de Cartago; no era católico y hacía alarde de no creer en la religión de sus mayores y, aunque no poco culto, solía burlarse de las prácticas de los cristianos. Tenía grande ascendiente sobre todos los estudiantes, entre los cuales los más notables eran sus amigos íntimos. En ellos figuraba un joven alto y arrogante, de notable familia; tenía el pelo bermejo y en el Colegio todos lo llamaban el *Mono*, sin que hoy apenas recuerde nadie su verdadero nombre.

Pasaban los dos una tarde por *El Alto*, y al doblar la esquina de la casa de Antonio, vieron a éste recostado en las barandas del balconcito, y a Mercedes a su lado. Los dos estudiantes saludaron al antiguo condiscípulo, se quitaron el sombrero delante de la joven, que devolvió el saludo con un ligero movimiento de los labios, pues la sorpresa y el rubor no le permitieron articular una frase. *La niña* tenía entonces catorce años, y fascinados por su belleza, no pudieron pasar adelante los dos mozos, y entablaron ligera conversación con Antonio.

Mientras uno de los dos hablaba, el otro no cesaba de mirar a Mercedes, y sin mover los labios, le decía a su compañero (“¡qué ojos!”); y éste: (“¡qué pelo!”), (“¿Qué frente?”), y volviéndose a Antonio:

-¿Cómo te va de lecciones?

-Ahí voy, algo estudio pero poco aprendo.

-Al contrario, creo yo que estudias poco y aprendes mucho... (¡qué boca, con todos los santos!)

Y el otro: (Fíjate en la nariz, que no la he visto más bella)

-¿Qué hablan ustedes pasito?

-Que ya sabemos las diabluras; que anoche acabaste a palos con un baile en *Chagualito*..

-Y que medio mataste a dos que te atacaron con la barbera y te firmaste en sus caras con el filo de tu navaja, y que a poco más no les dejabas en qué persignarse.

-(¡Es la muchacha más bonita que conozco!).

-¡Mentiras, hombres! Es que la gente habla; pregúntele a Mercedes y verán que no salgo de aquí.

-Pues será porque no quieres, porque durmiendo en aquel cuarto y con este balcón tan bajito, estás como en la calle. Y aseguran que duerme más un espanto.

Mercedes mira rápidamente a la puerta del cuarto y a la calle, como para ver si era posible lo que aquellos jóvenes decían, y se puso colorada.

Leopoldo suspiró y dijo a su compañero:

-¿Nos vamos?

-Vámonos.

-Hasta mañana, Antonio –dijeron los dos.

-Hasta mañana –respondió aquél.

Los estudiantes se quitaron el sombrero y se despidieron de Mercedes, diciéndole: “¡Adiós, Merceditas!”

-Hasta después, señores –dijo ella.

Ese trato familiar con una joven desconocida era lo único que se estilaba en aquellos tiempos.

Leopoldo y el *Mono* se retiraron hablando en voz baja y volviendo con demasiada frecuencia el rostro para mirar a Mercedes, y se detuvieron en la esquina, a una cuadra de distancia, para seguir mirándola.

Entretanto, Antonio observaba alternativamente a los muchachos y a Mercedes: había, desde luego, comprendido que sus interlocutores, al hablarse bajo, delante de él, miraban embelesados a la joven y hablaban de ella y quizás de su hermosura; pero al ver que se volvían para mirarla y que se detenían sin otro objeto en la lejana esquina, sintió un rencor profundo, como si le hubieran insultado sus viejos compañeros de estudio. Miraba de soslayo a Mercedes para buscar en sus ojos la impresión que dejara en su alma la presencia de aquellos jóvenes, y temblaba al pensar que *la niña* los encontrara hermosos, amables o interesantes en algún sentido, y al ver la inocente tranquilidad de aquel semblante de querubín, la paz empezó a descender sobre su corazón, como esa encantadora lluvia de nieve que cubre con un manto blanco las cavernas y las atrevidas rocas del páramo del Ruiz.

Quedóse Antonio contemplando a Mercedes y parecióle que la miraba por primera vez. ¿Cómo no había reparado antes en ese cuerpo tan perfecto; en ese busto cuyos detalles empezaban a ser encantadores? ¿En esa frente blanca como las tocas de una virgen, cercada por aquella cabellera rubia, que descendía en dos trenzas cuyas extremidades tenían el amarillo luciente de las nubes de verano bañadas por los últimos reflejos del sol que cae tras las lejanas montañas? ¿En aquella nariz de alabastro, recta y delgada, con sus ventanas imperceptibles? ¿En esa boca pequeña, dulce y sonrosada, que terminaba en dos líneas horizontales, suavemente esfumadas? Sus ojos eran grandes, claros, muy claros, pero no azules ni verdes. ¿Cómo diré que eran blancos? ¿Quién lo creería ni qué hermosura tendrían? Apenas he vuelto a ver en mi vida ojos de ese color. No sé por qué sus ojos eran lo primero que uno veía en esa hermosa cara. Y cuando admirada, o alegre, o dominada por una emoción cualquiera, los abría algo más que en los momentos en que parece que no sentimos la vida, una línea blanca aparecía sobre el párpado inferior y tomaban una expresión celestial, parecida a la tristeza, y hacían sentir como un vago deseo de adorarle: ¡Mercedes, Mercedes! La raza del pueblo en que nací es tan hermosa como la más bella del mundo, y nunca más se vió entre sus vírgenes una joven tan bella como tú. ¡El solo recuerdo de tus ojos pálidos me hace arrojar la pluma del novelista para convertirme en tu admirador...!

Sus cejas ligeramente arqueadas hacia la mitad de la frente, eran rectas después, delgadas, finas y blondas. Su hermoso pie, ni grande ni pequeño, tenía los contornos del pie descalzo de una estatua griega.

Antonio seguía contemplando a Mercedes y, mirando luego dentro de su propio ser, comprendió que la amaba. Entonces se figuró que la había amado siempre. Pensó decirle: ¿Mercedes, me amas?, y apenas acertó a ponerse colorado; después volvió a su palidez de siempre, apretó los labios, temiendo decir lo que deseaba callar, como la noche en que hirió a Juan.

Volvió en seguida a mirar a Mercedes y, como despidiéndose, la dijo: “Ya vuelvo.” Entró en la sala, cruzó el patio diagonalmente a la puerta de la calle, salió a ésta, volvió sobre la izquierda y se presentó en la esquina. Leopoldo y el *Mono* lo vieron llegar desde la que ocupaban hacía un cuarto de hora y, fuera porque Mercedes se entró tras de Antonio a la sala, porque no les pareciera bien aguardar a aquél, cuya altivez conocían, pensaron en apartarse de allí, y el uno le dijo al otro:

-¿Nos vamos?

-Bueno.

Y cuando habían andado unos veinte pasos en profundo silencio,

-¡Hombre! -dijo Leopoldo-; tengo que hacerte una propuesta: ¿Quieres que nos matemos?

-Matémonos -contestó el *Mono*, sin pensar en ello.

-¿De veras, te matas si yo me mato?

-¿Cómo así?

-Claro, hombre; ¡que nos suicidemos!

-No sé qué decirte.

-Resuélve: nos damos un balazo y nos dejamos de bullas de estudios y de todo. ¿Nos suicidamos, hombre? ¿Qué esperamos aquí? Ya ves; si mañana dejáramos los estudios, y uno de nosotros quisiera casarse con Mercedes, no se la darían. Acuérdate, apenas hace tres tardes que estamos viniendo a esa esquina donde vive Mercedes; tú me convidaste, y hoy estamos los dos, sin que tú lo confieses, enamorados de esa encantadora niña. ¿Qué nos queda que hacer? ¿Matarnos el uno al otro? ¿Renunciar uno de los dos a ella? ¡Eh! ¡Matémonos! Tú no eres cobarde; la vida que nos aguarda... Ya vez; dentro de poco tendremos exámenes. Yo debiera ser el mejor estudiante del Colegio, como el año pasado, y ahora tengo miedo para el certamen.

El *Mono* callaba, pero a impulsos de la lucha interna, el color de su rostro variaba repentinamente como el del irisado tiro que un muchacho hace enojar.

-¿Te resuelves?

- Me da miedo. No sé que decirte... ¿Con veneno?

- No. Con pistolas.

-Mañana hablamos... ¡yo sí me mato!

-¿Pero no nos corremos?

-¡No!

Si el espíritu que me anima a escribir esta historia no me obligara a copiar la conversación que transcribo, ¡con cuánto gusto evitaría a mis lectores el escucharla! A vosotras, hijas de Sonsón, que seréis acaso el único público que mire con interés estas páginas.

Cuando Antonio vio que Leopoldo y el *Mono* se retiraban de la esquina a donde él se dirigía ya para pedirles cuenta de sus atrevidas miradas a Mercedes, tuvo que buscar otro camino para volver a encontrarlos, y se dijo, hablando en voz perfectamente inteligible: “Me voy calle abajo; llego antes que ellos a la esquina de don Jerónimo; allí los aguardo, y veremos que tan gallos son”.

El valor de Antonio era menos una condición de su carácter que una pasión de su alma o una aberración de su cerebro: peleaba casi con placer; pero cuando lo hacía de niño con sus iguales de escuela, experimentaba en ella verdadera fruición. En ocasiones le tiraba un rompe a su más íntimo amigo y se plantaba a esperar los trueques, por vía de juego, y cuando aquél seguía por breve rato el cambio de pescozones, era de ver como Antonio tenía, al cesar el juego, casi crispadas las

manos, que abría entonces con dificultad y en cuyas palmas se veían hondamente impresas las señales de las uñas; y riendo y jadeante, se llegaba a otro a provocarle el mismo juego.

Tenía Antonio ligeramente brotados los hermosos ojos negros; corto el cuello –y, escoged- prominente la nuca o débil la curva posterior de la cabeza, porque ésta formaba una línea recta con aquella; en otros términos: la oreja, visto el rostro de perfil, parecía muy lejos del centro. Era arrogante y esbelto, y anunciaba que alcanzaría la heroica figura de su padre. Negro y áspero el cuello, sin que esto dañara en nada su hermosura varonil. Su nariz, ligeramente aguileña, tenía apretadas las ventanas en que se dibujaba como el rabillo de una ñ; las comisuras de los labios eran un poco vueltas hacia abajo, lo cual hacía que su faz tuviera una marcada expresión de tristeza.

Llegó a la esquina donde se prometía encontrar a sus dos discípulos. Ya ellos estaban en la misma cuadra, pero no podía verlos, porque se lo impedía la curva que en aquella época hacía la calle. Volvió a la izquierda, y habría caminado unos veinte pasos, cuando los vio aparecer. Se detuvo un momento mirándolos acercarse y les dijo:

-Y ahora, ¿hasta dónde? ¿Hasta que topen otra cara de boba, como Mercedes, para hacerle carantoñas?

-¿Por qué lo dices? –respondió Leopoldo preguntando:

-¿Cuándo hemos dicho que tu prima sea boba? Y si nos parece bella, ¿tenemos nosotros la culpa? ¿Te ofende que tengamos envidia de ti porque tienes la dicha de estar siempre al lado de ella? ¿No sabes que la felicidad está en razón directa de la envidia que nos hagamos tener? ¿O vienes como Don Quijote, a obligarnos a decir que no hay mujer en el mundo igual a la dama de tus pensamientos? Pues no tendrás mucho trabajo, porque ya hemos convenido, éste y yo, en que es la muchacha más bonita que hemos visto. –parece –tartamudeo Antonio- que quieres tomar a chanza mi enojo; pero les advierto, de una vez por todas que si vuelven a pasar por la esquina de mi casa, ni el señor Callón les cuenta las cortadas que les hago.

-Y yo te juro -dijo el *Mono*- por todas las cruces del cementerio y las de todos los helechales, que te alzamos más madera...

Hizo puntos suspensivos, y agregó furioso:

-¡Miren a éste!... ¡Que dizque no volvamos a pasar por su casa!... ¡no nos faltaba otra!

Antonio temblaba de ira.

-Muchachos –dijo Leopoldo- me parece que aquellos señores no son ciegos ni sordos, a juzgar por la atención con que fijan sus miradas en nosotros. Si Antonio quiere a todo trance imponernos su deseo, juzgo que en el llanito de ña Simona puede hacerlo. ¿Les parece?

-¡Convenido! -dijo Antonio, y agregó con aparente calma-; pero apuesto a que llego primero que ustedes.

-¿Cuánto vas? –dijo el *Mono*, y se separaron.

Antonio tomó la calle arriba para torcer luego a la izquierda; los otros dos siguieron recta la dirección que traían. Aquel marchaba como arrebatado por el genio de la venganza; Leopoldo y el *Mono*, como arrastrados por furias infernales.

Los dos caminaron como una cuadra en silencio, y preguntó entonces Leopoldo:

-¿Qué deberemos hacer?

-No sé; si le caemos los dos es una cobardía.

-¡Apuesto que él queda muy contento de aceptarnos a los dos!

-Lo creo, porque dicen que es un rayo para correr y parar, para evitar los golpes y para herir, dijo sonriendo el *Mono*-.

-Y pelear los dos con él, aunque sea uno detrás de otro, tampoco está bien. –Y, pensativo, agregó Leopoldo:

-Me ocurre una idea.

-¿Qué?

-Te la diré delante de Antonio.

-Quiero saberla antes de llegar.

-Ya llegamos...- espera un poco.

Cuando los dos arrimaron al lugar de la cita, vieron a Antonio allí, y acercándose, preguntóle Leopoldo:

-¿Qué quieres?

-¡Que nos matemos!

-Oye, Antonio: ¿quieres que nos suicidemos?

-Esto no es suicidarnos, sino matarnos peleando. Me parece que estaban ustedes dispuestos a ello.

-Sí. Pero ahora te hacemos la propuesta formal de que nos suicidemos, ¿aceptas?

-¡No seas torpe!- Yo quiero pelear y matar o que me maten, pero no soy tan sinvergüenza que me quite la vida como si creyera que no sirvo para nada en el mundo.

-¿Y cómo quieres pelear con nosotros?

-¡Como ustedes quieran!

-¿Hasta matarnos?

-O hasta que les pruebe a ustedes que puedo impedirles pasar por casa y mirar a Mercedes.

-Eso sí no lo verás jamás- tartamudeo el *Mono*.

-Pues matémonos a barbera.

-¿Quieres aceptar una propuesta? –preguntóle Leopoldo.

-Según...

-Tiremos a la suerte: si tú ganas, nosotros nos suicidamos los dos, y si pierdes, te suicidas tú.

El *Mono*, que comprendió toda la idea de su compañero, dijo entonces:

-Esto tiene dos ventajas para ti: si ganas la suerte, la policía nada tiene que hacer contigo; y segundo, que “matas dos pájaros con una sola piedra”.

-¡No! –Dijo iracundo Antonio-; esa es una picardía. ¡Canallas! ¡Que no me salve Dios si estos demonios no están tentados del diablo!

Antonio tenía entonces los ojos redondos y la mirada espantosa. Parecía un loco fugado de una jaula; en sus labios, medio temblorosos, donde no se veía ahora aquella expresión de tristeza, había una ligera espuma.

-¡Canallas! ¡Cobardes! –agregó, y quedóse mirándolos fijamente.

Leopoldo y El *Mono*, pálidos, se le acercaron, y el primero, apagando un poco la voz le dijo:

- Cobarde eres tú. ¿No venías a que nos matáramos? ¿Sentiste el frío de la muerte y te largaste a tiritar? ¿Creíste que nos echabas al monte, como a los negros de Chagualito?

Se rió en son de amarga burla y agregó:

- Pensaste que no te conocíamos...

Antonio continuaba en su actitud de estatua de locura, y dijo, burlando, El *Mono*:

-¿Conque querías hacer la tortilla sin quebrar los huevos? ¿Qué querías, pues? ¿Qué fuéramos tus esclavos porque te llamas Antonio Hurtado? ¡Míralo!...

Los dientes de Antonio rechinaron, como suelen los del potro bravío que se siente ahogar por el lazo que aprieta su cuello por primera vez.

-¿Aceptas? gritó Leopoldo-. ¿O te vas a decirle tus valentonas a Mercedes?

-¡Acepto! – dijo en voz baja, medio aturdido Antonio.

- Elige, pues –agregó Leopoldo, y colocó, para arrojarla al aire, una peseta sobre la uña del pulgar.

-¡Alto! –gritó Antonio, extendiendo la mano derecha-: si pierdo, me mato esta noche; ¿si gano?...

- Nos matamos antes de un mes –le interrumpió Leopoldo, y luego:

-¡Elige!

-¡Cara!

La moneda vibró y se elevó en el aire. Una vanda de sangre cubrió los ojos de Antonio, y repitió:

¡Cara!

La moneda cayó sobre el polvo. Leopoldo corrió allí y, mirando la efigie de Carlos III, dijo:

-¡Ganaste! Antes de un mes tendremos la fortuna de no verte más. No nos matamos antes, porque tenemos algo más que hacer. ¡Adiós!

Ya Antonio iba lejos y hablaba en voz alta consigo mismo, como cuando salía de la escuela a encerrar.

Horrendo, espantoso desafío, de cuya veracidad tiene derecho a dudar el lector, si no es sonsoneño.

Antonio llegó a su casa; no pensaba en el asunto; era que ese acontecimiento se apoderaba de él; parecía circular en el rápido torrente de su sangre, ardía en sus entrañas y embargaba su espíritu.

Empezaba a anochecer. Mercedes llamó a Antonio a rezar, y él, dócil como un niño, entró en la sala, y con sus padres y su prima se arrodilló mientras duró el rosario.

Terminado éste, dijo el joven que estaba enfermo y se retiró a su cuarto.

## CAPITULO IV

### Palos en seco

Entretanto, Leopoldo se retiró de su compañero y fue a buscar a otro condiscípulo, amigo a quien quería mucho, y cuyo nombre disfrazaré con el de Toto, para decirle:

-Hombre, vengo a hacerte una propuesta.

-Échala.

-¿Quieres que nos suicidemos?

-¿Qué es lo que dices?

-¡Que nos matemos! Tú eres valiente; en ese concepto te tengo. Pruébalo y dime que te suicidas conmigo. Quiero morir, pero anhelo llevarme a mis amigos para el otro mundo.

-¿Y tú crees en otro mundo?

-A veces sí.

-Pues te advierto que las autoridades de allá, cuando te vean llegar sin pasaporte y sin más equipaje que con un costal de pecados a la espalda, pueden ponerte preso y hacerte pasar un mal rato que dure más de los que creas. En cuanto a lo del convite, te lo agradezco, pero te prometo que yo no dejo a mi madre sola por irme contigo ni con ningún almártaga. Tú has sido siempre mal creyente, pero en cuanto a mí, sábetelo que conozco bien el término del viaje a que convidas...

-¿Ya me vas a hablar del infierno, del diablo y de la diabla? Trágate esas tonterías.

-Mira -le dijo Toto-; si fueran tonterías, estaría bien creer en ellas si habían de servir para evitar el delito que me propones. ¿Conque vas a matarte por tu gusto? ¿No será ello que te matas porque tu conciencia te condena a muerte? ¡Déjate de animaladas, y hasta mañana!

-¡Cuidado con decirle nada a nadie! ¡Te lo exijo como amigo! -dijo en voz baja Leopoldo, y agregó-: el *Mono* también se mata.

-¡Ah!, ¿conque querías llevarme de peón de los dos? ¡Cuchuplín! -Y riendo a carcajadas, agregó-: ¡Adiós!, ¡que me llaman a rezar!...

Como se ve, Toto no tuvo por cierto que se le hablara en serio, ni Leopoldo gastó mucho tiempo en hacérselo creer. Este llegó a su casa, pidió una luz y se encerró en su cuarto; se acercó a la mesa en que estaban, desordenados, varios libros, y dijo al sentarse: -Por la mañana, lección de Álgebra con el señor Callón, y de Religión con el cura, y hay que estudiarlas.

Y estudió un rato, y luego, con aparente tranquilidad, se desnudó y se acostó.

Al día siguiente, los estudiantes del Colegio, hablando en voz baja, se contaban unos a otros que Leopoldo y el *Mono* iban a suicidarse, y algunos referían que habían sido invitados por aquellos para dar ese salto mortal, y todos, escandalizados, pensaban el modo de disuadir a sus compañeros de aquel atentado.

La alarma sucedió al escándalo, y algunos amigos de aquellos dos mozos empezaron a hablarles, haciéndoles reflexiones acerca del suicidio y suplicándoles que no dieran esa pena a sus compañeros; y un día se estableció como verdadero, en el Colegio, que “los muchachos” no se matarían; que lo que había de serio en todas sus cosas era que se iban, huidos, para Bogotá.

En esos días se acercó Leopoldo a Ricardo Ángel, y le dijo:

-Vengo a pedirte un favor: estoy decidido a irme para la capital. ¿Tú me harás el bien de ayudarme a conseguir unas pistolas para el viaje?

-No, no te ayudo, porque después ha de costarme trabajo recuperarlas desde tan lejos, y voy a verme apurado aquí, con el dueño, pues tú sabes que yo no tengo.

-Y no me dices con quién puedo conseguir...

¡Hombre por Dios! –dijo Ricardo, cortándole la palabra-: no dejes el Colegio, no te vayas huido, no te vayas; aquí te tiene tu padre; quédate o dígale que te mande, pero huirte de la casa es como arrojarle... no diré qué.

-Adiós, hombre- dijo Leopoldo -. Tú eres incorruptible; me voy donde otro, porque lo que es sin armas, no hago el viaje.

-Adiós, y ojalá no las encuentres.

Vivía en la vecina población de Aguadas un muchacho de humilde posición social, que se llamaba Juan Bautista Villegas. Era delgado, regularmente alto, moreno, y apenas le despuntaba el bigote.

Un día dobló la cobija, envolvió una muda de ropa, y lo guardó todo en un saco de gante en que vino empaquetado un cabo de bayeta; tercióse con una trenza de cabuya su maletón, que entre dibujos colorados decía: “Bayeta de 100 hilos”; y en otro campo, “Marcelino Restrepo & Hijos”. Se puso la ruana negra y el sombrero blanco y salió de su casa cantando a media voz:

Tanto jugué con la suerte  
Que en la última partida,  
Perdí el temor de la muerte,  
Perdí el amor a la vida.

Antonio andaba muy preocupado, de unos días atrás, y había suficiente motivo con el amor de Mercedes, a quien había amado siempre, sin darse cuenta de ello hasta que la presencia de Leopoldo y el *Mono* vino a despertar los celos en su corazón. Pensaba, aterrado, en la tarde aquella de la extraña suerte que jugó con Leopoldo y su compañero, y aunque nada había vuelto a saber de ellos, temía que le cumpliesen su juramento. Había dejado por completo sus estudios, aunque todavía manoseaba los libros en presencia de sus padres, que eran los únicos que ignoraban en el pueblo las cosas de Antonio, como sucede casi siempre. Y finalmente comenzaba a comprender que su valor, puesto a prueba con demasiada frecuencia, lo arrastraba a un fin que no podía ser el que ambicionaba si quería merecer a su prima; y temeroso de que lo que ella sabía acerca de sus peleas llegara a ser causa de que no lo amase, le decía una vez, sentados, él en la cama y ella en el baúl del cuartico:

-La verdad, Mercedes: ¿vos si me querés?

-¡Cómo no! ¿No te he querido siempre?

-Pero así como me has querido siempre también te quería yo, y ahora te quiero mucho más.

-Será porque estás más grande.

-Preciso: porque estoy más grande, y por otra cosa.

-¿Por qué?

-Porque tú te has puesto también más bonita.

-¡Y vuelta con que estoy bonita! Pues como siempre... Vos es por tornearme...

-No, ole; si vos parecés torneada por las manos de Dios.

-Dios no sabe tornear.

-¿No?

-O no tornea: no seas bobo ni hereje que en el Cielo no hay carpintería.  
-San José era carpintero.  
-Si, hombre, aquí abajo.  
-Quizás San José te torneó, y la Virgen te trajo y te entregó a tu madre, como me has contado.  
-Yo lo que creo es que vos vas a parar en bobo.  
-Si, por tu culpa.  
-¿Yo qué te hago?  
-Me haces palpar mucho el corazón.  
-¡No faltaba más!  
-Y me obligas a soñar mucho contigo.  
-¿Yo? Válgame Dios.  
-¿Pero me quieres?  
-¡Mucho!  
-¿Y te casabas conmigo?  
-¡Yo, tan chiquita! ¡Qué dirían!  
-¡Si ya estás muy grande!  
-¿Y tan muchacha? ¿Qué diría mi tía si le saliera con que me iba a casar con usted?  
-Con usted no digas, sino *contigo*.  
-Yo no sé decir así, y del otro modo le he dicho siempre.  
-¿Y por qué no dices: *te he dicho siempre*?

Oyóse la voz de doña Florencia, que decía:

-¡Mercedes!  
-¡Señora!  
-Venga déle una vueltecita a la cocina.  
-No te vayas todavía; responde que yo te tengo ocupada.  
-Antonio no me deja ir –gritó Mercedes, riendo.  
-¡Ah, tentao! –gruñó la señora-; cogé oficio y dejá que *la niña* venga.  
-Ya va, madre. ¿Me amarás, Mercedes?  
-Cómo que si me amarás; ¿qué es eso?  
-¿Te casarás conmigo?  
-¿Le pregunto a mi tía?  
-A tu tía no; a tu padre, cuando vuelva.

Mercedes se fue corriendo. Iba turbada, muy turbada, pero al presentarse delante de su tía, hizo que nada en su rostro denunciase la gravedad de las frases que acababa de oír. . . .

Podría creer el lector que no se compadecían el desarrollo físico de Mercedes –que ya trastornaba las cabezas- con su corta edad, ni ésta con la candorosa inocencia que se revela en el diálogo anterior. Pero desaparece toda incompatibilidad al saberse que entre nosotros no es desconocido el caso de una viudez de quince años, y que a los catorce, que debía tener Mercedes, la mayoría de nuestras muchachas no ha perdido la gracia bautismal.

Antonio, pensativo, tomó el sombrero y salió a la calle, meditando: ¿Qué es lo que me pasa? He dejado los estudios, y todas las noches tengo una pelea. Quisiera no haber herido nunca a nadie. Ojalá fuera cobarde, con tal de no verme aborrecido de tantos, y como obligado a seguir una vida de luchas que no me lleva a la felicidad que ambiciono. ¿Qué dirán de mi?...

Entró al billar y convidó a jugar al garitero.

-¿Vamos de a real la mesa?- preguntó éste.

-No; yo no apuesto –respondió Antonio-; si quiere que juguemos, es a divertirnos, no a descamisarnos.

-¿Pero de a real?

-No; de a nada.

-Vamos pues. Chucho, cogé vos la tabla y apuntá agregó el garitero; y a continuación-: ¿Me da la salida, o la disputamos?

-Llévela –dijo Antonio, y empezó la mesa de palos.

-Pérdida y quedar bien.

-Lance tirado no sale –dijo un mirón.

-Billa y cabaña –volvió a decir el garitero.

Cuatro o cinco individuos más que había en el billar tomaron puesto en los bancos, alrededor de la sala, en actitud más propia para dormir que para atender el juego.

-¿Cuántas llevo?

-*El Chumilo y el alcanza-guamas por el duque y el triste* –replicó Chucho.

-Aquí me lo gano...me lo ganaba...ya me vendí todo.

Antonio no hablaba. Continuaba pensativo, y después de cada lance apoyaba la maza del taco sobre la banda del billar.

Mientras dura el juego, salgamos nosotros al encuentro de Juan Bautista Villegas que debe estar llegando. Durmió en *Los Planes*, madrugó de allí y al llegar a las primeras casitas de esta población, volvió hacia arriba el ala del sombrero, se *desarremangó* los pantalones y se puso la ruana, cubriendo con ella el maletón. Habló por ahí con alguien, siguió su camino y entró al billar.

-Buenos días, señores.

-Buenos días, caballero –dijo el que jugaba con Antonio.

-¿Cuál es Antonio Hurtado? –preguntó el viajero.

-Yo- contestó aquél-. ¿Qué quiere usted?

-Es que yo soy el más caliente de Aguadas

El garitero no dió en bola y derribó en seco los palos.

-¿Y qué? –volvió a preguntar Antonio.

- Y me han dicho que usted es el más caliente de aquí.

-Bueno Y Antonio al decir esto, se quitó la ruana, apretó sobre su frente el sombrero y sacó del bolsillo del pantalón una navaja de barbero. Mientras tanto Villegas se despojó de su ruana, colocó el morral sobre un banco, sacó otra navaja, y envolviéndose a la vez ambos combatientes su respectiva ruana en el brazo izquierdo, salieron a la calle, atropellándose a la puerta por donde, a la vez, quisieron salir el garitero y algunos mirones. En honor de éstos, debo decir que hubieran querido a todo trance evitar aquel encuentro.

Hacían ademanes y balbucían entrecortadas frases, pero no era prudente acercarse a los dos jóvenes, por cuyos ojos brotaban torrentes de ira, como brotan las llamas por la ventana de una casa incendiada.

No habían pasado dos segundos, y ya los dos combatientes estaban inundados de sangre... Un salto atrás; una embestida, una blasfemia; una interjección horrible.

-¡Por Dios! –grita un hombre-; ¡se matan!

Villegas cae exánime sobre las piedras de la calle. Antonio cierra la navaja y la guarda; una venda de sangre cubre interiormente sus ojos y cae desplomado al suelo. Su ruana está hecha jirones; su camisa se ve roja, y por entre sus desgarraduras se alcanzan a ver anchas heridas. Algunos individuos se acercan de las tiendas vecinas, y entre éstos y los mirones recogen a aquellos infelices, y empiezan a lavar a Villegas dentro de la sala del billar, mientras llega el médico, y otros llevan en un bayetón el cuerpo casi expirante de Antonio.<sup>1</sup>

Uno de los conductores se adelanta y previene el ánimo de doña Florencia, diciéndole que su hijo fue herido, pero que la cosa no vale la pena, que no hay por que alarmarse.

La pobre señora oye temblando la noticia y alza las manos al cielo en oración silenciosa. Mercedes sale a encontrar a su primo, pero su tía se le adelanta y llega antes que ella a la puerta de la calle. Allí arrimaban ya los conductores de su hijo; lo recibe entre sus brazos; lo mira para cerciorarse si vive aún; y luégo, para interrogar a la Naturaleza, en ese semblante demudado, si vivirá o morirá. No se acuerda del enemigo que le envía en tan triste estado la más cara prenda de su amor. Invoca al Cielo, llama su hijo con la misma dulce voz con que le llamaba para despertarlo de su inocente sueño de niño.

-¡Antonio! ¡Antonio! ¿Estás malo?

-No, madre; ya me pasó; fue un...-y volvió a desmayarse.

-¡Agua! –gritó la madre, y Mercedes le presentó un jarro de plata.

Doña Florencia roció el rostro de su hijo y éste volvió a abrir los ojos, recostado ya en la cama de Mercedes, a donde con rápido discernimiento lo había hecho conducir la pobre madre.

Don Pedro pasaba dos o tres días de cada semana en su hacienda de *Magallo*, y ahí estaba a la sazón. Un muchacho marchó a llamarlo y a pintarle con suave colorido la desgracia que afligía su hogar.

Doña Florencia, recostada al borde de la cama de Antonio, le preguntaba:

-¿Estás mejor?

-Sí, madre.

Y envolviendo con el brazo la cabeza de la anciana, la atrajo a sí como para besarla, y poniendo los labios junto a su oído, le dijo:

-Fue que vino de Aguadas a desafiarme un hombre, y creí que lo mandaban Leopoldo y el *Mono*, que están, como yo, enamorados de Mercedes.

-No hay que pensar en eso –dijo la señora-, cállate que aquí está el doctor.

Un caballero, afable y simpático, de negras patillas, el doctor Sebastián Henao, Catedrático de Geografía del Colegio en que poco tiempo antes estudiaba Antonio, entró y, dirigiendo frases cariñosas al enfermo y consuelos a la madre de éste, empezó a coser las heridas,

Mercedes, pálida, pero sin aturdirse, casi serena, trabajaba sin cesar: ya traía agua para renovar la que estaba teñida de rojo, en un platoncito de madera; ora proporcionaba sábanas. Iba y venía, y parecía trabajar por cuatro.

-¿Qué le parece doctor? –preguntaba doña Florencia, hablando de su hijo.

---

<sup>1</sup> Histórico

-Muy bien señora. Estas heridas cuando no matan inmediatamente, por lo regular no tienen consecuencias funestas.

Y Mercedes decía:

-Pero esa cortadura en la cumbamba le va a quedar muy fea.

Y replicó el doctor:

-Eso no, hijita. Veamos que se aliente, que esa cicatricita le va a quedar hasta graciosa.

## CAPITULO V

### El Viaje

Se acercaban los certámenes del Colegio del señor Callón.

Todavía, de vez en cuando, solía Leopoldo abrir un libro. *El Mono*, nunca; y hacían frecuentes preparativos para su viaje a Bogotá.

Llegó el dos de noviembre, día de Ánimas, y lo anunciaron a sus compañeros como el último que pasarían juntos.

Las campanas tocaban a muerto, y numerosos chiquillos en el coro de la iglesia se turnaban para doblar todo el día.

Era la oración, Leopoldo y el *Mono* estaban en casa del primero, acompañados de Ricardo, aquel condiscípulo que, nacido para el bien, como lo ha probado después en su meritísima vida, les aconsejaba que desistiesen de ese viaje. Pero llegó la noche y tuve que dejarlos, y fuése a casa de Toto, tan buen amigo suyo como de los dos jóvenes, y le suplicó que fuera a verlos, que tratara de obligarlos a quedarse o, al menos, a que buscaran el consentimiento de sus padres para emprender aquella marcha.

Toto, sin oír más, salió a buscar a sus condiscípulos. Llegaba ya muy cerca de la puerta de la casa cuando oyó dentro de ella el disparo de un arma.

Sobresaltado, corrió, y cuando apenas llegaba a la puerta de la calle sonó otro tiro. Penetró aterrado en el ancho y oscuro zaguán; las gentes de la casa corrían también despavoridas. El olor de la pólvora llevaba al corazón un presentimiento horrible.

Casi a la vez, penetraron todos en el cuarto de Leopoldo. Este yacía boca abajo en el suelo; había mordido el cañón de la pistola, y su rostro, antes tan hermoso, estaba horrible, desfigurado por la muerte que, al despedazarle los labios, le arrancó los dientes.

La pistola, caliente aún, junto al cadáver, parecía amenazar al que se acercase a su víctima. Cerca de allí, en la puerta de la pieza inmediata, yacía muerto el *Mono*. La sangre había corrido y mezclándose de los dos criminales.

Pronto contará este pueblo cien años de existencia, y en su historia de un siglo no menciona un hecho más odioso ni que más hondamente lo haya impresionado. Y hoy, al cabo de más de cuarenta años, cuando en amena tertulia se vuelve a contar esta historia, la conversación decae y pronto se apaga<sup>2</sup>.

En un momento estuvo la casa llena de gente: amigos y parientes de aquellos desdichados, el sacerdote, las autoridades, los médicos. Estos, por orden del alcalde, cortaron con sierras el cráneo de los muertos.

El anciano padre de Leopoldo se paseaba por los corredores, desfigurado el semblante, pero lleno de entereza y de dignidad su espíritu. “¿Qué buscáis señores?”, dijo una vez a un grupo de caballeros que entraban; “aquí no hay sino el espectáculo de un hijo desnaturalizado que prefiere la muerte del suicida al amor de un padre que ponía en él toda su ternura; ¿a qué os proponéis ver el cadáver de un insensato que, en pago de mi amor y mis caricias, me arroja a la cara la mancha de su sangre? Para él, como para todos mis hijos, me he desvelado, y él, ajeno a toda virtud, no devuelve a Dios el dón de la existencia, sino que prefiere herir mi rostro con él. No tenía bastante con mantener mi ánimo preocupado por su dicha, y viene a manchar mis canas con su sangre, como si al renegar de la vida quisiera también renegar de mi nombre. No puedo,

---

<sup>2</sup> \* La muerte de estos dos jóvenes, tal como queda referida, es un hecho histórico, y no es menos cierto que nunca se encontró el motivo de tan grave desgracia.

no quiero maldecirlo, y no debo elevar por él mis oraciones al Cielo, porque no se oculta a mi fe de cristiano el sendero que sigue el alma del suicida. ¿A quién le pediré un consuelo?”...

Y separándose de los que lo rodeaban, ateridos de espanto, marchaba con la frente levantada, y dirigiéndose a otro grupo decía: “Amigos míos, podéis retiraros ya. Nada queda aquí que hacer; ni siquiera podéis, honradamente, ofrecerme una frase de consuelo; agradezco el interés que manifestáis, pero debéis abandonar esta casa como el teatro de un crimen espantoso”, Y marchando, marchando, se acercaba a otro grupo para decir: “¡Si estos dos mozos, tan desgraciados cuanto son criminales, volvieran a vivir y vieran la honda herida que acaban de causar a la sociedad, a los amigos que los amaban...! ¡A sus padres, que en vez de mirar reflejarse su dicha como aureola de luz en la frente, tendremos que ocultar nuestros rostros al oír pronunciar sus nombres...! ¡Si volvieran a la vida y miraran que apartamos con horror los ojos ante los objetos que nos traen su recuerdo...! Cuando un ciudadano honrado muere honradamente, otro ciudadano viene a ocupar su puesto, y la sociedad tranquila al fin que le destina Dios; pero cuando un hombre se quita la vida nadie viene a ocupar su puesto en el mundo, y el asiento que el Señor le destinó en la fiesta de la naturaleza queda solo, desamparado y frío hasta la última hora del mundo”.

A las cuatro de la mañana trajeron dos ataúdes, trabajados de prisa, y en ellos, de noche todavía, en medroso silencio, condujeron los mutilados cadáveres, que fueron sepultados en un prado, fuera del cementerio, pero al pie de sus muros, como si aquellos desgraciados, después de la muerte hubieran querido buscar el camposanto para dormir en él, no lejos de los que murieron en la fe del Señor.

## CAPÍTULO VI

### San Lucas y el buen ladrón

El Colegio de Santo Tomás presentó sus certámenes con una sencillez desconocida hasta entonces, señal del ánimo decaído del señor Callón y de sus discípulos, en medio de la desgracia que lamentaba la sociedad. El Director no quiso regir al siguiente año el establecimiento, que fue encomendado a otro, bajo cuya dirección empezó de nuevo sus estudios Antonio, pero sólo durante seis meses, porque la ineptitud del nuevo institutor echó a perder aquel colegio, y a principios de 1858, el regenerado mancebo marchó para la ciudad de Antioquia a proseguir su carrera, hecho una vez más el propósito que había formado el día de su último combate mientras marchaba pensativo para el billar; a la vieja ciudad de Robledo llevó, con su naciente amor, el recuerdo de la triste suerte de sus viejos condiscípulos, a quienes tuvo por rivales. Sus cartas a la familia revelaban no solamente el buen juicio prometido por él a sus padres durante el último tiempo que pasó a su lado, sino que hacían entrever un hombre verdaderamente virtuoso.

Estudiaba en aquel seminario un joven llamado..., que llamaré Lucas, porque él no quiere que se publique su nombre; nacido en Abejorral y próximo ya a recibir las órdenes sacerdotales. Una semejanza rara de aficiones parecía complacerse en colocar estos dos caracteres frente a frente, como para hacerlos chocar, pero en esta especie de torneo a que asistían a todas horas Antonio y Lucas, los dos contendores comprendieron que si sus aficiones eran diversas, sus sentimientos eran muy semejantes; empezaron por estimarse mutuamente, en seguida se tuvieron cariño y llegaron, en corto tiempo, a profesarse franca y sólida amistad, que su diversidad de oficios parecía ahora complacerse en estrechar con dulce lazo.

Lucas deseaba, a todo trance, ser sacerdote, y Antonio se gozaba de apuntar las ventajas de aquel estado y las especiales disposiciones que para él mostraba su amigo, como un hermano que ayuda a otro hermano a afilar los instrumentos que emplea en el diario trabajo y Lucas, tan apartado del mundo parecía, gozar inocente placer cuando le hablaba de los encantos de Mercedes, de las inefables delicias de la vida del campo, y fortalecía a éste en el sano propósito de no volver a pelear, a la vez que confesaba creer que nunca Antonio había buscado querrela a nadie, y que no había hecho sino aceptarlas.

Los dos leían, el uno al otro, las pocas cartas que recibían de sus hogares. Mirando las sencillas y lacónicas epístolas de Mercedes, entre risas celebraban sus yerros, como hacemos con un niño que empieza a hablar, y se sentían como impulsados a besarlas cada vez que leían una palabra con aquella ortografía misteriosa de la niñez:

-¡Míramele el *Antonio* con minúscula!

-¡Ah, hermosa! Y véle como escribe *caballo* con C grande.

- No se te dé nada, que en diciembre la voy a poner en la escuela conmigo, y voy a enseñarle hasta las letras coloradas.

-¡Nada! Déjala que escriba *mula* con k...Para lo que les sirve entre nosotros la instrucción a las señoras... Si estoy por creer lo que dice mi padre... La verdad, hombre, a mi me parece como más querida Mercedes con esas imperfecciones de su educación, porque la encuentro así más semejante a las mujeres de los Patriarcas, llenas de bondad y vacías de conocimientos literarios. ¿O te figuras que Sara, Rebeca y Raquel sabían muchas cosas de esas? ¡Nada! No sabían más que disipar los pesares de sus esposos y trabajar por su dicha.

Corriendo los últimos meses de aquel año, insinuó doña Florencia la idea de volverse a *Magallo* a esperar a Antonio allí, para pasar con él las vacaciones en el campo. No tuvo que hacer largos discursos para convencer a su marido ni a su encantadora sobrina: ambos a la vez comprendieron el mal velado pensamiento de la señora, de retirar a su hijo del

frecuente trato con las gentes de la población y del teatro de sus pasadas camorras, y antes de acabarse el mes de noviembre ya estaba instalada en su hacienda la familia de Antonio.

Ésta vez los acompañaba una criada más: se llamaba Dolores y era de la misma edad de Mercedes. Era una mulata graciosa e inteligente, llamada a hacer ciertos oficios que antes correspondían a Mercedes, porque ésta tenía que remplazar a doña Florencia en mil ocupaciones que la pobre empezaba a abandonar, como la abandonaba a ella la vista para ensartar la guja.

Una mañana me dijo mi hermana mayor:

-Hoy es veintitrés de septiembre y cumples tú nueve años.

Era en 1858. Volví a mirar a mi cuñado que tuvo siempre por mi especial cariño, y envolviendo su cuello con mis brazos, le dije:

-Cuélgame

-Corriente –me respondió-: hoy lo llevo a pasear a *Magallo*.

Salimos después de almuerzo. Entonces conocí a Mercedes. Con ella recorrí el jardín, el arado y otros lugares. Ella me llevaba por la mano y me obsequiaba con granadillas y uchubas. Más tarde volví, siempre con mi cuñado, y conocí a Antonio. Desde entonces aprendí a querer con toda el alma a Mercedes; desde esa edad empecé a admirar los encantos de su belleza; desde entonces data entre nosotros una amistad que nada ha debilitado, ni aún el tropel de los acontecimientos que se han mezclado en su vida y en la mía. Y ahora, oígame el lector el principio de otro cuento y permítame que le presente un oscuro campesino con quien tenemos más de un asunto que tratar: es un mozo bien parecido, de unos diez y ocho años de edad, blanco, de pelo negro y áspero. Tiene toda la esbeltez de un hijo de nuestras montañas, y a mi pesar, confieso que no sólo era un buen mozo, sino que era simpático y se sentía uno inclinado a quererlo. Llamábase... llamémosle Dimas; así se llamaba el buen ladrón, y por caridad ocultemos su verdadero nombre. Era hablador y se expresaba fácilmente.

Vivía cerca de don Pedro, bajo un techo de paja, en una pequeña heredad de su madre, viuda hacía algún tiempo. Tenía otros hermanitos pequeños, haraposos y mugrientos, que cargaban el agua y traían la leña. Eran muy pobres, y doña Florencia, tanto como don Pedro, solían favorecerlos con no escasas dádivas.

Antonio remedaba a Dimas, cuando los dos eran niños, y, para encanto de Mercedes, contaba que una vez se presentó delante de doña Florencia y la dijo:

-Quisque mi mama quisque le preste quisque una libra de dulce quisque mañana se la devuelve, quisque con otra quisque le debe. Y cuando Dimas tenía diez años, le remedaba Antoñito así:

-Que mi mama le manda muchas saludes y mil expresiones; que ya mandaba por la lechita; que siente mucho que por aquí no haiga venido la tos; que por allá da una lástima cuando comienzan a toser; que Julia se entiesa, se pone morada y engarabita los dedos!.

Una mañana, al levantarse Dimas, vió que el toro de la hacienda de don Pedro se había pasado de su dehesa a la manguita, que alcanzaba apenas a mantener la vaca que ordeñaba su madre y que les había presado don Pedro. Cogió Dimas una soga y fuese a arrojar el toro de su predio, pero el animal, en vez de volver a su potrero, huyó por un rastrojo. Dimas comprendió que debía devolverlo a la hacienda y corrió tras él, pero el diablo se metió en el asunto y el toro, huyendo de Dimas, saltó al camino real, y el pobre muchacho –cosas del demonio- concibió un mal pensamiento y siguió tras el animal, y éste, huyendo, huyendo, se vió muy pronto cerca del *sitio*; entonces Dimas abrió el ojo de su soga, lo boleó tres veces, la arrojó sobre el animal, y como no erraba *guasque*, el toro quedó preso por los cuernos; sonrióse el mancebo y con maña y destreza sumas fue dirigiendo la marcha del toro; ya lo atajaba de un lado, ya lo sujetaba para hacerlo cambiar de dirección;

ora lo afanaba, haciendo un movimiento especial con la mano derecha, con lo cual el rejo caía horizontalmente sobre el toro, dándole un lapo que lo recorría del cuello a la pierna. Temprano, temprano cruzó el puente de Aures y empezó a cantar:

Cuando uno no tiene pan  
Frisoles ni mazamorra  
Tiene que soltar la gata  
Que se mantenga ella sola.

Jadeante y sudoroso llegó nuestro *buen ladrón* a Abejorral, a eso de las cuatro de la tarde, y antes de anochecer había vendido el toro por algo menos de lo que valía.

Dos o tres días después dijo don Pedro que el toro no había bajado al saladero, agregando:

-¡Quién sabe dónde estará!

-Se ha vuelto muy ladrón –contestó Mercedes-; ya no para aquí; dos veces lo han traído de *El Salto*.

-Por ahí estará- dijo doña Florencia, y nadie volvió a mentar el animal por esos días.

Más tarde convinieron en que se habría matado por ahí; y ya no se volvió a hablar más de él: pero Mercedes pensaba a solas: “¿No haberse visto ni gallinazos? ¿Se lo robarían? Pero, ¿Quién? Por ahí estará caído en un hoyo”.

Dimas volvió al siguiente día muy temprano a su casa; le dijo no sé cuántas mentiras a su infeliz madre; y como trajo carne, sal y cacao del *sitio*, la familia tuvo más placer en comer y hartarse que en repetir a Dimas que les había hecho mucha falta.

Pasados unos tres meses, dijo Dimas que tenía que hacer otro viaje, en el que le pagarían muy bien, y aseguró a su madre que volvería dentro de cuatro o cinco días, y una tarde desapareció, soga en mano, del lado de sus hermanitos, y vedlo allí, un día después, durmiendo en el *Alto del Tusero*, camino de Abejorral a La Ceja y horas después vendiendo en este pueblo un buey cenizo oscuro, el más valioso de *Magallo*, y volver luégo a su casa contento, cargado de víveres y llevando debajo del brazo, cubierta con la ruana, una escopeta.

## CAPÍTULO VII

### Lágrimas de felicidad

Un día montó don Pedro en la yegua alazana para ir a *topar* a Antonio, y llevaba del cabestro un hermoso potro rucio, recién amansado, en que debía montar desde el *sitio* el colegial. El potro merece la pena de ser conocido, por su belleza, y más que todo, por el cariño que se le tenía en la casa por ser el primogénito de la alazana e hijo del *palomo viejo*: era alto y delgado, largo de cuello, y corto de la cruz a la grupa, “el casco negro, liso y acopado”, hinchada la nariz y saltado el ojo; bravo como el padre; trotón pero inteligente; voluntario y de gran brío.

A la mitad de su camino se encontró don Pedro con el peón que conducía la maleta del estudiante.

-¿Qué tal, Próspero? – dijo, saludándolo.-¿Qué tal les ha ido?

-Muy bien- dijo éste, sentándose a descansar en el borde de una barranquita-; allí viene ya el niño, hecho todo un doctor; ni para buen mozo que se ha puesto, pero eso no va a servir pa cura: primero soy yo obispo; tiene más canela que volverlo a decir, y si su mercé lo oyera cantar y echar décimas...

Próspero iba a seguir, pero don Pedro le cortó la palabra.

-¿Y qué tal el camino?

-Malo, señor; con esta moda de aguaceros... Hoy salimos de Abejorral, agua Dios misericordia, y eso fue hasta el mismo puente de Aures, y ay nos tuvimos hasta que abrió un ojito de sol y nos venimos.

-¿Y dónde lo dejaste?

-Ya venía ganándose al Alto cuando lo vide la última vez.

-Bueno, hasta luégo; andáte ir yendo que ya te alcanzamos.

No había andado don Pedro mucho trecho cuando alcanzó a ver a Antonio que espoleaba una mula parda, harto deseoso de descanso al fin de un viaje que hacía contra su voluntad. Detúvose el anciano, lleno de dulce emoción; apeóse y ató al potro a un árbol del camino, y esperó en silencio la llegada del estudiante, y cuando lo hubo abrazado, le mostró con la mano, porque la voz no quería pasar de su garganta oprimida por el abrazo de la alegría, el potro para que lo ensillara.

-Sigamos –dijo el joven-; ya estamos muy cerca.

-No -articuló el padre-; es mejor que baje en él.

Y entre los dos, en un momento, le cambiaron la silla al potro, mientras la mula comía tranquilamente helecho, *chilca* y *lengüebuey*, manjares que no usaba sino en sus días de ayuno. Volvieron a montar los caballeros, y al querer hacer que la *parda* marchara adelante de ellos, la hallaron encaramada en alto barranco, donde encontró espartillo, del que cortaba en cada mordisco bastante para una escoba.

-¡Arre, mula!, -gritó don Pedro-. Si saben estos animales más que un cristiano... ¡No digo yo! ¡Mula del demonio! ¡Por algo maldijo el Niño Dios estas infames!

-Déjala, padre, que por allí también baja al camino... Ya bajó.

La mula emprendió el trote largo, camino de la casa, y sin esperar cortesía de invitación, saltó, al llegar, por encima de las trancas de la puerta, y sin detenerse en el hermoso prado alfombrado de moriscas, violetas silvestres, orejuelas y plegadera, siguió trotando hasta la casa y fuese a parar en la puerta de la cocina, rebuznando una larga cascada de notas estridentes de pitos y bajos.

Las cuatro de la tarde serían cuando don Pedro y su hijo llegaron a la casa de *Magallo*.

La dicha, tan avara de sus dones, abrió aquella tarde, con sus propias manos, la maleta del joven, y llenó de resplandores los pobres obsequios que Antonio traía para sus padres y para su prima.

-¿Te amañabas, Antonio?, -preguntó *la niña* delante de sus tíos.

- A veces, sí; y hasta el calor de Antioquia me gustaba; pero en otras ocasiones amanecía triste, sin poder pensar más que en ustedes, en mi pueblo y en *Magallo*, y me pasaba el día haciendo las cuentas del tiempo que me faltaba para venirme. Mira –dijo luego, metiendo de nuevo la mano en la maleta-; este santico te lo manda Lucas.

-¿El amigo tuyo?

-Sí. Que reces mucho por él, que en este mes se ordena. Me dijo que vendría a cantar misa a Abejorral y que se volvía para Antioquia, pero que si le dejaban un tiempito, llegaría hasta Sonsón a hacernos una visita. Después de mi padre, es el hombre que más quiero; no ha peleado jamás con nadie, ni aún a los puños cuando estaba chiquito. El señor Riaño lo llama San Lucas.

-¿Y quién era el que más falta te hacía?, -preguntó Mercedes-: ¿mi tío, mi tía, o yo, o el potro, o la peliadera?

Los viejos se pusieron a reír, y el mozo dijo, entre azorado y sonriente:

-¡Ah, infame! Tú siempre dándome con la pesa de libra.

Y ella, que al acabar la pregunta había vuelto a mirar a otra parte, encendido el rostro por la risa, volvió la cara y añadió:

-Te volvemos juicioso o ves por dónde echás.

-¿Más juicioso quieres? Me hacían confesar cada mes.

-¿Y te hacían rezar el Rosario?

-¡Ya se ve!

-¡Bueno tía! siguió la habladora-, esta noche se lo hacemos ofrecer, a ver qué tan bonito lo reza. ¿Y sabes las letanías? – dijo, dirigiéndose a Antonio.

Este se puso a reír, a la vez que sus padres, que, mientras los jóvenes hablaban, tenían el cuidado de callar, como para estudiarlos.

La criada se presentó y dijo a la señora:

-¿Rezan primero, o traigo la merienda?

-Rezamos –dijo en alta voz don Pedro.

-¿Qué le trajiste a Dolores? –preguntó Mercedes.

Y Antonio, sacando de su maleta un pañuelo de su uso, pero en buen estado respondió:

-Esto.

-Dios se lo pague –dijo la morena.

Terminado el Rosario, Mercedes se sentó junto a su tía, y sobre uno de sus hombros puso, como fardo precioso, aquella cabeza de oro y aquel rostro de nácar.

Antonio se quedó mirando el cuadro y, por la primera vez de su vida, se confesó a sí mismo que era feliz.

Apenas hubo tomado Mercedes la posición que acabo de indicar dijo:

-Antonio, se perdió el toro grande.

-Ya me lo habían escrito. ¿Y pareció?

-No; y se perdió también el buey encerado, hijo de la *Florecita*

-¡Ese! Imposible; si lo ví en La Ceja. Yo creí que lo habían vendido y hasta me dió tristeza el verlo.

-¿En La Ceja?- preguntó don Pedro.

- Sí, señor, iba con una rastra de leña.

-¡Hombre! No sería el mismo.

-Demás... ¿No era un buey cenizo, oscuro, con una pinta blanca, grande, en la frente?

-Sí

-¿Chiquita la cabeza, y los ojos muy brotados?

-Sí; el mismo.

-¿Y como más bajito de las paletas que de las caderas?

-Eso es.

-¡Pues es el que yo ví!

-Demás –dijo Mercedes -. Y fue robado; tal vez el toro sí se mataría, porque era muy ladrón; ¿pero el buey...? Ese fue robado. Sólo mi tío cree que no hay quién se robe un animal, y, Dios me perdone, pero el buey se lo robó el que les he dicho, y no me sacan de allí, y fue él.

-¡Calla muchacha! -dijo doña Florencia-; eso es pecado.

-Pero, tía...

-Cállese, hijita.

-Padre -dijo Antonio-; eso sí se puede averiguar; mandemos a La Ceja.

-Nada; que se le escriba a Andrés –dijo doña Florencia-, que lo averigüe. Ese es el medio.

-Así, sí .agregó don Pedro.

-Muy bien -dijo Mercedes, y Antonio:

-Bueno.

## CAPITULO VIII

### El ramo de rosas

*Ayer pasé por tus puertas  
Me tirastes un limón  
El limón cayó en el suelo  
Y el golpe en el corazón.*

#### Popular

Llegó la hora de retirarse a dormir. Don Pedro dió la señal, y Antonio se fue a su alcoba, que estaba a un lado de la sala; Mercedes y sus tíos entraron en la alcoba grande, al opuesto lado de la que ocupaba Antonio. Este se detuvo un instante en la puerta de su dormitorio por mirar a su encantadora prima, y, más que todo, en la esperanza de que ella lo mirase.

Mercedes dejó entrar adelante a sus tíos y volvió el rostro a buscar a Antonio, y él, sonriendo de felicidad, despidió la mirada más llena de rayos y de flechas que el amor haya lanzado al corazón del que quiere herir. Ella, ruborizada, apartó los ojos, y su corazón palpité por primera vez con el ritmo que ella ignoraba, de una nueva vida.

El venturoso amante comprendió lo que pasaba en el alma de su amada, y entrando en su alcoba, se sentó en la cama, con las manos bajo las piernas, y pensaba: “Si yo la llamase, como en otro tiempo, a que me acompañara mientras me dormía, acaso me obedecería ... pero, ¡es imposible! No la llamaría por todo el oro del mundo. ¿Cuándo la volveré a ver?; ¿cuándo amanecerá? Yo estoy muy bien; jamás había estado tan feliz; no me acuesto, por temor de soñar con otra cosa que no sea con su amor.

¡Qué feliz soy! Mañana le pregunto si me quiere. ¿Y cómo le pregunto? Le digo que nos casemos y que yo no vuelvo al Seminario. ¿Y mi padre? ¿Qué me dirá mi padre?

¡Antonio! – llamó doña Florencia.

-Señora.

-¿Usted necesita algo?

-No, señora.

-Entonces, hijo, acuéstese y apague la vela.

-Ya voy, señora; estaba rezando. – Y añadió para sí, alzando las mantas de la cama: no es mentira; rezando estaba con la mayor unción que he experimentado en mi vida; jamás he tenido el alma tan cerca de Dios. ¡Mercedes! ¡Qué nombre tan bello! Como todo lo suyo, como ese pelo, como esos ojos. No quisiera dormirme, por pensar en ella; pasaría feliz la noche sin dormir.

Cerró los ojos y empezó a sentir que su cama daba vueltas dulcemente . . . Y dejándose mecer en su lecho por la mano de la noche . . . de pronto dió un salto, y dijo, sonriendo: Creí que había tropezado la mula en el camino.

Se volvió sobre el lado derecho, lanzó un suspiro, y antes de que éste se disolviera en el silencio de aquel hogar, ya Antonio estaba en Antioquia, conversando con Lucas, en los claustros del Seminario.

Entretanto, Mercedes, reclinada en su lecho, rezaba y rezaba, y besando piadosamente la imagen de Jesús y los escapularios que llevaba al cuello, se preguntaba: ¿Por qué no podré dormir?; ¿Cuándo se volverá para el colegio? Como, a lo menos en estos días, no se vaya para el *sitio*... Y mañana, ¿qué hará? ¿Se estará aquí, entre la casa, con nostras? Como no se vaya a aburrir y a ponerse triste...

Al día siguiente se levantó Mercedes más temprano que nunca y ayudó a Dolores a hacer el desayuno, porque temió que ésta le llevara a Antonio chocolate con harina, como lo tomaban a esa hora sus tíos y ella; y terminada esta faena, tomó los pocillos y, colocándolos en los platos, puso también el pedacito de la humilde arepa –que es el pan nuestro de cada día–; mandó con ello a despertar a sus tíos y se encargó ella de llevar el desayuno a Antonio. Desde el hueco de la puerta llamó con voz casi temblorosa:

-¡Antonio!

-Hola.

-Aquí está el chocolate.

-Déjame en la sala, que ya voy.

Antonio, al primer ruido que hizo la puerta de la sala al salir Dolores, había despertado, y atento a los rumores que escuchaba, dijo: ¡La quebrada! ¡Es el mismo son con que me arrullaba de niño! Y esas vacas; ¡me parece que todavía era capaz de conocerlas una por una, desde la cama, por el bramido!

Oyó luego el cutu-cutu con que su madre llamaba a las gallinas, y risueño y contento empezó a vestirse, cuando oyó la voz de su padre que le decía:

-Antonio, ponga los huesos de punta, que el que mucho madrugó, una bolsa se encontró.

-Padre, eso no concluye, porque dicen que “más madrugó el que la perdió”, y agregan: “si quieres vivir sano, no te levantes temprano”; y ahí está el otro de “no va adelante el que madruga, sino aquel a quien Dios le ayuda”.

-En todo hay opiniones, y por eso el mundo es mundo.

-Y hoy, ¿qué hacemos padre?

-Después de almuerzo, salamos; yo me voy ahora a tapar un portillo; y después de mediodía, a empradizar. No duermo bien el día que no trabajo.

Se acercaba la hora de almorzar, y Mercedes y Antonio aún no se habían visto. Él no se atrevía a preguntar por ella a su madre, como lo hiciera de niño, y se estaba conversando con ésta, del Colegio, de las costumbres de Antioquia y, sobre todo, del señor Obispo, objeto de todo el interés de la señora.

Mercedes estaba en su tocador, que mis lectores aún no conocen: la alcoba grande tenía una puerta frente a la que comunicaba ésta con la sala, y al salir por ella, se encontraba con un corredor pequeño, empedrado. Delante del *corredorcito*, que así lo llamaban en la casa, había un jardín apenas del tamaño de la sala, cercado de chamba por el lado derecho y de la talanquera por los otros dos. A la derecha de la puerta del corredorcito había una tarima, sobre la cual tenía Mercedes ahora un platoncito con agua, y de un alfiler clavado en la pared colgaba un espejo de marco dorado, del tamaño de la mano. Ese era el tocador de la más bella, de la más dulce y de la más humilde de las criaturas.

Acababa de peinarse allí, y mirándose al espejo, pasó por la frente la palma de la mano para enjugar una gota de agua, caída de su pelo. Su peinado, tan sencillo como siempre, le costó aquel día más trabajo que en los anteriores, y prueba de la dificultad era que sus mejillas estaban más rosadas que nunca, al paso que sus ojos parecían más claros, más opalinos. Quedóse todavía mirando la imagen en el espejo durante unos instantes, con una expresión que nada significaba; luego bajó la grada del *corredorcito* y entró al jardín, que tenía cuatro *eras* formadas con negros troncos de helecho, tendidos en el suelo y asegurados en las puntas con delgadas horquetas de guayabo, en forma de garabatos. Aquí había una gran mata de hortensia, cuyas macetas tenían colores diferentes unas de otras. Allí claveles de España y espuelas de caballero; más allá una mata de clavo, de hojas gruesas y olorosas, con el perfume del laurel de los poetas; y en otra parte, la malvarrosa llena de botones y de flores que parecían haber querido teñir sus pétalos con el color de los labios de la ninfa que se acercaba a

besarlos todos los días; en otro sitio el guargüerón, en que Mercedes quería ver, de niña, cabecitas de perro, a los cuales hacía abrir la boca con sus deditos de rosa; en otra *era*, rosales de Alejandría, siempre florecidos y perfumados.

-¡Mercedes! –llamó doña Florencia

-Ya voy señora –respondió la joven, en el jardín, y añadió para sí: ¿Qué hago?; ¿Cómo estaré? No le he visto y tengo vergüenza de dejarme ver de él.

Se asomó al espejo: hubiera querido desbaratar su peinado y empezarlo de nuevo, pero era tarde, y su tía la había llamado, y se dirigió a la sala, preguntando:

-¿Ya volvió mi tío?

-No, hija, pero en esto viene. Dáte una vueltecita por la cocina para ver qué hay de almuerzo.

-Buenos días, Mercedes –le dijo el joven.

-¿Qué hay Antonio? ¿Qué tal noche pasó?

Pasé soñando... ¿Qué les parece que la mula...? Ahí llegó ya mi padre –agregó Antonio turbado, sin saber como responder delante de su madre al ángel que le hablaba.

Doña Florencia comprendió lo que pasaba en el corazón de su hijo, y casi tuvo lástima de él. Mercedes tenía un vestido de muselina blanca salpicada de botoncitos rosados que alternaban con rositas abiertas: traía atada al cuello una cinta roja, de la que colgaba una pobre cruz de vidrio negro; dos abejas de oro eran sus zarcillos; llevaba los pies descalzos, y brillaban sobre ellos, como diamantes, las gotas de rocío que el romero les dejó al besarlos, y traía entre sus dedos un ramo de rosas que con nerviosa mano arrancó del arbusto cuando la llamó su tía, y alzándolo para que lo miraran, preguntó:

-¿Han visto algo más bello? ¡Digan!

-Y Antonio tratando de volver en sí, respondió:

-Muy bellas: ¿Me las das?

-Si hay muchas –replicó *la niña*-; puedes recoger unas canastadas.

Antonio se estremeció con el frío glacial de la respuesta, y no habló más.

Don Pedro entró, colocó en un rincón la barra de hierro que traía, y mirando a Mercedes dijo:

–“Al que es buen mozo todo le luce”. Si esa cruz de vidrio se la ponen a Dolores, dice uno: “detrás de la cruz, el diablo”; se la chanta esta cara de cielo, y ya se ve.

Sonriéronse los que escuchaban; él entró a la alcoba y volvió a salir, trayendo un frasco verde oscuro que de Jamaica vino con ginebra, y que ahora contenía aguardiente, y en dos copas sirvió para Antonio y para sí. Después, sentados los cuatro a los bordes de una mesa traída de un rincón al centro de la sala, tomaron un almuerzo sencillo y abundante, que Mercedes servía por tal de que Antonio no la viese comer. Al acabar, don Pedro y doña Florencia salieron, dirigiéndose él al corredor a pedir candela para su cigarro, y ella a la cocina, a ver que los peones hubieran saciado su hambre.

Antonio se fue a la alcoba y se arrojó de espaldas en la cama, descontento de sí y enojado con su estrella. Mercedes, temblando de emoción, se acercó a la puerta que aquél acababa de pasar, y, arrojándole el ramo de rosas sobre el pecho, le dijo con voz muy baja:

-Si te las dejás ver de mi tía, me muero; -y huyó rápida, palpitante el corazón, llena el alma de alegría, y derramando de sus ojos el encanto de una pasión desconocida.

Antonio, al oír aquella voz, al mismo tiempo que sentía caerle sobre el pecho aquel ramo, sintió como un martillazo en el corazón; abrió desmesuradamente los ojos, entreabrió los labios, tomó las flores y las llevó a su boca para besarlas, y cerró sus grandes ojos, que creyó velados por una venda de color rosa.

Volviendo don Pedro al corredor, llamó:

-Antonio.

-Señor –dijo éste, saltando de la cama y ocultando el ramo.

-¿Nos vamos a salar?

-Bueno, señor.

-Entonces, adelante, “que el mal camino hay que andarlo pronto”. Mercedes: ¿quiere ir? –dijo el anciano, en voz bastante alta para que *la niña* pudiera oírla, donde quiera que estuviese.

-Bueno señor – dijo ésta, repitiendo las últimas palabras de Antonio, y agregó:- Voy por mi sombrero.

Y un instante después volvió a salir con un sombrero blanco de iraca, aguadeño, sin más adorno que una cinta negra, cuyas dos extremidades caían para atrás, casi a la altura de sus hombros redondos, y acercándose a su tío Antonio, que estaba en el corredor, recostados al banco de carpintería, dijo:

-¿Llevo la sal? –y trató de coger el *capacho* fabricado de hojas de rabo de zorro, y liado con un largo cordón de hojas retorcidas de la misma paja.

-No, yo lo llevo –exclamó Antonio, que ya no quería ver que Mercedes hiciera nada que la rebajase de la dignidad de diosa en que él quería verla resplandecer en el altar de su imaginación, y tomó el capacho.

Don Pedro alcanzó, de los cuernos de una cabeza de venado que había clavada en un poste, una soga amarilla, caucana.

-Y yo ¿Qué llevo? –dijo Mercedes.

-Pues será nada –murmuró don Pedro-, ya que éste se acomode. Vámonos; -y marchó, seguido de los muchachos.

## CAPÍTULO IX

### Origen del Güinche

Cerraba el patio una *puerta de golpe*, y Antonio y Mercedes se abalanzaron a ella para abrirla. El mancebo llegó primero, y pasaron delante de él *la niña* y el anciano. A pocos pasos de la puerta corría una quebradita, cuyo puente eran unas piedras desiguales, colocadas caprichosamente en línea casi recta; y parándose Mercedes en la orilla le dijo a Antonio que pasase primero.

-Pasá vos.

-No, porque te quedas viéndome.

-Pasemos juntos, y yo te doy la mano.

-¡Tampoco! Yo sé pasar solita... Ve cómo están las arenitas del diablo.

-¿Cuáles?

-Pues esas que brillan entre el agua. ¿No te acordás que nos contaba la cocinera que el diablo hizo un puente de oro con tal que le dieran el alma del cura del pueblo, y antes de acabar el puente, se murió el señor cura y se salvó, y entonces, el diablo, de puro bravo, derribó a patadas el puente y lo volvió arenitas de esas brillosas?

-Sí, me acuerdo.

-¿Se quedaron? –gritó don Pedro.

-Allá vamos. Pasá –murmuró Antonio.

-Pasá primero.

-¿Te parezco muy *primero*? Pues no me gusta otra prima que tú.

-Pasá, hombre; vé donde va mi tío.

-Pása tú, que yo no tengo afán.

-¡Ah hombre! Suspiró ella, y pasó saltando de piedra en piedra.

No había dificultad en ello, pero Mercedes parecía con alas cuando atravesó la quebrada.

En la otra orilla se paró, y como el caminito empinaba, dijo a su compañero:

-Ahora sí, vos adelante.

-¿Por qué?

-Porque si se queda atrás... ¿no ve que hace mucho viento?

-No creás: seguí.

-Más bien me vuelvo.

-Bueno, caminá –dijo Antonio, y comenzó a repechar la lomita.

Siguióle *la niña*, y después de corto silencio y porque su compañero ya no la veía:

-¿Qué hicistes con las rosas? ¿las botastes?

-¡Indina!, que me respondiste de un modo...

-Sí; ¿y mi tía ay?

-¿Qué le hacía?

-Sí... ¿y que supiera?...

-¿Qué?

-¿Qué?... ¡nada!

-A ver la sal –díjoles, de lejos, don Pedro-, que ya el ganado está aquí.

Antonio apresuró el paso y llegó con el *capacho* al saladero. El viejo lo tomó, lo puso sobre la sabana y le hizo con la navaja dos cortes transversales y paralelos en un pequeño espacio, y quedó abierta una puerta por donde se veía la cenicienta sal del Retiro; luego, alzando el capacho, lo rodeó con el brazo izquierdo, oprimiéndolo contra el costado, y con la mano derecha iba sacando puños de sal, que dejaba caer en montoncitos al suelo, a conveniente distancia unos de otros.

-¿Aquella novillona, tío, es hermana del buey perdido?

-Sí, hija. ¿Cuánto vale?

-Se le ve el precio en la cara: vale una onza.

-¡Eso!; ni más, ni menos.

-Aquel buey frisolo fue el primer ternero que tuvimos en el *sitio*; ¿no es verdad tío?

-Quizás, sí... yo no me recuerdo.

-Sí –dijo Antonio-; yo lo enseñé de montar.

-Aquel otro bandinegro, en que cargan la leña, está alunado: hay que untarle otoa para que no le den gusanos.

-Y a ésta ¿quién le ha enseñado todas esas cosas? –dijo Antonio, admirado.

De vuelta a la casa, les mostró don Pedro el portillo que tapó por la mañana, y les dijo:

-Aquí eché hoy la gota amarga, y miren lo que hice...

-¿Y poco le parece? –repuso Mercedes-. No lo hace un peón en un día.

Mientras ellos salaban, doña Florencia se dijo: aquella muchacha se fue, y no sacó la comida. Ya se ve; como ella ande entre los animales, está en sus glorias, y se le olvida todo lo demás. Fermina, véngase, que ya es muy tarde.

Una como india gruesa y morena, con cara de mujer honrada, salió de la cocina, trayendo una batea, dentro de la cual había una cuyabra, y por un angosto *alar* de piedra se dirigió a la despensa, que es un cuartico de puerta pequeña, que está a la izquierda del corredor, cubierto con el techo de éste. La cocina le sigue, formando ángulo recto con la pared de la casa, y está cercada de palos clavados en el suelo, sin más *empañetado* ni más nada.

A la derecha de la puerta, saliendo de la sala, hay en el corredor un banco de carpintería arrimado a la pared, y clavada en ésta una percha ordinaria, en cuyos clavos de madera están colgados el serrucho y la segueta, untada todavía con la sangre de la última vaca descornada.

Al extremo del corredor hay otro cuartico igual a la despensa, donde se guardan las monturas y los aparejos de los bueyes; allí tienen nido las gallinas, que entran por un huequecito del lado del patio, a hacer su *guaca* de huevos sobre tendidos de helecho.

El patio es grande, y frente a la puerta de la cocina se ve una piedra profundamente socavada por la mano de los indios, donde ahora se les echa aguamasa a las vacas.

Cercan el patio, a los dos lados de la *puerta de golpe*, altos chachafrutos llenos ahora de flores rojas, que contrastan con los azahares del naranjo de la mitad del patio, rodeado de piedras al pie.

Al entrar del corredor a la sala se ve, en la pared del frente, una puerta siempre cerrada con fuerte aldaba, y a la izquierda de la puerta, una ventana, asiento de la señora cuando, de noche, se dedica a hilar. Ambas dan sobre el arado, que tiene dos almudes de sembradura.

Una nota larga y destemplada como de corneta de un órgano que están afinando, salió de la *puerta de golpe* cuando entraron don Pedro, *la niña* y Antonio. Doña Florencia salió a recibirlos hasta la puertecita de la baranda del corredor.

-Padre –dijo Antonio, en el patio -; ¿aquí no hay escopeta?

-No; ¿para qué?

-Para ir esta tarde a tirarles a las tórtolas.

-Quizás Dimas tuviera...

Después de comer, se fue Antonio a la casa de Dimas, en busca del arma dicha. El simpático mozo lo recibió muy bien y le contó que habiendo comprado una escopeta usada a un mulato de Aguadas, cuyo nombre no sabía, tuvo que entregarla, porque resultó ser robada; “perdiendo yo –decía Dimas- escopeta, plata y todo”.

Con esa historia volvió Antonio a su casa, alabando la arrogante figura y la afabilidad del *zambo*.

Era un sábado; a la mañana siguiente debía ir don Pedro al *sitio* a oír misa, hacer mercado y despachar algunos negocitos. Madrugó y, caballero en la yegua, llegó al pueblo, a eso de las siete de la mañana; desensilló en la casa del *Alto*; sacó un espejo, que colgó de un clavo, en un poste, y se afeitó, como acostumbraba hacerlo; se vistió la ropa dominguera; y entrando en la alcoba, abrió el cajón de una gran mesa, cuyo ancho tendido era de una sola tabla; guardó en el bolsillo una chuspa de seda verde, que en las dos extremidades tenía dinero: oro en la una, y plata en la otra, y se puso a escribir una carta:

“Sonsón, a 21 de Noviembre de 1858.

“Señor D. Andrés Bernal.

“*La Ceja*.

“*Mi querido cuñado: Deseo que al recibo de esta se halle gosando de cabal salud la mía es buena A Dios las gracias, por la presente Paso a desirle que me tiene que aser una diligencia a principios de este año allá por la candelaria se me perdió de la finca un toro barsino i no e tenido rason i después por los julios se me embolato el buei enserao que era el mejor, y aora viene antonio i me cuenta que lo bio en la Seja arrastrando asi le suplico que me lo solisite i me lo mande i con esto disponga de su cuñado*

“*Pedro Hurtado*”

Le puso el sobrescrito, la envolvió en un pañuelo *rabo de gallo* que guardó entre la copa del sombrero, y salió a la calle.

En los bajos de la casa –como hoy se dice- del General Henao, tenía tienda ña Ramona Castillo. Allí entró don Pedro, se hizo servir tamales, empanadas y chocolate con pandequeso; se paró después en la esquina de la iglesia a esperar que *dejaran* para misa, cruzados los brazos bajo la ruana pastusa. Como a las doce compró mercado; lo despachó en el buey frisolo, y a las dos de la tarde se acercó a la tienda de ño Nicolás Restrepo y le compró por veinte pesos una escopeta, pólvora, perdigones y pistones –que entonces llamábamos fósforos-, y le preguntó enseguida:

-¿Sabe quién irá para afuera esta semana?

-¿Qué quería, don Pedro?

-Mandar una cartica para *La Ceja*.

-Déjemela, que yo se la mando esta semana.

Un momento después estaba don Pedro ensillando la yegua, y antes de las cuatro de la tarde llegaba a *Magallo*. En la puerta de trancas del camino lo aguardaban doña Florencia y los muchachos.

-¿Qué tal le fué?

-Muy bien.

-¿Qué trae ay, hijo?

-Una escopeta para Antonio tortoliar;- y diciendo esto, se zafó el arma que traía terciada con una cabuya y se la entregó al hijo.

Este le dió las gracias y emprendieron para la casa lento viaje, muy conversado, y entraron a sentarse en el corredor, donde estaba el banco.

Vestía Mercedes un trajecito de linón rosado, al través del cual se veían, en la parte superior del corpiño, los bordados de su blanca túnica; tenía suelta su hermosa cabellera, porque, habiéndose bañado ese día, le daba plazo a secarse para trenzarla por la noche. Esa cabellera dorada en la cual resaltaban caprichosamente algunos mechones más oscuros, haciendo el efecto de esas vacilaciones del éter con que la noche empieza a derramar sus primeras sombras sobre el ropaje de la tarde; aquellos ojos de miradas serenas y tranquilas, semejantes a esas nubes de iluminados contornos, que permanecen quietas en el confín del horizonte; y aquel vestido rosado, como el último arrebol del crepúsculo, le daban a la virgen la semejanza de una estatua de la tarde.

Sus viejos tíos la contemplaban con admiración y dejaban vagar lentamente sus miradas para detenerlas, ya sobre la noble figura del joven, ora sobre los encantos de la hechicera niña, y los dos parecían dominados de un mismo pensamiento, en que entraba algo así como cierta lástima de su hijo, cuya pasión se denunciaba por sí mismo, como dicen que se ve en el rostro del asesino, en sus miradas extraviadas y en sus temores pueriles, la señal del delito.

Era la oración. Doña Florencia llamó a rezar, y la gente de la cocina empezó a separarse del fogón, que ardía en el suelo, y fueron presentándose en la puerta y sentándose silenciosas, éste en una piedra, aquéllas en un tronco. Terminado el rosario:

-Buenas noches – dijo don Pedro.

-Buenas se las dé Dios – contestaron de todas partes.

Mercedes se levantó, diciendo que iba a encender la vela. Ya el *fiat-lux* era un milagro que podía repetirse en *Magallo* con el invento de los fósforos, pero éstos se quedaban para las ocasiones difíciles, y por esto Mercedes debía ir hasta la cocina. Al pasar cerca de Antonio, tomó el sombrero que éste había dejado a un lado, y poniéndoselo entre las manos, le dijo con ternura:

-Te hace daño el sereno; - y huyó.

Antonio y sus padres agradecieron igualmente esta atención. El joven se decía, dentro de su alma: Mañana le digo mis proyectos a mi padre; de mañana no paso.

Mercedes llegó a la cocina y entregó la vela a Dolores; ésta tomó del fogón un tronco encendido, lo tocó con el extremo de la vela y lo volvió al hogar. Una llama amarilla saltó de entre las grietas del tronco carbonizado, y la mulata, hablando en nombre de la vela, dijo: “Présteme su luz”, y aquélla quedó encendida. Mercedes la recibió y se dirigió a la sala. Ya no era la estatua de la tarde, era la imagen de la noche precedida de una estrella. Al mirarla Antonio, recordó al mulato Juan, a quien una noche había doblado de un *guascazo*

Al llegar a la puerta de la sala, Mercedes dijo:

-Entrémonos para dentro, que aquí hace mucho frío; -y marchó adelante.

Salida de la cocina, llegó Dolores a la puerta de la sala y preguntó:

-¿Qué si quieren oír cantar la Maunífica a los de la cocina?

-Que canten –dijo don Pedro.

Y un momento después llenaba hasta los últimos rincones de la casa una inundación de notas largas y monótonas., que iban a buscar sus ecos en la falda de la montaña. La conversación no se suspendió en la sala; se habló de mil cosas, y no se habló mal de nadie. Recordaron la última visita que les hizo don Andrés con sus tres niños, y se separaron.

A la mañana siguiente estaba Antonio desde temprano asestando su escopeta, haciendo para ello, tiros al blanco.

-Riega mucho; hay que echarle menos pólvora.

Otro tiro:

-Hay que darle un baquetazo menos.

Otro:

-Ya está buena. Y lo que es conmigo, la pólvora no sube ni baja, como les pasa a muchos.

Y de repente sentía un estremecimiento, al recordar que ese día tenía que comunicarle a su padre sus proyectos, y decía en voz bastante alta:

-Como yo salga de mi padre...

Cuando vio que los peones venían a almorzar, tomó en balanza la escopeta y volvió a la casa.

Mercedes estaba afanada en el *corredorcito*, trabajando con aquella cabellera que parecía más abundante cada día, y acabada la difícil tarea, mirándose al espejo, pensaba: Para eso que hoy tengo la frente más fea que nunca, porque no es cuadrada como la de él, sino más ancha de este lado que de este. Pero yo, ¿qué? Así me hizo mi Dios.

Cuando, después de almuerzo, don Pedro encendió su tabaco, y armado de un güinche, salió de la casa, Antonio le siguió con la vista; a poco salió tras él y lo halló empradizando.

Al encontrar a su padre, no se sintió tan animoso como al salir de su casa para hablarle lo que quería decirle, y así quedó un momento viéndolo trabajar, mientras buscaba cómo iniciar la conversación. Por fin le preguntó:

-¿No se cansa mucho en ese ejercicio?

-Un poco, a veces, pero entonces trabajo más despacio. ¿Pero vos qué ves? Estas son tortas y pan pintado para los que usábamos ahora días. Suponéte que para empradizar era con palos; no había herramienta; hasta que un día, don Jerónimo Jaramillo, que era muy curioso y sabía de todo, se puso, como vos ahora, a ver trabajar unos peones que tenía en *La Ramada*, y a un rato se fue a la casa y trajo un cuchillo pequeño, lo hizo amarrar de un palo de los que servían para empradizar, y observó que si el cuchillo tuviera dos filos, aprovecharía el peón el golpe de ida y de venida; y como reparó también que la punta se clavaba muchas veces en la sabana, se fue a la fragua, porque también sabía de eso, y se puso a hacer un cuchillo con ojo de calabazo, con punta hacia arriba y con filo a lado y lado, y ya me tenés el güinche, que es de tanto alivio. Después, Jesús, que estaba chiquito, hijo de don Jerónimo, llamó güinche el instrumento este, y así se quedó llamado.

-Padre – le dijo- ¿No sería mejor que yo dejara los estudios y me quedara aquí, trabajando con usted? Yo ya soy un hombre.

-Apenas tenés diez y ocho años – le interrumpió don Pedro tuteándolo, señal que Antonio tenía por muy favorable, porque el anciano no le hablaba así sino cuando su corazón se desbordaba en cariño para su hijo. Animóse Antonio, y siguió:

-Cierto que no tengo más que diez y ocho años, pero yo soy tan hombre como cualquiera, y tengo más experiencia que muchos.

Don Pedro cortó un helecho con el güinche, y Antonio continuó:

- Y Mercedes tiene diez y seis, y ya está de casarse: ¿qué opina?

-Opino que te das mucha prisa en todo, porque “antes que te cases, mira lo que haces”, dice el refrán. De casarte con Mercedes hay que hablarlo con su padre; y en cuanto a los estudios... afortunadamente hay adelanto y hay qué hacer, que Dios me libre de pueblos en que todos estudian para doctores, porque es señal que ya no adelantan, y los mozos tienen que buscar la vida de curas, de tinterillos y de doctores de otros lugares... a bien que para aprender queda toda la vida, y en el Colegio los muchachos no aprenden sino a estudiar. Yo deseo que te volvás al Seminario otros días, y después veremos lo que se hace.

Volvió a cortar otro helecho, y siguió:

-Yo ya estoy viejo y quiero descansar, y no aspiro más que a verte manejando lo que hay, y dueño de todo esto, para yo entregarme a Dios, en cuerpo y alma, hasta que baje a ocupar mi puesto en el camposanto...

Otros dos helechos volaron por el aire al golpe de su güinche y, mirando luego al hijo, preguntó:

-¿Y ya vos hablaste de todo esto con tu madre?

-No, señor.

-Entonces, hombre, has comenzado a “desollar la zorra por el rabo”. Hay que ver qué dice ella, porque ella habla poco, pero bien habla. Vos le podés mentar la cosa y yo también... Vé: allí se sentó un gavián, tírale.

-Está cargada con bala, que lo estaba asestando de todos modos.

-Tírale que “más pierde la pava”...

Ya Antonio estaba apuntando: el ave dió un silbido y entreabrió las alas.

-Tírale, que se va, o echá esa escopeta.

El animal se inclinó y tendió el vuelo.

Antonio disparó.

-¡Bueno! –gritó el viejo, con la inocente alegría de un niño, al ver que el gavián *peloteaba* en el aire, como una cometa que reventó el hilo.

Antonio corrió a recoger su caza, y levantándola en alto, de lejos se la mostraba a su padre, y fuése a sorprender alegremente a doña Florencia, con la noticia del pajarraco muerto.

-Si me hubieras pedido albricias –le dijo ella- te las habría dado. No vale este indino los pollos que me cuesta.

-¡Ah, malvado! –exclamó Mercedes-, quien lo ve tan chiquitín, y ya no iba dejando pollo a vida; ¡por fin pagó las verdes y las maduras!

Cuando don Pedro volvió a casa, ya *la niña* había enterrado el gavián al pie de un rosal, en el jardín.

## CAPÍTULO X

### La cacería

Después de comer, don Pedro volvió a tomar su güinche, y salió. Doña Florencia y Mercedes se quedaron sentadas a la mesa, y Antonio, cogiendo la escopeta, les dijo:

-Hasta luégo, me voy a matar una chilcagua que canta todos las tardes en un cerezo.

Y salió. Pero como la cantatriz no tenía compromiso alguno con él, no vino esa tarde al árbol, y prefirió quedarse en la cabecera de la quebrada, bañándose y comiendo nigüitas y cerecitas de monte. Antonio la oyó cantando, monte adentro, y siguió su camino por cerca del cerezo. Se acercaba ya a la casa de Dimas, cuando vió a éste que, con el sombrero, le hacía señas para que se acercara. Antonio llegó hasta él, haciendo el menor ruido que podía. Aquel le dijo algo en voz baja; los ojos de Antonio brillaron. Los dos muchachos se ocultaron detrás de la casita; dos minutos después, sonó un tiro. ¿Qué mataron con él? No lo sé. Antonio le dijo a Dimas que no fuera a hablar de eso.

El mismo día, por la tarde, doña Florencia llamó a Antonio y le preguntó:

-¿Qué tiene tu padre, que está tan cabizbajo?

-Quizá –dijo Antonio- pensará en el buey perdido.

-¡No! Él no se pone triste por cosas de esas; jamás le dura un día la morriña por pérdida ninguna: que se mató una vaca, que se murió un buey, dice siempre, con el santo Job: “Dios lo dió, Dios lo quitó”, y no vuelve a pensar en tal cosa.

-Madre, voy a decirle la verdad: fue que yo le propuse que me dejara quedar aquí y no volver al colegio.

-¡Pero, niño! ¿Con esas vas a salir ahora? Después de principiar, no acabar una cosa, no es de hombres. Y después de tanto sacrificio...

-Pero, madre, es que usted no sabe: es que yo quiero a Mercedes, y sería yo tan bueno al casarme con ella, y tan feliz...

Les prometo que no vuelvo a salir de *Magallo*; que me hago, como mi padre, un hombre justo y honrado.

Doña Florencia inclinó la cabeza y se puso pálida; serenándose luego, le dijo:

-¿Y él qué respondió?

-Me pareció en buen sentido, pero me dijo que eso había que hablarlo con usted...

-Bueno; ¿pero él qué quiere?

-Lo que quiera usted.

-¿Y vos hacés lo que yo diga?

-Madre, por Dios...

-¡Antonio, no seas collón! Me da vergüenza ver un hombre tan jaragán. Yo ya sabía que estabas loco por Mercedes, porque cuando pensás una cosa, me la contás con los ojos; desde antes de irte para Antioquia, cuando estuviste en cama por aquellas heridas, en sueños no hablabas más que de ella; por eso me afané tanto porque te mandaran pronto a estudiar. Pero la volvés a ver y perdes el juicio... ¡Si yo hubiera sido hombre! ¡Casarse de diez y ocho años no rebaja de pecado! Antonio; hijo: Mercedes es para usted, pero vuélvase a estudiar, y cuando cumpla siquiera veintiún años, se casa. Aquí se la guardamos, y en adelante se la vamos a querer más, pero hágale ánimo, acabe de estudiar, ya que Dios le ha dado modo y talento.

-¡Madre, por la Virgen!...

En ese momento entró Mercedes, trayendo en la mano un *tabaquito de clavo*, que soplabla para que no se apagase; lo entregó a doña Florencia y, volviendo a Antonio, le dijo:

-¿Esta tarde no matás gavilanes ni chilcaguas?

-Está tan mala la tarde...

-Si el Sábado hace buen día –prosiguió Mercedes-, ¿vamos a la *Posesioncita*?

Así llamaban todos en la casa el pequeño campo en que nació y vivió Mercedes hasta la muerte de su madre. La pobre niña solía pedir permiso para volver a visitar aquellas ruinas, por recordar más íntimamente a su madre; por tener el placer de llorar; por descubrir y dejar al aire, un momento, aquella herida que no cicatrizaba. Hacía este triste paseo, como se va al cementerio a visitar la tumba de un ser querido que acaba de dejarnos. El hombre no ama tanto los lugares en que ha pasado sus horas más felices, como quiere los sitios donde lloró sus mayores pesares.

-Sí, vamos –respondió el joven.

-¿Y vamos hasta donde era la casita?

-Sí.

-Tía –volvió a decir Mercedes-, vámonos para el *corredorcito*. Allá se hume su tabaco y yo bordo, que aquí está muy oscuro.

La señora se levantó de la tarima de la sala; metió sus delgados pies en las arrastraderas que había dejado en el suelo al sentarse, y pensativa, salió con Mercedes, que, dirigiéndose a Antonio, le dijo:

-¿Te vas a cacería o te venís con nosotras?

Él, turbado, respondió:

-Me voy con la escopeta, y ahora vuelvo.

Las dos señoras se sentaron en la banca del *corredorcito*, frente al jardín. Doña Florencia tomó el huso y una faja de algodón que parecía un pedacito de nube, al través de cuyos claros casi se creía ver el azul del cielo. Mercedes soltó la correa del tambor, corrió hacia la izquierda el género blanco, volvió a asegurarlo con la correa puesta alrededor del aro, y colocando detrás del género un papelito con un dibujo, empezó a traslucirlo.

El viento sacudía las copas de los rosales y arqueaba las malvarrosas.

-Se va a dañar la tarde –dijo doña Florencia-; está venteando al revés.

-Seguro –dijo la joven, humedeciendo la punta del lápiz en la miel de sus labios.

-Mercedes –dijo la señora-: ¿qué le parece lo que dice Antonio?

-¿Qué, señora?

-Que no quiere estudiar más; que lo dejemos ayudándole a Pedro.

-Malo –respondió la joven, después de esconder la puntita de la lengua, al mismo tiempo que hacia pintar el lápiz, y siguió:

-Bien dice mi tío que “Dios le da habas al que no tiene quijadas”.

-Muy cierto –dijo doña Florencia, volviendo a un lado el rostro como para salivar, y agregó-; Él como que está muy enamorado, y lo que quiere es casarse.

-¿Sí? ¿Con quién?

-Pues ¿no dizque es con la prima de él?

Ya no era posible disimular, y *la niña* se puso roja de vergüenza. Doña Florencia lo adivinaba y no quiso mirarla, mientras seguía así:

-Yo creo que usted debía animarlo a que acabara los estudios. Pedro nada le dice, porque él es así; yo ya le dije, pero se me bota con unos ruegos y unas cosas... que casi me hacen llorar, y ya no tengo ánimo para seguir hablándole; con que lo que usted no haga, se queda por hacer... ¿Qué le parece?

-Yo creo que si todos le decimos, él se vuelve para Antioquia, pero me da miedo que el día que más de mañanita amanezca, aquí viene a dar, sin comer y sin dormir en todo el camino.

Doña Florencia se quedó pensativa, y al cabo de un rato preguntó:

-¿Qué habría del perro de Dimas?

-Ese lo mataron, contó anoche el mayordomo; pero dizque hay muchos con rabia en el *sitio*.

-Por eso jamás he querido yo que traigan perro a la casa; no sirven para nada, comen más que un peón, y el día menos pensado les viene la rabia, y al primero que muerden es al amo.

Un trueno sordo y lejano resonó a gran distancia, como el primer gruñido de una tempestad que empezaba a desperzarse entre las cañadas de Samaná. Una neblina blanca y espesa cubría el horizonte, sin dejar por invadir más que un estrecho semicírculo al frente del *corredorcito*, desde donde la contemplaban doña Florencia y Mercedes.

-Yo ya no veo ni para conversar, ¿y usted todavía haciendo ojaletes?

-Sí, señora; ya nos vamos para adentro; no hay quién aguante el frío.

Las dos se levantaron y volvieron a la sala, después de cerrar la puerta del *corredorcito*, por donde ya empezaba a entrar la niebla. Un momento después llegó don Pedro y puso el güinche en el rincón de la sala, donde dejaba siempre la herramienta. Preguntó por Antonio, y se sentó en la vieja silla de brazos. Cuando aquél llegó, con el arma en balanza, era casi de noche.

Antonio deseaba vivamente hablar con Mercedes acerca de sus proyectos, que ya había comunicado a sus padres, pero resolvió aguardar al sábado, cuando fuera con su amada a la *Posesioncita*; pero ella le salió al camino, iniciando la conversación así:

-Tío: ¿y Antonio va a estudiar para doctor de leyes o para médico?

-Quién sabe para qué lo tendrá Dios –respondió el anciano.

-O qué querrá él aprender –respondió doña Florencia.

-Y qué –dijo *la niña*-; ¿uno aprende lo que quiere?

-Por supuesto –contestó Antonio.

-Entonces yo, siendo él, me volvía para Antioquia a aprender a hacer versos, que es lo más bonito que hay.

-Y yo, siendo vos- respondió el amante- le diría a Antonio que no se volviera para Antioquia, y se quedara aquí haciéndome versos y viviendo conmigo en una casita que le diría que me hiciese en la *Posesioncita*.

Don Pedro, doña Florencia y Mercedes se quedaron petrificados al oír hablar a Antonio con ese cinismo, para ellos encantador. El viejo se levantó sonriendo, y dándole la espalda al hijo, guiñándole el ojo a su esposa, murmuró:

-Ya van siendo horas de dormir. –Y entró en su alcoba.

Mercedes le presentó una vela a Antonio, y sonriéndole dulcemente, con los ojos le dijo: Hasta mañana, amor mío.

Antonio se retiró, llena el alma de gozo, y pensaba: Si los dejo seguir me empuntan para Antioquia antes de volverse a abrir el Seminario, estaban paniaguados para correrme de la casa... y soltó una carcajada.

-¿Qué hubo? –le preguntó Mercedes, desde la otra alcoba.

-Qué aquí están las pulgas jugando al machete, y me topé dos abrazadas como para bailar.

A su vez oyó que reían en la alcoba grande.

-¿Y allá que hubo? ¿Por qué se ríen?

Y le dijo Mercedes:

-Pues vuélvase para Antioquia, que allá no hay pulgas.

-¿Si me vine de huída de ellas!...

-No hay para qué. No hacemos más que torearlo –dijo el anciano, en voz baja y sonriendo.

-Mala está la cosa –murmuró doña Florencia-; y yo no quiero que se quede por miedo de que me lo vuelvan a hacer peliar. Y Mercedes, acostada, preguntó:

-Tío, ¿la cicatricita de la cumbamba sí se le borrará por fin?

Don Pedro tocó con el codo a su esposa, y respondió:

-En esto se le tapa con la barba.

Las sombras inundaron de repente, como caídos del techo, el recinto de aquel hogar feliz; el silencio recordó a largos pasos la estancia, y el suelo agitó sus alas por encima de todos, como bate las suyas el murciélago sobre la parte del ajeno cuerpo que va a chupar. Antonio soñó que lo atacaba un perro con rabia, y que su escopeta no daba fuego.

## CAPÍTULO XI

### Cero, y van dos

Pasaron dos días y llegó el sábado. Por la mañana, el mismo combate de Mercedes en frente del espejito, con aquellos cabellos, todos los días más profusos, y cuya docilidad al genio que los dirigía aumentaba la dificultad para dominarlos y vencerlos; porque hacían aquí un caracol, dejando sobre el hombro así como un nido vacío, labrado con hebras de oro; más allá un espiral; éstos caían en cascada sobre el hombro; aquéllos se desparramaban por la espalda. Por fin logró separar en dos alas, con la punta del peine, el numeroso enemigo vestido de resplandores, y arrojando la primera mitad de la derecha hacia un lado, atacó de flanco la izquierda hasta someterla y llevarla prisionera, atada con una cinta, al lado de la otra, y cargó con las dos sobre sus espaldas.

Estaba vestida con un trajecito de *medio luto*, porque creía impropio visitar las ruinas de su antiguo hogar engalanada con su falda color de rosa.

Después de comer, tomó Antonio la escopeta, y Mercedes su sombrero blanco; y diciendo “hasta luégo”, dejaron la casa. La mulata Dolores los acompañaba.

Al pasar la quebrada, se detuvo Antonio para darle el paso a su prima, pero ella, como la otra vez, le suplicó que pasase adelante; y Mercedes, recogiendo con ambas manos su traje, lo asió a la altura de la rodilla y formó con él, hacia atrás, al descubrir su torneada pantorrilla, un globo de forma tan atrevida y artística como no lo soñó la coquetería. Al empezar la lomita, le ofreció él la mano para que no se cansara, y ella le respondió:

-No; así vamos bien. -Y siguieron, uno al lado de otro.

Al pasar la cerca de la casa de Dimas, se sentaron a descansar sobre la yerba. Las mejillas de *la niña* habían aumentado su carmín; al paso que sus sienes y su cuello parecían más blancos que nunca; en su garganta podían contarse las palpitations de su corazón; sus labios tenían el color de una brasa, y ligeramente entreabierta su linda boca, dejaba ver por momentos la línea blanca y delgada de sus dientes iguales. Después de reposar un momento, se levantaron y siguieron el camino.

Llegaron a la *Posesioncita*, y, silenciosos, armaron al pie de las tapias que sostuvieron otro tiempo el techo que cobijó la familia de Mercedes.

-Vé -dijo ella- llena de dulce melancolía-; todavía están el naranjo y el papayo; se nota muy bien por dónde estaba cercada la huerta. Esto era el jardín, y todavía se ven piedras de las que formaban las *éras*. Allí era la cocinita; estas tapias encerraban la sala y la alcoba. Aquí quedaba la cama de mi madre -y suspiró-. Aquí dormía yo, con Enrique, chiquito, y al frente, Andrés y Pablo. Aquí estaba la tarima, y en este punto ponía ella la cajita de la costura; y esta raya arqueada de la pared se fue haciendo con la tapa de la caja al abrirla y cerrarla. Aún me parece que la veo, sentada aquí, y que la oigo cantar... ¡Madre! -exclamó, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Mudo y pálido, la contemplaba Antonio.

-Ay, ay, ay -dijo ella, entre un hondo suspiro, y agregó-: vámonos ya; vos estarés aburrido, y aquí no viene una sino a sufrir. -Y al ver la faz entristecida de su prima, le tomó una mano y le dijo:

-¿Vos también te acordás de ella?

-Sí -dijo él-, la recuerdo mucho; tenía las trenzas rubias, como las tuyas, casi tan rubias como sus aritos, que eran esos mosquitos de oro que vos tenés ahora.

-Mirá –volvió a decir Mercedes, fuera ya de las ruinas-: mirá en este patio un hoyito, donde no volvió a nacer la yerba; ay había un bramadero. Allí... y alzó el brazo para mostrar algo... mas cambió de pensamiento, y dijo despavorida-: ¡Un perro!...

Antonio se estremeció y apretó instintivamente la escopeta, como si le preguntara: ¿estás ahí?

Dolores corrió hacia las ruinas, y en un momento trepó a lo más alto del viejo naranjo.

El animal que había visto como a una cuadra de distancia, corría hacia ellos, con una rapidez pavorosa.

Antonio se colocó de un salto delante de Mercedes, y la dijo, apuntando ya sobre el animal: no te movás ni me toqués, y no te dé miedo...

Ambos reconocieron a Cora, hermosa perra de Terranova, cubierta de blanca lana, con pintas de café, propiedad de un honrado vecino. Traía el vientre consumido, y los ojos reverberaban. Antonio le apuntaba sin pestañear, y en todo su cuerpo no había un solo músculo que no estuviera perfectamente quieto. La furia llegó a diez pasos de distancia de los dos amantes, con los atrevidos ojos fijos en los ojos de Antonio.

El cañón de la escopeta vomitó fuego... ¿Vió la perra cuando el gatillo reventaba el pistón, obedeciendo a un instinto admirable? ¿O le reveló Antonio con su chispeante, habladora mirada, el instante preciso en que iba a tirarle? No sabría decirlo, pero al tiempo en que el cazador disparaba, Cora hizo un guiño, casi un salto de lado, así como una ondulación de serpiente, y el tiro dirigido al pecho dió con algunas municiones en la paleta derecha, y otras se clavaron en el muslo del mismo lado; la perra se detuvo un momento, casi se sentó en las patas traseras, y luégo, como multiplicando su rabia, dió un salto enorme sobre su víctima.

Mercedes lanzó un grito, y Antonio ahorrándole al animal la mitad del camino, avanzó sobre él con la escopeta cogida por la punta del cañón. Cora se levantó de un vuelo, a la altura de la cabeza de Antonio, y volvió a caer, para no alzarse jamás, despedazado el cráneo.

El animal abrió desmesuradamente las rojas fauces, tembló un instante sobre la yerba y quedó muerto.

-Cero y van dos –murmuró Antonio.

Volvió a mirar a Mercedes y la encontró inmóvil y pálida como una escultura de alabastro. Acercóse a ella y le dijo: ya está muerta; vuélve en ti.

El rostro de la joven comenzó a teñirse de ese rosado claro con que los pintores dan el primer baño a una rosa.

Animada por su amante, se arrimó al animal muerto. Cora estaba tendida sobre el lado derecho, y Antonio la volvió del otro lado, para ver en donde la había herido con los perdigones.

-Que hermosa era -dijo él, levantándose y mirando a Mercedes.

Ésta hizo un movimiento de cabeza, como aprobando, pero no habló; y notando Antonio la palidez de *la niña*, que resaltaba sobre todo en los labios, donde aún no llegaba el primer baño de carmín.

-Aún estás pálida -le dijo-; mostráme la lengua.

La niña entreabrió la boca.

-La tenés más blanca que un papel –dijo Antonio, y empezaron a marchar.

-¿La escopeta está cargada?

-No.

-Cargála, que tal vez nos sale otro perro.

-Ya no hay más –repuso Antonio, recogiendo la escopeta, y asustado, observó, sin dejárselo notar a Mercedes, que el arma tenía rota la caja, y el cañón torcido.

-¿Sería verdad que mataron el de Dimas?

-Sí; yo mismo lo maté anteayer, y mandé que no te lo contaran, porque no te asustases temiendo que yo hubiera corrido algún peligro... y por la noche me dio pesadilla con él.

El mancebo llevaba la escopeta debajo del brazo y parecía consagrarle una atención especial, porque la joven no notara el daño en el arma.

-¡Otro perro! -gritó Dolores

Los dos jóvenes volvieron el rostro, y la zamba soltó una estúpida carcajada para celebrar su mentira y el sobresalto de sus amos.

Antonio le regaló una mirada de desprecio, y Mercedes le dijo, con cierta simpleza:

-¿Sí? ¿Cuándo me come? -Frase célebre que usó un joven para decirle *feo* a su amigo.

Cerca ya de la casa, díjole Antonio a su amada:

-Todavía estás descolorida; ¿estás enferma?

-Yo, no.

-¿Qué tienes pues? ¿Estás triste?

-Yo estaba muy triste cuando estábamos en las ruinas; después con el susto de la perra, me dio una cosa... que creí que me estaba ahogando.

Pero ya todo pasó; no estamos en las ruinas; ve la casa de *Magallo* aquí; Cora no resucita ni el día del Juicio... y yo quiero decirte muchas cosas.

-Pues decílas.

-Allá voy; ¿tú le dijiste algo a tu padre, cuando vino con los muchachos?

-¿De vos y yo?

-¡Sí!

-No: ¡qué le iba a decir! -exclamó ella, sonriendo-. ¡Imposible!

-Entonces ¿querés que yo le escriba?

-¡Cómo!, ¿y vos no pensás volver al Colegio?

-No

-¿Pero no es cierto que si yo te pidiera un año de plazo para casarme, me lo concedías?

-Sí.

-Bueno -siguió diciendo ella-; te vas para Antioquia, estudiás otro año, y a tu vuelta... La joven se ruborizó y no acabó la frase.

-Sigue -dijo él-; y a mi vuelta...

-Soy tu esposa, pues...

-Pero ¿no ves - respondió Antonio, ya próximo a aceptar el sacrificio de la separación-, pero no ves que yo me voy a enloquecer si dejo de verte todo un año?

-Sí podés estarte un año más -dijo *la niña*-. Dáles ese gusto a tus padres que te quieren tánto, y que no trabajan sino por verte dichoso. Cuando ellos sepan que yo me interesé porque te fueras a estudiar, y que a fuerza de súplicas te obligué, por lo menos verán que hago por ellos cuanto puedo; y aunque no alcance jamás a pagarles los beneficios que les debo...

La joven se estremeció al decir esto, y Antonio, que en ese momento le hubiera dado con gusto su propia vida, le dijo conmovido:

-Bueno: queda resuelto; me voy otro año...

-Eso sí, dentro de un año.

-Sí...

-Yo tengo que pedirte una cosa.

¿Qué cosa?

-Que me regalés un cadejito de tus cabellos.

-Sí, bueno; ¿y vos también me das?

-De esto... -dijo él, desdenosamente, pasándose la mano por la cabeza-; estas son flechas...

-Qué le hace; pero es el pelo tuyo, el único que se parecerá a Antonio cuando él esté ausente.

-¡Trato hecho! -contestó él, festivamente, por disimular su emoción.

Llegaron a la quebrada. La tarde comenzaba a engarzar sus cortinajes de sombra entre los árboles de las orillas; las chilcaguas saltaban aquí y allí, lanzando tristes ayes, como asustadas de ver acabarse el día.

Antonio le ofreció a Mercedes la mano para pasar, y la hermosa virgen puso en ella su diestra, que ya le había prometido para siempre.

Atravesaron el patio. Don Pedro y doña Florencia los aguardaban sentados en el corredor grande.

-¿Qué tal les ha ido? -les preguntó él, al verlos.

-Muy bien -respondió Mercedes-. Hemos rodado con la mayor felicidad del mundo.

-Pues yo creo todo lo contrario -interrumpió Antonio-; y ustedes decidirán cuál tiene la razón cuando ya nos veníamos de la *Poseioncita*, nos atacó Cora, la Terranova de El Roblal, que estaba con rabia.

Doña Florencia se estremeció...

-Y la matamos -añadió el mozo. Agregó algunos detalles, y después dijo, señalando a Mercedes:

-Esta me sacó el sí de que me volviera para Antioquia, otro año. La escopeta se me rompió al matar la perra, con que...

-¡Cómo! -gritó Mercedes.

-Mira -dijo él, mostrándole la caja rajada y el cañón torcido-: hubiera sido imposible hacer otro tiro con ella así.

Doña Florencia hizo todavía varias preguntas acerca del incidente de la perra rabiosa.

## CAPÍTULO XII

### ¡Que te castigue Dios!

Antes de acostarse, dispuso don Pedro que a la mañana siguiente fuera Antonio, en su lugar, al *sitio*, y estuvo largo rato dándole sus instrucciones.

Al otro día marchó el joven, caballero en el potro, llevaba las llaves de la casa, y un maletón, sobre la grupa del caballo, un vestido de paño negro, camisa blanca, calzado negro y un sombrero antioqueño, blanco y de pequeñas alas, uniforme que sacó de su maleta de estudiante.

Cuando se despedía de sus padres y de su novia, escuchó algunas recomendaciones.

-No se venga sin hablar con don Joaquín sobre los terneros.

-Sí, señor.

- El mayordomo lleva la lista del bastimento, y él mismo se lo compra –decía doña Florencia.

-Bueno, señora.

-Y váyase ya, hombre –agregó Mercedes, al ver que el potro que montaba Antonio estaba impaciente por salir.

A las ocho de la mañana estaba ya el joven saludando viejos amigos y llamando la atención de muchos por su arrogante figura y por su moderación, aunque no todos creyeron que fuese duradera en él.

A las dos de la tarde terminaba ya casi todas sus ocupaciones, cuando recibió una nota del alcalde en que le comunicaba haber sido nombrado examinador de una de las escuelas públicas. A las cuatro volvió a *Magallo*.

Dimas, que no había salido al pueblo, estuvo de visita en casa de don Pedro, y al saber que la escopeta de Antonio estaba quebrada, la llevó a su casa y la compuso, rodeando las partes delgadas de la caja con unas piececitas de hoja de lata.

Antonio encontró buena la compostura y le dió las gracias al simpático y oficioso muchacho, pero le hizo observar que el arma quedaba inutilizada, por la forma del cañón.

Después, hablando con don Pedro, le dijo:

-Que don Joaquín sí toma los terneros que se los mande el miércoles para hacerlos apreciar, y como yo tengo que estar allá ese día, yo mismo traigo el dinero

Dimas volvió el rostro a otra parte, como si no hubiera oído lo que se conversaba.

Al día siguiente volvió Antonio al pueblo, vistiòse de negro, y con Juan Pablo Restrepo, Juan Pablo Gómez y Luis María Botero, examinó los niños de la escuela; pidió permiso para no asistir el martes, pero ofreciendo volver el miércoles al examen público.

Dimas, que se ofreció generosamente, llegó con Antonio y un hijo del mayordomo, arreando los terneros para don Joaquín. A las dos de la tarde estaba ya Antonio libre de su encargo de examinar, y recibió los doscientos cincuenta pesos, por valor de los veinticinco terneros. Fuese a su casa del *Alto*, cambió vestido, ensilló el potro, guardó el dinero en los cojinetes de la silla y volvió a *Magallo*; colocó la montura en el cuartico, soltó el potro en presencia de sus padres y de Mercedes, y se reunió con éstos en la sala, donde respondió a las mil preguntas que le hacían doña Florencia y *la niña*, mientras don Pedro leía una carta que recogió Antonio en la tienda de ño Nicolás Restrepo, concebida así:

*“La Ceja, 28 de noviembre de 1858.*

*“Señor, D. Pedro Hurtado*

Sonsón

*“Mi querido cuñado: Con mucho gusto y plaser tomo la pluma para contestarle su estimable misiba de ase ocho días; en poder de don Pepe Botero está un buei enserado frentiblanco que le compro a un moso blanco y buen pareser que debe ser ladron porque cuando le pago la plata se quedo ai dandole conbersa y a poco se fue i lla le abia robado una escopeta que despues despacho un ofisio al alcalde de alla, tiene todos los pelos y señales de su buei y la marca, D. Pepe esta resuelto a aser lo que uste quiera de mandarle el buei como U. diga, saludeme a Florensia i a Mercedes i disponga de su cuñado.*

ANDRÉS BERNAL”.

Terminada la lectura, levantóse don Pedro y entró en la alcoba, como a guardar la carta; y proponiéndose principalmente ocultar a su familia lo que había leído, porque ya había creído adivinar quién era el ladrón.

Volvió a poco y tomó asiento en la sala. Antonio había salido en ese momento, y al volver a entrar, se dirigió a su padre, preguntándole:

-¿Usted sacó la plata de los cojinetes?

-¡No!

-¿No?. ¡eh!, pues no sé qué es esto: allí la traía; ahora voy por ella, y sueltas las correítas de los cuchuvos, y no hay plata ninguna.

-¿Cuánto era? –dijo don Pedro, tranquilo, mientras Antonio y las señoras no sabían a dónde volver los ojos, interrogándose con las miradas.

-¡Es imposible! –prorrumpió doña Florencia.

-Es muy fácil –murmuró don Pedro-. Vino un ladrón, que el que tenemos cebado, y se robó la plata. Bien sé yo quién es él; no se hable más de la cosa, que yo sabré qué se hace.

Y Mercedes preguntó:

-¿Fue Dimas, tío?

-Tú lo has dicho –respondió el viejo.

-¿Y qué piensa hacer? – preguntó doña Florencia.

-Sacársela mañana, de la pipita del alma.

-¿Y por qué no ahora? Usted dice que quien da pronto da dos veces.

-Es verdad -dijo don Pedro; y saliendo al corredor, llamó:

-¡Dolores!...

La criada se presentó en la puerta de la cocina.

-Vení hacéme un mandado –agregó el viejo; y alcanzó la soga que tenía en la calavera de venado, y subió, seguido de Dolores

Antonio se llegó al corredor, y le dijo;

-¿No quiere que yo le acompañe?

-No se necesita; quédese, que quiero ir solo.

Antonio volvió a la sala y empezó a pasearse, inquieto, y al pasar frente a la puerta, miraba la marcha de su padre. Cuando vió que había trastornado la lomita, no pudo contenerse, y dijo a su madre y a su amada:

-Ni entre cadenas soy capaz de permanecer aquí, yo me voy por otro lado, pero no le digan nada.

Y salió por la puerta del jardín; salvó la chamba, del lado derecho de éste, y corrió, haciendo un gran rodeo para llegar a la casa de Dimas por el lado opuesto al que debía seguir su padre.

Ocultóse detrás de un barranco muy cercano a la casa, y vió llegar a Dolores, que saludo:

-Buenas tardes, Dimitas.

-¿Qué hace, Doloritas? Prosiga.

-Dios se lo pague; ya nos vamos. ¿Aquí está ña Petrona?

-Ahí está en la cocina; éntre.

Dolores llegó a la puerta del miserable rancho, y dijo a ña Petrona:

-Que le mandaba a decir mi señá Florencia que le hiciera el bien de ir en un instantico, pero que había de ser ya, antes de que se anochezca.

-Vámonos –dijo la viejita, saliendo-. ¿Qué hay allá? ¿Hay algún enfermo?

-Como que fue que le dió un accidente a *la niña* –repuso la criada, llena de malicia.

Antonio sintió un vuelco en el corazón, y dijo entre dientes:

-¡Maldita negra!... Qué tal que yo no hubiera salido de casa después que ella.

Dolores y ña Petrona echaron a andar, y cuando hubieron caminado como una cuadra, llegó don Pedro al patio de la casita. Dimas se había quedado en la puerta, mirando marchar las dos mujeres, y no vió a don Pedro sino cuando lo tuvo a dos pasos de distancia.

Este se llegó al mozo y, poniéndole blandamente la mano en el pecho, sin decirle una palabra, lo hizo retroceder dos pasos, con lo cual quedaron ambos entre lo que allí se llamaba sala.

A la espalda de Dimas había otra puerta, y al través de ella miraba Antonio lo que sucedía, sin que a él lo viese nadie.

Don Pedro, habiendo dejado como magnetizado a Dimas, que abría inmensamente los ojos, le dijo:

-¡Bribón! Bien se conoce que tu cuna fue una batea. Me estás robando, hace tiempo: me robates el toro y el buey, y me robates una suma en dinero. Te voy a ahorcar.

El mozo cayó de rodillas al suelo, delante del viejo, que parecía un dios disfrazado de hombre, en cuyos ojos reverberaba la ira y cuya hermosa figura hacía pensar en los gigantes de la fábula.

-¡Señor! exclamó el infeliz Dimas-. Yo no me robé el toro, sino que cuando lo fui a sacar, se gulló y me fui a traerlo, y me llevó hasta el *sitio*, y d'íay me fui a venderlo a Abejorral, pero pensaba pagárselo a usted, señor; el buey si me lo jurté, pero le juro que todos dos se los pago; pero no me mate ni me denuncie, por Dios, que yo le juro que no lo vuelvo a hacer.

-¿Y la plata? –preguntóle medio enternecido don Pedro.

-¡La plata!... yo no le he robado plata, señor –dijo el mozo, tratando de ponerse en pie.

-¡Quieto! –le gritó el severo juez-. No te movás, porque te arranco la vida. ¿Dónde está el dinero?

-¡Señor don Pedro! Créame: yo no le he robado dinero; ya se lo hubiera confesado.

Don Pedro tomó la sogá que llevaba en el brazo izquierdo, y le dijo al infeliz, al mismo tiempo que le presentaba el ojo de aquélla:

-Te voy a meter cincuenta azotes... meté las manos.

-¡Señor! –dijo aquél, poniéndose en pie de un salto, con las manos juntas y la mirada suplicante.

Antonio se movió en su escondite.

-No intentés escaparte, si no querés que lleve el diablo... meté las manos... metélas.

-¡Señor, por Dios!... Por la memoria de su madre... Usted es muy bueno... ¡Perdóneme! –Y al acabar la frase, dió un salto atrás.

Antonio se levantó en el barranco, pero volvió a dejarse caer, dando un resoplido.

Don Pedro había cogido al muchacho por el cuello, y éste, sin hablar palabra, con las manos juntas, buscaba el ojo de la sogá para hacerse aprisionar, antes que dejarse arrancar la vida.

El anciano comprendió la intención del malhadado, y le aflojó la garganta, para apretarle en seguida las manos con la cuerda.

El triste reo no pronunció una sílaba más-

Don Pedro arrojó la sogá por encima de una viga; la recogió y volvió a arrojarla como la vez anterior; la recogió de nuevo y recobrándola en seguida, quedó el ladrón con las manos muy en alto, apoyado en la punta de los pies. Don Pedro dobló la extremidad de la cuerda y la echó sobre la espalda, a punto de descargar el primer latigazo. Dimas se estremeció, y las lágrimas brotaron a sus párpados, al mismo tiempo que una especie de mugido de buey salió de sus labios lívidos.

El viejo se quedó mirándole un momento, y luego, haciendo un movimiento de un lado a otro con la cabeza, empezó a decir:

-¡No puede ser!... este diablo... y “lo que no ha de ser bien castigado, que sea bien perdonado...”

Aflojó ligeramente la sogá, como meditando, y agregó, tomando ya una resolución:

-¡Que le castigue Dios! No quiero hacerme justicia por mi propia mano.

Aflojó la cuerda, soltó la mano del ladrón y volvió a decir:

-¡Que te castigue Dios como mereces!... Y eso que vos dirés que “si para allá me las guardas”... Yo debía acabar con este bribón, pero no tengo esas entrañas.

Acabó de doblar la sogá, y dándole bruscamente la espalda al desconcertado Dimas, salió por donde había entrado, con calmado semblante, con el tranquilo corazón de un justo, y con paso lento emprendió la marcha para su hogar.

Mientras esto pasaba, Dolores llegó con la engañada ña Petrona a la presencia de doña Florencia y de Mercedes, y dirigiéndose a ellas, dijo, matando el ojo;

-¡Eh!... ¿Ya le pasó el aicidente a *la niña*?, y aquí venía yo ya con ña Petrona, a ver si ella le mandaba hacer alguna medicina de esperencia..

## CAPÍTULO XIII

### El abrazo

Mercedes, que cogió el engaño al vuelo, ayudó a Dolores, diciendo:

-Sí, ya estoy buena: como que era que me estaban ahogando las lombrices.

Doña Florencia e sonrió, y la pobre ña Petrona decía:

-¡Gracias a Dios que no fue nada! Avemaría, que yo me tragué el cabo de susto, cuando ésta (y mostró a Dolores) me dijo que a su mercé le había dao un mal.

-No fue nada –dijo doña Florencia-; vuélvase, Petrona, que la coje la noche. –Y a Mercedes- Vaya, hija, déle algoito a Petrona para que se vaya, la pobre.

Mercedes salió riendo, al tiempo que Antonio entraba por la puerta del jardín, y preguntaba entre risas:

-¿Le pasó el aicidente a Mercedes?

-Sí, estoy ya buena –dijo ésta, saliendo al corredor y enviando a su amado una sonrisa más dulce que el aliento de la tarde, y más pura que la gota de rocío que cuaja en el cáliz de la azucena.

La mulata Dolores se acercó a doña Florencia y le dijo en voz muy baja:

-Fue que mi amo me mandó que la llamara y le dijera que era que había enfermo.

-Bueno –le respondió la señora-; andáte, que ya viene allí Pedro.

Este y Petrona se encontraron en la *puerta de golpe*, se saludaron y se despidieron a la vez.

Don Pedro y Mercedes llegaron juntos a la sala, y el buen viejo, arrojando la soga bajo la mesa, dijo:

-No pude hacer nada: ese maula es un jaragán y un collón. Allá se me hincó de rodillas a pedirme perdón por el ánima de mi madre, y yo, que soy otro majadero... en fin, uno es como Dios lo hizo.

-¿Y no le sacó nada? –preguntó doña Florencia.

-Sí, -dijo el viejo-; la confesión de que es un ladrón.

-¿Y qué confesó? –volvió a preguntar la señora.

-Que se había robado los animales.

-¿Y la plata?

-Que él no había sido.

-¿Y usted le cree?

-Yo, no; pero ¿qué va a hacer uno?...

-Ponerle la queja a la autoridad.

-¿Y qué me suplo yo con que a ese triste lo manden a un presidio? Nada. Y lo menos que me resulta es que tengo que seguir manteniéndole la madre y los hermanos. Lo que vengo pensando es comprarles la tierra para que se larguen de mi vista.

-¡Pero, hijo! ¿No sacarle la plata ahora, antes de que la gaste? –observó doña Florencia.

-¿Y qué? –repuso el anciano-. ¿No ve que la plata dice que no fue él?

-¿Pero usted le cree?

-¡Qué le voy a creer! Pero él lo niega, y yo no lo voy a matar.

-Pero, hijo: “de lo que se va ahogando”... como usted mismo dice...

-Sí –añadió don Pedro-, y lo repito: “del ahogado el sombrero”, “del lobo un pelo”; pero, ¿y qué? Ya lo perdoné; y yo mismo he dicho que la ira nos aconseja siempre lo peor. –Y levantando un poco la voz, agregó-: llamen a rezar, que yo me voy para la cama.

En profundo silencio escuchaban, mirándose, Antonio y Mercedes, y con elocuentes ojos parecían decir de don Pedro: es el mismo de siempre; al que le pida la capa, le dará también la túnica... y sonreían.

Cuando don Pedro salió de la cabaña de Dimas, los hermanitos de éste abrieron la puerta de la cocina, donde habían permanecido encerrados, asustados al oír las primeras palabras de don Pedro. Y el arrogante Dimas, saliendo de la sala y mirando al viejo, que estaba ya a distancia, comenzó a decir: ¡Viejo maldito!, ¡ojalá te partiera un rayo! Venir a quererme comer... Y apostara y no perdiera, a que la vieja cumbambeaile atizó para que viniera a pegarme... Y lo mismo la cara de muñeca... de la niña... ¿Y por qué no me cujiaron también al matón de Antoñito? Ya se ve... con el viejo de los infiernos sobraba, porque es peor que una víbora... Me dan ganas de meterle candela a esa casa, a ver si los veo arder a todos juntos... Viejo lapidias, lambraña! ¡Quizque querer arrañarme la vida por un maldito buey! Qué tal que supiera que el novillo que le mató el rayo, y los dos terneros desnucados, fue yo que se los maté, para que tuviera que darnos la carne. Entonces si que hubiera venido más caliente que un zorro chiquito, a beberme la sangre... pero ellos me las pagan...

Y siguió andando de una parte para a otra, y siempre hablando, pero ya en voz baja. Volvió ña Petrona, y lo encontró sereno y al parecer tranquilo.

La viejita se metió en su cocina, como la abeja que entra en su colmena. Los niños le contaron cómo don Pedro iba a matar a su hermano. Petrona volvió a salir y preguntó a Dimas, desde la puerta:

-¿A qué vino don Pedro?

-¿A qué? ¡A quererme comer vivo, quizque porque yo le había robao unos animales y una plata! ¡Qué tan de malas estaré... Ya se ve... Si tengo una suerte más negra que el culo d`iun`olla ... Aquí vino ese viejo pateco, más caliente que un tiesto panero, y a juro y taco que le había de entregar quizque una plata... ¡Viejo lambido! ¿Yo plata d`iónde, ni yo plata pa qué?

La viejita, puestas las manos en las caderas, se quedó mirando a Dimas; parecía querer hablarle, y de repente, dándole la espalda, murmuró entre dientes: ¿Quién sabe?... ¡Vos!... –y entró de nuevo en su ahumada guarida.

Al día siguiente, a pesar del mandato de don Pedro, todavía se hablaba del dinero perdido. Fermina y Dolores, la mujer del mayordomo, éste y sus hijos, fueron de mil modos interrogados, pero nadie había visto al ladrón, ni observado nada que inspirase sospecha.

Llegó el miércoles, y Antonio acudió a llenar sus deberes de examinador. Cuando, desde el Alto de *Magallo* divisó la población, pensó así: ¡Cómo no se les vaya a ocurrir hacerme hablar después del acto! Y si mi invitan, ¿qué digo?... Ello dirá... A ver. Ya dizque estaba yo en pie: ¡Señores!; no... Señores no, porque les hablo a los niños. ¡Caballeros!...

¡Menos! ¡Mal haya, la estrechez de mi cabeza! ¿Cómo apostrofo a esos muchachos? ¡Eh!, de cualquier modo; la cuestión es... Y dobló la cabeza sobre el pecho, pensativo.

Dos horas después, la larga fila de doscientos niños, precedida de la música, y acompañada de numerosos caballeros, marchaba pausadamente por la plaza, dirigiéndose al templo. Antonio caminaba al lado del maestro, y a la vez que observaba cuánto había aumentado el lujo de los niños, hablaba con el director acerca de los diversos métodos de enseñanza.

-En mi plantel –dijo éste- no se conoce otro sistema que el de Lancaster, y creo que es el mejor.

-El mejor, en mi concepto –dijo Antonio-, es aquel con el cual logre el maestro mejores resultados. Un hombre inteligente y sabio puede hacer prodigios con cualquier sistema que adopte, y no necesita otro que el que su propio ingenio le haga imaginar; en tanto que un maestro sin gusto para el arte, no logrará nada con método ninguno, ajeno o propio. No es un sistema mejor que otro; lo que hay que escoger es el maestro, porque uno nace pedagogo como nace poeta.

Aquí calló Antonio, al tiempo que se descubría la cabeza para entrar en el templo. Hubo empellones y gran rumor de cuchicheos; sonó la campanilla en la mesa del Director, y se estableció a medias el silencio. Un niño de pie sobre un escaño, pronunció la larga arenga de costumbre. La iglesia quedó casi vacía, y principió el examen.

Terminado el acto, levantóse el maestro y, dirigiéndose a la mesa que ocupaban los examinadores, colocó, muy separadas la una de la otra, ambas manos en el borde, dobló el cuerpo hacia delante, sacó hacia atrás el pie izquierdo, que apoyó en la punta de la bota, y en voz baja, dijo a los que miraba como jueces:

-¿A ver cuál les dice algo a los niños? Cualquier cosa...

Los examinadores sonrieron y se miraron unos a otros.

Empezaba a entrar de nuevo numeroso gentío, atraído por la música que anunciaba la terminación del acto, y allí venía Juan Bautista Villegas, que se colocó entre la multitud, en cualquier parte, pero donde Antonio no lo viera.

-Cualquier cosa –repetía el maestro.

-Que les hable Antonio –dijo uno.

-Habla tú –replicó éste.

-A ver, don Antonio, cuatro palabritas –replicó el Director, agregando-: eso los estimula; dígales algo, un consejo. Mire que todos aguardan.

Antonio se levantó de su asiento; estaba ligeramente pálido, y sus ojos parecían redoblar su luz. Vaciló un momento... y con hermosa voz, que por sí sola bastaría para hacer bello un discurso, dijo:

-“Niños: ...Quisiera llamaros amigos míos. –Y extendiendo el brazo derecho, prosiguió-: Delante de las puertas de este templo os aguarda la libertad; desde ese humilde altozano os está sonriendo, y sólo aguarda a que salgáis de aquí, para estrecharos entre sus brazos”. (Algunos niños miraron hacia fuera).

El público ofrecía al orador uno de esos silencios que dan miedo, y Antonio, con resuelto ademán, y con acción varonil y graciosa continuó:

-“¿Qué le vais a ofrecer vosotros a la amable diosa, tan cara al corazón de todas las edades, y tan apasionadamente amiga de los niños? ¿Qué vais ha hacer en los días que ella arroja delante de vosotros, como juguetes nuevecitos con que ella quiere premiar vuestra aplicación en la escuela? Ella os seguirá a todas partes: irá con este a nuestro pequeño río y le escogerá el mejor baño; aquél la convidará a jugar con sus corozos y sus trompos; el otro la llevará a su casa, imitará, a su modo, el traje de los sacerdotes, y la libertad le ayudará ha hacer procesión; el de allá correrá al campo, donde le aguardan sus padres, acaso sus abuelos, -los mejores amigos de la infancia-, y en las márgenes de la quebrada se mecerá en los columpios que le hicieron los bejucos en los árboles de la orilla. ¡Oh!, la libertad es un gran bien, la libertad es muy bella; cuidad de no emplearla en acciones feas. La libertad es santa; absteneos de llevarla al palenque donde celebráis vuestros desafíos infantiles, porque El que mandó el decálogo a la tierra, no solamente nos dió su ley para escalar el suelo, sino como la única enseñanza para alcanzar nuestra felicidad en este mundo. Vuestro Director me ha exigido que tome la palabra siquiera para daros un consejo, y no he vacilado en ello, porque quería deciros: ¡no riñáis nunca!... que cuando arrojáis al suelo vuestro vestido, y con el cabello desgreñado, pálido el rostro, esperáis la acometida de vuestro adversario, el ángel de

la guarda se aleja de vuestro lado, y triste y lloroso, va a esperaros detrás de la puerta de vuestro hogar. He dicho” –agregó el orador, sentándose.

Tenía encarnado y hermoso el rostro en ese instante. Uno de los examinadores le estrechó la mano; el maestro se acercó a darle las gracias y los parabienes por su oración; en el público se notaba un verdadero entusiasmo, expresado por el rumor de cien personas que hablaban en voz baja. El discurso había gustado, pero más admiraba al auditorio el cambio efectuado en el carácter de aquel joven, conocido hacía bien corto tiempo como el más belicoso de su edad y de aquellos días.

Los niños se movían en los escaños y cuchicheaban con alegría. La campanilla sonó, en señal de haberse acabado el acto.

Antonio volvió a su casa, cambió de vestido y, entre tanto, Villegas, que sabía que aquél debía estar solo, se dirigió en busca de su terrible adversario. Este ensillaba el potro, cuando apareció Villegas en la puerta de la calle; quedóse Antonio mirándole fijamente, y aquél exclamó:

-Vengo a que nos demos un... apretón de manos, iba a decir, pero lo que quiero es un abrazo.

-Con todo mi gusto al más guapo de los aguadeños.

-Y yo al más caliente del mundo –murmuró Villegas al oído de Antonio, a quién tenía dulcemente abrazado. Y despidiéndose el uno del otro, hablaron entre sonrisas, de las cicatrices que conservaban.

-Don Antonio –dijo Villegas, despidiéndose-; soy suyo toda mi vida, para que lo sepa; lo quiero más que a mi padre, y bien puede casarla onde quiera, que yo la peleo.

-No; ya no hay que volver a pelear. No.

-Corriente, niño; yo también me voy a dejar de esas cosas, pa que el ángel de la guarda no se me aparte, como les dijo usted a esos mocosos de la escuela.

Pocas horas después estaba Antonio en *Magallo*, respondiendo a las cien preguntas que le guardaban su madre y Mercedes. Esta le interrogó una vez, así:

-¿Estuvo bonito el discurso?

-Un poco, aunque pronunciado a toda la estampida.

-¿Y los examinadores hablaron?

-¡Por supuesto! Tenían que hablar, para hacerles las preguntas a los niños.

-Si, pero lo que te pregunto –agregó Mercedes- es que si echaron ellos también discurso.

-Pues no todos.

-Ahora verán cómo no hay quién le saque a este hombre lo que uno quiere. ¿Pero tú hablaste?

-¡Pero no te digo que tuve que hablar!

-¡Válgame Dios! –dijo *la niña*, poniéndose una mano en la cabeza, y agregó-: Tía, hágalo entrar en razón.

Doña Florencia sonreía al ver el afán retratado en el rostro de su sobrina, y ésta agregó

-Hombre, lo que quiero saber es si vos les dijistes discurso a los niños.

-Yo no sé como se llama lo que les dije.

-¿Pero si les dijistes algo más que preguntas?

-¡Pues!

-Eso es lo que yo te averiguaba, bobo; contános qué decías en tu discurso.

-Pero ¿cómo quieres que me acuerde?

-Acordate, que para eso te dio Dios la memoria.

-Bueno. ¿Cuánto plazo me das para acordarme?

-¡Tía, por Dios, mátelo!

- Pero, hija, si usted no le saca ... a mí me tiene hecha un jumento.

-Madre: a usted sí le cuento lo que dije –pronunció Antonio muy formal-: Me puse en pie, y manoteando y gagueando, exclamé: “muchachos, cuidado con pelear porque se enoja Mercedes, y os abandona”.

Doña Florencia reía, y Mercedes, radiante de felicidad y de belleza, preguntó a su novio:

-¿Y serías tan bobo que te hubieras atrevido a mentarme allá?

-Yo no te menté, pero sí les dije a los chicuelos: “¿Habéis visto que, cuando una clueca pelea con otra, los pollitos se retiran asustados y tristes? Pues así se aparta de vosotros el ángel de la guarda cuando os ve reñir”.

-¿Y dijiste de pollitos? –interrumpió Mercedes.

Doña Florencia y Antonio soltaron la risa, y éste agregó, con un aire de pedantería que le encantaba a *la niña*:

-La boba eres tú, que no descubres las bellezas ocultas de mi estilo...

-¡Valiente gracia! –sonrió Mercedes-; como si no adivinara yo que estás diciendo que soy el ángel de tu guarda!  
¡Preciso!, porque sos tan malvao que necesitás dos: uno por dentro, y otro por fuera.

La presencia de don Pedro interrumpió aquella conversación, y renovóla Antonio, refiriendo el incidente con Villegas, que todos comenzaron a oír con interés y acabaron escuchando con lágrimas en los ojos.

## CAPITULO XIV

### ¡Está loco!

A **toda** estampida, como dijera el novio de Mercedes, se pasó aquel diciembre.

Sin hablar de la próxima ausencia de su hijo, don Pedro cuidaba la mula, y doña Florencia hacía algunas reparaciones en la ropa de Antonio; y un día se la vio, cubierto el rostro de lágrimas silenciosas, llenar de panelitas de leche el fondo de la maleta del estudiante. Mercedes suspiraba frecuentemente, y Antonio, vertió más de una lágrima en las soledades de la montuosa quebrada.

Llegó la hora de partir. El desventurado amante, en traje de camino ya, esperaba todavía un acontecimiento imprevisto que lo librase del sacrificio de aquella despedida.

Ya su tristeza tenía caracteres de desesperación.

La mulata Dolores le había llevado el desayuno y anunciándole que *la niña* no dejaría la cama hasta que él hubiese partido, porque no tenía alientos para despedirse de él.

Don Pedro se levantó más temprano que nunca, ensilló la mula que debía llevar a su hijo, y cuando éste se presentó en el patio, a tiempo de montar, don Pedro le entregó algún dinero; le hizo algunas advertencias a Próspero, y antes de que Antonio hubiese recogido la brida, su padre le tendió la mano, le dijo adiós y entró en la sala para ocultar su tristeza.

El viajero vióse entonces sólo, y murmuró: Esto es enterrarse vivo... pero ya lo ofrecí; -y agregó en voz alta:

-Próspero: en el *sitio* te espero; -y saltó sobre la silla sin tomar el estribo. La mula dió algunos saltos, y Próspero oyó que el joven decía: ¡Ojalá te mataras, maldita!

Una mirla cantaba en los chachafrutos, y Antonio, mirándola, dijo: “cánta, que un día llorarás”. Una ligera sonrisa brilló en sus ojos, volvió a suspirar, y picó su mula.

Empezaba a amanecer. Un cuarto de legua habría andado el mancebo, cuando la luz de un hermoso día, envolviéndole, pareció renovar sus fuerzas porque exclamó: ¡Caramba! ¡y soy tan bestia que me largue para Antioquia! Anoche me acosté pensando en volverme del *sitio*.

Siete días después abrazaba a Lucas en los claustros del Colegio de San Fernando, y a su lado siguió sus estudios con valor, pues no era lo que necesitaba ahora aquella alma que nunca había experimentado miedo.

Desde allí escribió para su casa, haciendo detallada relación del viaje.

A Mercedes le decía haber estado con don Andrés en La Ceja, y que parecía enterado de que al volver de Antioquia darían parte del matrimonio, para casarse muy pronto.

-Mercedes es de ustedes – había dicho don Andrés-; yo se las dí; háganla feliz, y alegre ella todas las horas de ustedes.

Un día recibió el estudiante una cartica:

*“Mi querido Antonio: Cuando estos garabatos lleguen a tus manos, ya habrá pasado la Semana Santa, y te habrás confesado, por lo cual bendigo a Dios. Mi tío y mi tía como que me quieren ahora más que nunca, o es que yo los amo más cada día, pues a toda hora me están llenando de contemplaciones. Él no viene del pueblo jamás sin traerme algún regalito. A cada instante me hablan de vos, y por vos y por mí es todo lo que hacen, lo que dicen y lo que piensan; y yo me parezco a ellos, porque no puedo pensar sino en un briboncito que me robó el alma, pues ahora comprendo que soy*

*tuya y que si no te hubiera conocido, jamás hubiera querido casarme. En el sitio dizque piensan hacer muy buenas fiestas por San Juan, pero de aquí nos iremos. De lo que me dices de mi padre, te contaré que él y mi tío se cartean mucho, y como que hablan de nosotros. Dolores y Fermina te saludan con mucho cariño, y te abraza tu prima,*

*M. B. de....*

*P. D. El verso que me pusiste en tu carta está muy lindo; lo que siento es que no sea verdad, pues ni mis dientes son perlas, ni mis cabellos son de oro; y digo que lo siento, porque si cada cosa mía fuera como tú la pintas, con mayor placer te la ofrecería, así como te confieso que sólo por vos quisiera ser más hermosa que el sol.*

*Vale.*

MERCEDES”.

Antonio devoraba las sencillas y enamoradas cartas de su prometida y, palpitando de gozo, volvía a leerlas, con Lucas. Este era ya sacerdote, llevaba sin fatigas la cruz de su nuevo estado, y continuaba siendo siempre tan querido del señor Obispo, así como era más respetado en el Colegio, donde regentaba algunas cátedras.

De Julio en adelante empezó a creer Antonio que el tiempo mortal de su separación corría más ligero que en los primeros meses.

Al terminarse aquel año, el cielo de la Patria empezó a cubrirse de negros nubarrones; los ánimos estaban inquietos, pero los rumores de guerra no abatían el ánimo de Antonio, que no pensaba sino en la dicha de volver al hogar, donde le aguardaban la ternura de sus padres, el amor de su novia y los ricos presentes de la fortuna.

Por entonces mandó Mercedes que trajeran a la casa la mula en que debía venir su primo, para cuidarla esmeradamente y hacerla pastar en la manga de las vacas.

Don Pedro la dejaba traer, porque no sólo tenía confianza en su tino, sino porque se llenaba de gozo viéndola trabajar por la dicha de su hijo.

Una tarde, a principios de noviembre, vino Próspero a *Magallo*, vestido de ropa limpia, ya que no había de cambiarla mientras iba a Antioquia por el niño, y volvía.

Mercedes llenó de atenciones al humilde peón, le recomendó que no maltratase la mula, y le dijo mil veces que cuidara mucho en el camino a su amo Antonio; que no le dejara viajar de noche, que madrugara mucho en las posadas y que volvieran pronto.

Marchó Próspero a traer al niño, y llevaba el alma llena de gratitud hacia la hermosa joven que con tanta ternura hablaba.

Los once meses corridos desde que Mercedes no veía a Antonio, ahora le parecían a ella corto plazo, y largo; inacabable, el tiempo que el peón gastaría en traerle al amado de su corazón.

Don Pedro la repetía todas las noches las jornadas que había ordenado hacer a Próspero, tanto de ida como de vuelta, y le aseguraba que el tercer jueves de noviembre, a las cuatro de la tarde, estaría Antonio con ellos, agregando siempre: “Si Dios quiere, “si es voluntad de Dios”, “con la ayuda de Dios”, u otra frase parecida.

Llegó ese jueves, por fin; el cielo, por su parte, no parecía querer turbar en lo mínimo la ventura de los dos amantes, y amaneció vestido de azul purísimo, sin una franja de nubes en todo el ruedo de su túnica, que caía sobre las montañas. El sol parecía un broche de oro prendido en la celeste vestidura. A las siete de la mañana, una neblina principió a brotar

lentamente, recostada en la falda del monte: parecía un ejército que marchaba en profundo silencio, dando largo rodeo para sorprender por la espalda al enemigo.

-Se va a dañar el día –dijo don Pedro.

-¡Qué lástima! –suspiró Mercedes-; tan bonito que amaneció.

-Talvez- dijo doña Florencia a su marido- debías irte ahora a esperar a Antonio en el pueblo, no vaya a ser que más tarde te llueva.

-Ciertamente –repuso el esposo-; es mejor; vos siempre ves las cosas más al derecho. Antes... pueda ser que alcance misa, que hace mucho tiempo que no la oigo entre semana.

El hijo del mayordomo salió a buscar el potro, que así continuaba llamándose el hijo de la alazana, que el venturoso padre quería llevar a su hijo para que descansara del movimiento de la mula. La niebla seguía dilatándose: ya no era una fila de corderitos blancos en las faldas de la montaña, sino una bruma espesa que envolvía todo lo que antes dominaba la vista.

Pasado un cuarto de hora, volvió el muchacho, y dijo que el potro no estaba en la manga.

-Ya sé –dijo el viejo-; se salió y está en la de abajo.

Principiaba a lloviznar, y don Pedro resolvió tomar su almuerzo, e ir él mismo por el animal. A las diez cesó el aguacero, y don Pedro salió, con la soga en la mano. No había caminado muchas cuerdas, cuando sonó un trueno lejano.

La lluvia empezó a caer de nuevo, y don Pedro apretó el paso, con ánimo de buscar un refugio contra el mal tiempo, fuera la gruta de una piedra o la copa de un árbol; pues no sabía acogerse a la casa porque lloviera, cuando él tenía prisa, y corrió a escamparse bajo las anchas ramas de un arrayán. Recostado a su tronco estuvo largo rato, hasta que acabó de caer el agua, y luego siguió con paso corto y rápido bajando hasta donde parecía aguardarlo el hermoso potro.

Este animal no sólo conocía a su amo, sino que parecía quererlo y respetarlo. Don Pedro se le acercó, le tiró la soga sobre el cuello, se arrimó más, le pasó la mano por el anca, lo cogió, le ordenó un poco las crines, y luego, dándole la espalda, empezó a marchar, trayéndolo de cabestro.

La lluvia empezó de nuevo, pero don Pedro ya llegaba al arrayán, ató el caballo a unas ramas y se sentó al pie del tronco, esperando que escampase.

Un trueno espantoso, como el estampido de un cañón, reventó entonces, y doña Florencia y Mercedes, estremeciéndose, se santiguaron; el relámpago había deslumbrado sus ojos y llevado a sus almas el espanto; había alumbrado a la vez que el trueno lanzaba su bramido para ir a perderse, temblando, en las cavernas de la montaña, semejante a un bandido que comete un crimen y huye a otros climas.

Doña Florencia se levantó de la tarima, y saliendo hasta la puerta, dijo:

-¿Qué será de Pedro?, ya es muy tarde.

-No, tía –respondióle Mercedes-; aún no son las doce: falta mucho para llegar la sombra del corredor a esta piedra. Mi tío estará por ahí escampándose.

El carro en que viajaban las tempestades trepidó violentamente en el cielo, como rodando por sobre rocas, arrastrado por las tormentas de miradas de fuego.

-¡Santa Bárbara! –exclamaban las dos señoras, y alzando el velo verde que cubría la imagen la *Reina de los ángeles*, las dos se pusieron a orar.

La tempestad seguía. La sombra que señaló Mercedes había pasado ya mucho de la piedra a que arrimaba a las doce. Doña Florencia volvió a dejarse llevar de insólita desesperación, y salió al patio, preguntando en voz alta:

-¿Qué será de Pedro, que no viene? Ya debía estar llegando al *sitio* para topar a Antonio...

También Mercedes encontraba inexplicable la ausencia de su tío, pero callaba, por no atormentar a la pobre señora.

Antonio se acercaba volando a su casa. Esta vez no venía Próspero delante, a quien no veía desde el puente de Aures, donde lo dejó guareciéndose. La lluvia, como el año anterior, les seguía, como un duende complacido en alisarles el camino y en demorarlos en los pasos de las quebradas, que convertía en ríos.

Antonio pasó por la población sin detenerse en parte alguna. El agua calaba sus vestidos, a pesar del encauchado, y esto mismo lo obligaba a pensar que no debía demorarse hasta llegar a *Magallo*, donde podía cambiar su ropa.

Eran las cuatro de la tarde cuando el enamorado joven llegó a la puerta de trancas que daba entrada las tierras de su padre.

La mula, con raro instinto, comprendió que llegaba a sus potreros y, dócil a la espuela, galopaba con voluntad.

De repente dijo doña Florencia, dejando su asiento, sobresaltada: ¡No, esto no puede ser!, y salió, seguida de Mercedes. Atravesaron el ancho patio de los chachafrutos; descendieron a la quebrada; treparon por la lomita arriba, y al llegar a lo más alto, vieron a Antonio que afanaba su mula, pero él no las miró, porque tenía clavados los ojos en otro lugar: acababa de descubrir el indescriptible cuadro de su padre y su caballo, muertos, al pie de arrayán, despedazados por el rayo. Dió un grito agudo y largo, como una flecha indígena, y se arrojó de la mula. Cayó de pies, envuelto en su negro encauchado, con la mirada fija y los ojos saltados de sus órbitas. Lanzó una carcajada odiosa y empezó a marchar, riendo estrepitosamente, hacia el sitio en que acababa de ver a su padre.

Doña Florencia acudió volando al lugar de la catástrofe, sin pensar en Antonio y sin adivinar su locura. La anciana se arrojó sobre el cadáver de su esposo, y teniéndolo estrechamente abrazado, lo llamaba a gritos, y parecía que el caballo y el arrayán, los testigos de su muerte, le decían con mudo lenguaje que había volado al cielo, que nunca más oiría su voz sobre la tierra.

Mercedes quiso acercarse a Antonio y pedirle un consuelo para sí y para su desventurada tía, pero él la rechazó, y díjole con dulce acento:

-¿Me hace usted el favor de llamarme a mi madre y a Mercedes? Les diré que estoy aquí con mi padre.

-¡Está loco! -exclamó la pobre niña, volviendo el rostro a su tía, y llenos de lágrimas sus ojos.

-¡Loco! -repitió la infeliz madre, y agregó:- ¿Qué hago yo, Dios mío, con tanta desventura? ¿No hay para mí un lugar en ese cielo tan ancho, que no me llamas a tu lado, oh Virgen inmaculada?

-Tía: ¿y quién verá por él? -pronunció Mercedes, señalando a Antonio, que permanecía en pie, recostado al tronco del árbol.

-¡Válgame Dios! ¡Hágase la voluntad de Dios!

-Y prorrumpió la anciana en el más amargo llanto.

Mercedes corrió hacia la casa, y desde la lomita, gritó: ¡Socorro! Volvió el rostro en varias direcciones, repitiendo siempre la misma espantosa palabra.

Desgreñada, corrió hacia ella la negrita Fermina; detrás acudió Dolores, y un momento después, el mayordomo, y entre éste, dos de sus hijos, doña Florencia, Mercedes y las dos criadas, condujeron a la casa el cuerpo exánime de don Pedro. Antonio marchaba adelante, sin volver a mirar hacia atrás.

Cuando colocaron el cadáver sobre la tarima de la sala, volvió doña Florencia a su hijo y, abrazándolo y señalándole el cuerpo muerto de su esposo, le decía, en el lenguaje más elocuente, las expresiones más llenas de dolor que hayan vertido los labios de una madre, y luégo: “¡Ah!, si el Cielo me lo permitiera envidiar tu estado, que no te deja sentir lo que yo

siento, porque estás loco, Antonio; óyelo bien: éstas loco; vuélve en ti, lláma tu razón, que no nos abandone, como el alma de tu padre”.

Y Antonio seguía mudo, pero rechazaba con ira los abrazos de su madre.

Solicitados por los hijos del mayordomo, empezaron a llegar los hombres y mujeres de los campos cercanos; mientras los unos proporcionaban un ataúd, otros aseguraban a Antonio, que amenazaba a los que le sujetaban, porque no le permitían romperse la cabeza contra las paredes de la sala.

Entre los vecinos, fue Petrona la primera en llegar. Dimas no quiso acompañarla por razones más o menos especiosas, que su madre oía sin escuchar, pero si entramos en el alma de aquel desgraciado, veremos que no fue a casa del muerto, porque le infundía pavor... ¿Qué?... ¿el muerto?... ¿la repentina muerte?... Quién sabe...

Petrona entró llorando en la casa del que tántos beneficios le había prodigado, y que ella reconocía agradecida, con la rectitud de su alma. Trataba de consolar a doña Florencia con frases que la pobre señora desoía, pero dictadas al labio de aquella mujer por la piedad más dulce.

La triste viuda amortajó a su marido, llorando y pronunciando palabras de amargura. Casi arrastrada por Mercedes, llegó a su alcoba.

Poco después de medianoche colocaron el rígido cuerpo de don Pedro en un ataúd trabajado de prisa, y antes de amanecer, más de treinta personas salieron para el *sitio*, con la fúnebre carga.

La infeliz anciana pareció enloquecerse entonces, y dando gritos que parecían aullidos, cayó repentinamente en su desmayo, y así permaneció unos minutos, para despertarse luégo bajo la pesadumbre mayor que haya llorado jamás un corazón de mujer.

-¡Ay! -decía-. Yo sé que Pedro está en el Cielo, pero, dónde está mi pobre hijo? ¿A qué abismo de dolor he bajado yo? Si yo le hubiera visto enfermo y hubiera podido pensar que se moría... pero así... sano, como lo ví salir a buscar su caballo, para ir a venirse con su hijo... así...de repente, matado por el rayo, sin tener a su lado a nadie, y verlo yo muerto, al mismo tiempo que mi pobre muchacho daba aquel grito tan horrible, que me partió el corazón; y, por sobre todo, ver a mi hijo loco...¿Qué será de mí? ¿Qué camino habré de coger? ¡Virgen Santísima, qué trabajo tan grande!

A las seis de la mañana, llamado por Mercedes, llegó a *Magallo* el médico que dos años antes había curado las heridas de Antonio.

El doctor Henao se consagró a ver al desventurado loco: hizo que le aplicaran baños de agua fría en la cabeza; prescribió cáusticos, sinapismos y mil cosas más, todo inútilmente: Antonio estaba cada vez más furioso, y no cesaba de hablar; confundía las personas que estaban a su lado, con otras ausentes. Y desde que vió al doctor, lo llamó con el nombre de Lucas. Esto sirvió para que estuviese formal por momentos, porque el médico, informado por Mercedes del personaje a que lo asimilaba, procuró asemejarse a él para rogar al enfermo que se dejara aplicar los medicamentos. Mercedes, que fue bautizada por su desgraciado novio con el nombre de Rosita, y a las veces la llamaba la *Gustadora*, y a este apodo agregaba siempre una carcajada.

El doctor mandó, después de oír a Mercedes, que se colocara la cama de Antonio en la sala, porque, siendo espaciosa como era, ofrecía mayor comodidad para lidiar al enfermo, y porque éste tenía en ella más luz y aire libre, y así quedó instalado el pobre loco al lado derecho de la puerta, quedándole al frente el altar, donde seguía La Reina de los ángeles libre del velo que el día anterior, durante la tempestad, descorrió doña Florencia.

Sujetaron con sábanas en vez de cuerdas, los brazos y los pies de Antonio. Preguntóle a éste el médico qué le dolía, y respondió:

-No me duele nada; antes me quejaba de los brazos, por las ataduras, porque me atrincaron como a Cristo los judíos; pero estas prisiones son más soportables –dijo, mirando las sábanas, y agregó-: de enfermedad no tengo otra cosa que una venda roja que parece un tapaojos de lana colorada, como esos que les ponen a los caballos en las fiestas de San Juan. Fuera de la venda que ya me la habían puesto algunas veces el mulato Juan y otros, lo que más me atormenta es que no veo hace un año a Mercedes y a mi madre.

Doña Florencia, al oír esto, dejó su alcoba y se presentó a su hijo, para decirle:

-Antonio, aquí estoy; ¿me conoce?

-Como no seas tú la bruja que le chupó la sangre a mi padre y a mi caballo, no sé quién puedas ser. Acércate más, que aún me quedan libres los dientes para despedazarte.

La infeliz señora suspiró, y luego dijo, con llanto, al doctor:

-Toda la vida he temido que Antonio perdiera la razón. Tuve cinco hijos más, y todos murieron niños, de un mismo mal, que decían ser ataque al cerebro. Antonio era el último, y jamás estuve tranquila respecto de esa cabecita. Dios lo ha querido: ¡que se cumpla su santa voluntad!

Las lágrimas de la señora movieron todos los corazones. Sólo Antonio no lloraba; el doctor, a pesar de ser médico, se enjugó los ojos más de una vez. Doña Florencia se separó de la cama de su hijo, y más triste que antes, se volvió a su estancia.

-¿Decía usted –preguntó al doctor, hablando con Antonio- que hace ya un año que no ve a sus padres?

-Sí, señor; va a hacer un año.

-¿A mí me conoce usted?

-Creo que es el doctor Henao, o estoy loco, como aseguran estas gentes.

-Sí; usted me conoce; pero esta señorita ¿no se parece a Mercedes?

Antonio se quedó mirándola con saltados ojos, y respondió:

-Pues no, doctor; el pelo de mi novia parecía hecho con rayos de sol; la pobre *Gustadora* es morena. Mercedes es más dulce que la miel, más apacible que la luna, y esta pobre criatura, que respeto y quiero, se ha empeñado en ponerme prisiones, diciendo que lo hace por mi bien.

-¿Dónde están Mercedes y los padres de usted?

-No sé fijamente –pronunció Antonio, tosió luego, como para empezar largo discurso, y siguió-; yo les dejé... todos tres están aquí; esto es... porque a mí me gusta definir bien, aunque ello es trabajoso; ellos están aquí en *Magallo*, si *Magallo* es este infiernito. Yo vine aquí... en esta casa están, o al menos allá los dejé y para allá voy.

-Pero, ¿Dónde está don Pedro?

Quedóse el loco mirando al médico, y dijo:

-Que yo lo ví que estaba muerto es tan positivo como que usted está ahí; pero como todavía me atormenta la pesadilla, no puedo decirle más; lo que sí es verdad, es que ni usted ni yo le volveremos a ver.

Créalo, y no olvide que se lo dijo un loco.

-¿Y qué estudiaba usted en el colegio?

-Estudiaba mucho, doctor: la astronomía me encantaba; la historia y las matemáticas no llegaron a tener para mí una lección larga; la religión cumplía bien, porque tenía de maestro a Lucas, que me enseñaba la conferencia para que no tuviera yo que estudiarla, y luego leíamos juntos obras serias; y de mis estudios no sacaba más tiempo que el preciso para escribirles a Mercedes y a mis padres.

Mercedes, pálida, los ojos irritados por el llanto y la falta de sueño, alzó la vista, y mirando al doctor, dijo:

-Parece aliviado; habla como cuerdo.

El doctor replicó:

-De ciertos asuntos concernientes a sí mismo, hablará siempre como si estuviera sano. Todos los locos, al hablar de su profesión, parecen cuerdos; pero eso es lo que dice su señora tía: Antonio ha sido siempre propenso a la locura, y me parece difícil que recobre la razón, a no ser por otra sacudida como la que sufrió para perderla.

Mercedes inclinó la cabeza sobre el pecho, y dos fuentes de lágrimas manaron de sus ojos. El doctor le tendió la mano para despedirse, al tiempo que le decía:

-No se desconsuele, que nosotros los médicos no sabemos nada: todo esto puede ser pasajero; ánimo, Merceditas; yo seguiré viniendo a verlos con frecuencia.

-Gracias, doctor –suspirió ella entre sollozos, dando la mano al médico.

## CAPITULO XV

### El beso

Esa noche se quedaron algunas personas haciéndole compañía a la desventurada familia. Tres días después ya había descubierto Mercedes mil ingeniosos medios para manejar su frenético enfermo, y engañándolo hábilmente, lo hacía permanecer sujeto a sus ligaduras. Dolores, que tenía la fuerza de un hombre y la delicadeza de una mujer, era verdaderamente útil al lado de Antonio.

Habían transcurrido pocas semanas desde la muerte de don Pedro, y Dolores dijo un domingo, que iba al *sitio* a ver a sus padres y a sacar una ropita de una tienda, y que volvía por la tarde con el mayordomo. Entonces pensaron doña Florencia y Mercedes en la falta que les haría la morena, y rogándole al principio que no saliera, terminaron por suplicarle que volviese el mismo día... y la moza no volvió: tenía gran cariño por aquella familia, pero el excesivo trabajo la había cansado.

Doña Florencia quiso buscar otra criada para reemplazar a Dolores, pero Mercedes se opuso, diciendo que ella sola bastaba para lidiar al enfermo. Pensó la señora servirse del mayordomo, y Mercedes la hizo ver que aquél, con sus hijos, alcanzaría apenas a empujar la finca y cuidar del ganado.

Así hablaban el domingo por la tarde, cuando se apareció a la casa, a pie, don Andrés, el padre de Mercedes. Volvieron los sollozos a enronquecer la garganta de doña Florencia, y las lágrimas tornaron a surcar las mejillas pálidas de la *niña*.

Antonio había vivido exasperado con la presencia de los numerosos vecinos que lo rodearon en los primeros días de su locura; y ahora, cuando en sus accesos de furor, reventaba alguna de las ligaduras, Mercedes le decía:

-Estése quietecito, que vuelve la gente

Alguna vez solía él despertar tranquilo, y por intervalos de un minuto reconocía a Mercedes y a doña Florencia. Un día llamó a aquélla por el nombre, y le dijo:

-Suéltelo, que él va a dar una vueltecita.

-¡Imposible! –le respondió Mercedes. Usted se nos va, y quién sabe cuánto hace.

-Suéltelo –repitió el enfermo: él va por allí cerca, y vuelve y le ayuda a amarrarlo otra vez, pero sin que lo sepa la tía.

-¿Y si se va? –sonrió ella.

-Le juro por mi palabra, que aquí vuelve.

Mercedes creyó en la palabra de Antonio, porque algo parecía decirle, en hondo secreto, muy cerca de su corazón, que le soltara, y dijo:

-Bueno; fío en su palabra... ¡ya está libre!

El loco se puso en pie y pidió su calzado, y luego se paseó por la sala, mirando mil veces al interior de la alcoba de su madre, pero sin atreverse a penetrar allí; doña Florencia permanecía en cama, a veces todo el día... Después, volviéndose a Mercedes, preguntó Antonio:

-¿Dónde está mi escopeta?

En este momento miró doña Florencia a su hijo, libre de prisiones, y al oír que buscaba una arma, llamó temerosa, a Mercedes, para preguntarle por qué lo había soltado.

Este se encargó de responderle, y dijo:

-No se asuste usted, madre; busco su escopeta, es decir, la mía, no otra, la que me regaló mi padre y voy a cazar tórtolas; vuelvo y me acuesto, y Mercedes me amarra. Aquí en mi casa no manda más que mi mujer. ¡Mi escopeta, y hasta luego! – agregó, volviéndose a Mercedes.

Esta empezaba ya a arrepentirse de haberle dado libertad, y con timidez soltó estas palabras:

-Tu escopeta está rota; ¿no recuerdas que se quebró cuando mataste a Cora?

Doña Florencia tenía tan abiertos los ojos mirando a su hijo, que, a lo menos en el semblante, ella parecía la loca.

Antonio salió sin oír más, y tomó el caminito que otras veces hizo con Mercedes, yendo a la *Posesioncita*.

El pobre loco subió la loma, y volviendo los ojos a la casa que acababa de dejar, vió a su madre y a Mercedes que lo miraban, y les gritó:

-¿Se entran o me vuelo? ¿No entienden que quiero estar solo?

Las dos señoras volvieron a la sala; doña Florencia sobresaltada, y Mercedes tranquila. Llamaron a Fermina y la mandaron a que fuese, sin dejarse ver, y por otro camino, a observar a Antonio.

Un cuarto de hora después volvió la criada y les habló así:

-Desde que el niño columbró el arrayán en que topamos muerto al dijunto don Pedro, comenzó a recular de pa'trás y a caminar de espaldas, hasta que casi llegó al tronco, y d'íay se degolvió caminado pa'lante, y otra vez pa'tras, y asina se estuvo tu'este rato y ay viene ya pa' cá.

La cocinera salió, y un momento después entró Antonio; arrojó el sombrero al suelo, y de un salto quedó acostado en la cama y gritó:

-¡Amárrenlo!

-¿No quiere quedarse así un ratico, hijo? –preguntó doña Florencia desde la tarima en que estaba sentada con Mercedes.

-¡No! –volvió a gritar el loco-; amárrenlo pronto, que ahí viene la gente, y si no está amarrado se lo llevan.

Mercedes y su tía emprendieron, llenas de lástima, la faena de asegurar, como a un malhechor, al sér que más querían sobre la tierra, y habiendo vuelto a sentarse, la una en la tarima, y la otra en la ventana:

-¿No ve –dijo la *niña* a la señora- cómo él cree que ya yo soy su mujer?

-¿Cómo no?

-¡Talvez será que él pensaba que por este tiempo ya debíamos estar casados, y esa idea se quedó en su mente!...

-¡Talvez!

Acostado boca arriba, hacía el loco un discurso más o menos largo, ya fuera lanzando improperios y maldiciones, o ya dejando volar su alma, como una ave herida, por campos que casi siempre parecían el dominio de sus sueños. Se interrumpía, como para tomar aliento, y volvía al discurso; de nuevo descansaba, y esta pausa era mayor que la primera, y más corto, casi siempre, el período de la peroración.

Un día, sentadas doña Florencia y Mercedes en la tarima de la sala, empezó así el enfermo: “El alma humana, eterna, como Dios; hija de Dios, volverá a Dios cuando le suelten las sábanas con que está aprisionada en su cama de carne; y arrojándose de su lecho, con salto inconmensurable, caerá de rodillas a los pies del Padre universal; y, llena de amor y de dicha, extenderá sus alas en el Paraíso... no el paraíso terrenal, donde vió la luz el primer hombre; ¡no! De ése, como del templo de Jerusalén, no quedó piedra sobre piedra, y fuego vomitarán las entrañas de la tierra cuando se intente reconstruirlos... Y todas las almas son iguales, subirán cargadas, unas con todo el pantano de la tierra, y otras llegarán blancas como las alas de las garzas, y alzando más su vuelo, hallarán otro Paraíso más hermoso, y unas y otras

purificándose, no con esas penitencias horribles que me contaba la cocinera, sino con el amor de Dios; con rayos del dulce sol que alumbra la eternidad.

“El amor de Dios he ahí la más sublime aspiración del alma; pero hemos tenido que mamar tanta ignorancia, que ni los niños de mi tiempo, ni los jóvenes de mi edad han sabido que a Dios se le puede amar, porque nos han hecho concebir tan aterradora idea del Sér Supremo, que nos han obligado a pensar que Él no desea sino hundirnos en la paila mocha del infierno. Hace tempestad, y ya pensamos todos que es que Dios nos castiga; se estremece la tierra, acaso por un derrumbamiento interno o por la aparición de un nuevo volcán, o por otra majadería cualquiera, y no nos dicen que esos son fenómenos tan naturales como la lluvia, sino que son castigos de Dios; se eclipsa el sol o la luna, y ya eso es una amenaza, cuando que si no se eclipsaran, eso sí sería no una amenaza, sino la señal de un derrumbamiento de los cielos... Todos amamos a la Virgen y al ángel de la guarda, pero nadie ama a Dios... Verdad que hay que temerlo, es decir... pongamos las cosas en su puesto.... hay que matar la tentación de pecar con el temor de Dios, porque sabemos que Él puede afligirnos con terribles penas; pero amémosle mucho, que esta es la mejor arma para huír del pecado... Mas vivimos de un modo que sólo al diablo le temblamos más que Dios. ‘Qué imbecilidad! Yo veo claramente, y fiado en el amor de Dios, todo lo atribuyo a una infinita sabiduría aguijoneada por un amor infinito. .

“El hombre enumera con pavor sus años, porque sabe que sus días están contados; pero, ¿en la eternidad?, ¿Quién se pondrá a llevar las cuentas del tiempo?... Y subiendo, subiendo en el espacio celeste un día, dentro de mil años, de un millón de años o de un billón de siglos, todas las almas habrán ganado la suprema altura...”

Y delirando, delirando, hasta que su boca se llenaba de espuma, se quedaba en honda laxitud.

-¿Y todos nos salvaremos? –preguntó Mercedes.

Quedóse Antonio mirándola breve instante, y luégo, pasando sus dedos entreabiertos, a manera de peine, por entre sus largos cabellos, y con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en los ojos celestiales de Mercedes, respondió:

-Todos; sí, todos, hasta Satanás y sus cómplices: así lo espera la divina Teresa de Jesús, y lo piensa Goete, el mayor ingenio que ha tenido el mundo; y así ha de ser, porque tanta piedad es digna sólo de un Dios que es omnipotente bueno. Digno de este perdón del carácter de Dios, ¿o piensan ustedes que Dios nos creó para el mal?

-No –contestó doña Florencia; pero Él es infinito en su justicia, y no será una misma la suerte del bueno y la del malo.

-¡Caballito! – exclamó Antonio, riendo-; estamos conformes: para eso está hecho el Cielo en una escala infinita de gloria, y no todos tienen parte igual en la felicidad eterna, pero todos seremos venturosos, cuál más, cuál menos.

-Amén –sonrió Mercedes.

-¿Que qué?

-Que Dios te oiga.

-Pensar de otra manera es desconocer que Dios es todo amor, amor infinito.

No habló más. Su madre y Mercedes quedaron un momento silenciosas, y luégo comenzaron su diálogo a media voz, como para no despertar a Antonio, no porque él durmiera, sino por evitarle el cansancio que le notaban, con pesar, después de un largo discurso.

Era lo más frecuente que una frase pronunciada por ellas fuese el tema que tomaba Antonio para sus agitadas oraciones.

Los acontecimientos de aquella larga guerra preocupaban su ánimo, y muchas veces sus discursos versaban sobre alguna acción militar, que él encomiaba en el vencedor, cualquiera que él fuese, sin decir una palabra de reproche para el vencido: miraba las jugadas sobre ese tablero sangriento sin interesarse más por un bando que por otro.

Avanzaba el año de 1860. Bramaba desencadenada en el cielo de la Patria, la desgredada furia de la guerra, según el estilo de entonces:

Que hicieron encierro en la plaza y reclutaron muchos soldados; que se los llevaron para Manizales; que el indio Alzate, sonsonero y antiguo amigo de don Pedro, ha resultado mosquera y está haciendo de las suyas con los liberales; que don Braulio está haciendo unas trincheras con el viejo Pagola para atacar a Mosquera: así llegaban a *Magallo* las noticias, vagas ahora, desfiguradas algunas veces, y numerosas siempre.

Cuando el loco supo que Mosquera había sido detenido en Manizales, el 18 de agosto, celebró la firmeza de los antioqueños al defender las fronteras de su hogar.

Que Payán y Alzate fueron derrotados en la Honda.

-¡Eso debió ser muy hermoso! -dijo Antonio-, algo muy bueno tuvo que ejecutar don Braulio para vencerlos en buenas posiciones. Quién sabe qué sería... ¡qué bueno saber cómo fué!

Hacía innumerables preguntas acerca de los combates de Carolina y Santo Domingo.

Su locura parecía no dar campo en su alma a la pasión política, pero celebraba con especial complacencia los hechos del General Mosquera, y se llenaba de entusiasmo cuando le decían cómo don Julio, después de amenazar con un ataque de frente en Cabuyal, de repente se presentó con su ejército a espaldas de Payán y Alzate, quitándoles así su base de operaciones, con una maniobra que parecía imposible.

-Allá si hubiera querido estar yo -exclamaba Antonio-; esa es la batalla más bien jalada que se ha dado en esta guerra, ese tal don Julio si es militar. -Y hacía largas arengas sobre esa hermosa ciencia.

Mercedes se había habituado tanto a manejar a su infeliz enfermo, que atendía a su mal con más eficiencia que el médico. Y como si pensara que el alma de su amante era la locura, ella tenía a todas horas bálsamos para aquel espíritu y remedios para aquel cuerpo,

Doña Florencia pasaba gran parte del tiempo en su cama, y sus fuerzas, debilitadas por los años y por los últimos acontecimientos del hogar, parecían soportar con pena la carga de la vida. Desde su lecho solía preguntar a Mercedes por el estado de Antonio, en su lenguaje enigmático que las dos sólo entendían:

-¿Cómo está hoy el tiempo? -preguntaba en alta voz la infeliz señora, y contestaba Mercedes:

-Está bueno, algo mejor que ayer, por lo menos no habrá tempestad; pero si no quiere levantarse, tampoco pierde nada.

Y entendía la pobre madre que su hijo pasaría las horas apaciblemente, pero que no reconocería a la que le dio el sér.

Al otro día:

-¿Cómo está la mañana?

-¡Tan buena, tía! Azul el cielo, sin una nubecita... ¡tan hermoso y tan querido! Levántese, para que le dé el sol. Hasta Antonio debe dejar hoy la cama y dar un paseito por la quebrada, y bañarse que le conviene tanto.

Y él, al oírla, se incorporaba y hacía una ligera señal para que le soltaran sus ligaduras, que Mercedes aflojaba, rebotando de amor y de alegría, porque nunca culpaba a su amante de que aparentase quererla menos, pues sabía que si estuviese sano, para ella sería todo su afecto.

En otra ocasión:

-¿Cómo está el día, hija?

-Malo, señora; está tronando, y el cielo está tan encapotado, que da miedo, hoy no salga de su cama: qué le parece que hoy es la conjunción; y como a Antonio le hace mal el frío, voy a cobijarlo bien.

Se acercaba al enfermo, y en vez de abrigarlo, le apretaba las sábanas con que le tenía en el lecho.

Y si estaba hermoso el día y empujaba el viento las nubes con perfumado soplo hacia el ocaso, pero los ojos de Antonio estaban sanguinolentos, y sus labios temblaban murmurando frases ininteligibles, la bella niña, que sabía que su amante no se preocupaba por el estado de la atmósfera, contestaba a su tía augurándole tempestades y borrasca.

Mercedes no dejaba de noche la sala para ir a descansar en su lecho, sino cuando miraba que Antonio dormía o que reposaba tranquilo.

Una noche, como oyese respirar a su amante con la apacible tranquilidad de un niño dormido, se acercó a la cama de su novio, notó que éste estaba abrigado y que las sábanas no lo soltarían fácilmente, tomó la luz y se retiró pensativa y a paso lento y parándose luego en la mitad de la estancia, dijo en voz baja: ¿Qué le faltará?, y volvió al lecho del enfermo. Éste dormía profundamente, y ella le abrigó una mano que tenía fuera de las mantas. Volvió a dirigirse a su alcoba, de nuevo se detuvo en la mitad de la sala; volvió el rostro para mirar otra vez a su prometido, y le pareció entonces que un mechón de pelo que caía sobre la frente de aquél, podía ser un obstáculo a la tranquilidad de ese sueño. Volvióse lentamente; con mano temblorosa recogió aquel haz de azabache sobre la cabeza de su amado; éste no se movía, y ella pasó repetidas veces su mano, como un peine de nácar, por entre los abundantes cabellos de Antonio, y se retiró en seguida, llevando la luz en la mano. Al entrar en su alcoba comprendió que doña Florencia dormía tan profundamente como su hijo, y la inocente novia, parada junto a su lecho, volvió a interrogarse en voz baja: ¿Qué más? Y otra vez volvió a la sala. Palidieron sus mejillas y, en silencio, como una sombra del otro mundo, se deslizó hasta el lecho de su desgraciado amante. Colocó la luz en la silla, y poniendo las manos en el borde la cama, se inclinó sobre la cabeza de Antonio hasta juntar aquellos labios con los suyos. Batía su corazón con desconocida violencia. Se incorporó para retirarse, pero repitiendo una voz que oía dentro de su alma, murmuró, junto al oído del dormido amante: ¡Despierta! Él despertó, y Mercedes, como atraída por aquella boca amada, obedeciendo a un presentimiento, volvió a besarlo ardientemente. Él la miró con extrañeza. Retiróse en seguida la enamorada virgen, con el ligero paso del que huye, y cuando puso la cabeza sobre la almohada, mientras Antonio se preguntaba: ¿por qué me besa la Gustadora?, la niña se decía: ¡Desgraciada de mi! La emoción de un beso no produce en él la sacudida que dijo el doctor, que debo esperar. ¡Talvez habré cometido un pecado!... Y de ahí en adelante, cuando iba a dejarlo por la noche, como una madre que bendice la cuna de su hijo, dejaba caer de su mano, sobre la frente del desgraciado amigo, innumerables bendiciones.

Ella le renovaba, cuando lo creía preciso, los escapularios que llevaba sobre el pecho, y temerosa de que él no rezase las oraciones de la noche, ella las hacía por él.

## CAPÍTULO XVI

### El alma de los brutos

Por el modo como las revoluciones rebotan y mezclan los pueblos, removiendo hasta las últimas capas sociales, un día se albergaba en Sonsón un gran número de hombres importantes de lejanas tierras.

Los de Moya, Guerrero, Corredor, Valderrama, Orbegoso y muchos más eran los apellidos –tan diferentes de los apellidos nuestros- de espléndidos caballeros que aprovechaban en nuestro feliz clima la tregua de los combates. Entre los bogotanos vino un joven que gozaba de gran reputación como médico. Contrajo muy pronto relaciones con el simpático doctor Henao, y éste le dijo un día:

-Doctor, voy a tener el placer de llevarlo a pasear a un campo, ya porque me ayude a tratar allí un enfermo, y sobre todo, para mostrarle la mujer más bella que ha bajado al mundo.

Aceptó el amable bogotano la invitación, y al día siguiente marchó con el doctor Henao para *Magallo*.

.Ofrecióse allí a su vista Mercedes, descalza, con vestido oscuro, en cuya confección no había puesto sus manos la moda de París; y aquel hombre tan culto, tan decididor y tan discreto, apenas cató a quitarse el sombrero, y no tuvo ni una frase de lisonja para aquella joven, que inspiraba a la vez veneración y amor.

-Veamos su enfermo –dijo el doctor P., a su colega, por parecer siquiera médico, ya que en la presencia de Mercedes se había vuelto un idiota, según lo decía él mismo.

Acercáronse los médicos al lecho de Antonio, y el doctor P. hizo un largo interrogatorio acerca del modo como le había empezado la locura, y cuando hubo escuchado la larga narración, fue a sentarse cerca de doña Florencia, y le preguntó entre mil cosas:

-¿Éste es su hijo único, señora?

-No, señor; tuve otros hijos que murieron muy temprano.

-¿Se supo de qué mal murieron?

-No, doctor; pero todos murieron de algo en la cabeza.

-Y este joven, cuando era niño, ¿no sufrió algún ataque parecido al mal de sus hermanos?

-No, señor; pero era tan loco, que a veces me parecía que iba a perder el juicio y a hacérmelo perder a mí.

-Es decir –propuso el médico- , que si yo dijera que el niño nació con propensión a la locura, ¿usted apoyaría mi opinión?

-Demás, doctor.

-Y si agregara que no fué la muerte repentina de su padre, sino otra causa, la que determinó el mal, ¿me creería usted, señora?

-Quién sabe! –sonrió la anciana.

Volvióse el médico a Mercedes:

-Y usted, señorita, ¿me creería?

-Me parece que sí, señor doctor.

-Pues señores –dijo éste, con seguridad-: creo que cuando el señor Hurtado abandonó los claustros del Seminario, ya no estaba sano. Opino que siguió agravándose por el camino, y que cuando halló el cadáver de su señor padre, estaba

perfectamente trastornado. En la seguridad que me da misía Florencia, de la propensión de su hijo a la locura, y en los rasgos tan raros de su juventud y de su infancia, fundo la hipótesis de que el señor Hurtado, antes de llegar a su casa, estaba loco. Creo finalmente, que si el señor Hurtado hubiera venido sano hasta su casa, aunque no mediara la desgracia de la muerte de su padre, el joven hubiera enloquecido aquí muy pronto. Y al decir esto, miró con timidez a Mercedes, como rogándole que interpretara todo el valor de su última frase, y prosiguió:- En este supuesto, no tengo derecho a esperar que el señor Hurtado recobre algún día su razón, como ha opinado el doctor Henao, y ojalá, para felicidad de este hogar, se cumpliera su propósito y no el mío... Sin embargo –agregó., como deseoso de hablar, como si satisficiera con ello una necesidad del momento, o como empeñado en labrarse una ocasión de decir a Mercedes qué cúmulo de cosas había despertado en su alma su angelical presencia, y prosiguió, sonriendo:- Sin embargo, ¡ha hecho tantos milagros el amor!... Y pienso que si yo estuviera loco, y tras de loco, muerto, y tras de muerto, enterrado; y estuviera para casarme con una adorable mujer, yo haría cruzar la piedra de mi sepulcro, y vivo, y cuerdo, volvería a los pies de mi amada.

El carmín de las mejillas de Mercedes pareció tomar un segundo baño; la señora sonrió blandamente, y el doctor Henao exclamó, aplaudiendo:

-¡Bravo!

-Pues mala está la cosa para nosotras y para el pobre Antonio si yo he de hacer ese milagro, porque le aseguro, doctor, que yo no tengo nada de santa.

-¡Al revés! –interrumpió el doctor Henao:- yo no sé si con su amor pudiera hacer usted el prodigio; pero juro que lo puede con su virtud, y que si lo reclama al Cielo, lo consigue.

-Entonces, tampoco, doctor; porque yo no le pido a mi Dios la salud de Antonio, sino que se lo lleve, si ha de seguir toda la vida así, y que me lleve a mí, con él.

-¿Por qué así? –preguntó el doctor P., admirado de lo que oía.

-Por todo lo que Antonio nos ha enseñado desde su cama.

-¿Qué les ha enseñado? –volvió a preguntar con afán.

-¿Digo, tía?

-¿Qué va a decir usted, hija?

-Lo que él piensa del otro mundo.

-Diga, si quiere.

Mercedes permaneció un momento silenciosa, pero animada por las palabras suplicantes del doctor P., comenzó:

-Antes de que Antonio nos enseñara nada de lo que voy a decir, yo ya sabía, por el Padrenuestro, que Dios quiere que le pidamos que se haga su voluntad. Y si primero pedía por su salud, hoy acabo mis oraciones diciendo: que se haga la voluntad de Dios, y no la mía. Y cuando Antonio empezó a decir y a repetir, muchas veces, por espacio de mucho tiempo, que la tierra no es sino un punto en la creación (pero dízque un punto tan pequeño, que por chiquito no sirve para la i de la palabra infinito), y que así como es un astro tan reducido, sus habitantes son los menos dichosos del universo, porque entre todo lo creado existe una armonía perfecta, he acabado por aspirar a morirme para encontrar otra vida mejor. Dice que no solamente es el hombre el menos feliz de entre los seres que habitan los mundos, sino que es también el más débil, puesto que sólo él pecó; y esto último tiene que ser verdad, porque Jesucristo no habló de varias ovejas descarriadas, sino de una solamente. Cree Antonio que Dios perdonará un día a Satanás, y si esto es verdad, con mayor razón puedo esperar que perdone a los condenados y a los ángeles caídos, y si esto ha de suceder respecto del infierno, dice él que las penas del

Purgatorio no han de ser tan horrosas como las pintan, y concluye que en cualquier otra vida, el hombre será más venturoso que en ésta, excepto en la del infierno...

-Óye –rugió Antonio, rebulléndose en su cama, como azogado-: Entiéndeme bien: nada permanece estacionario en la creación: todo cuanto existe está variando constantemente de forma; sólo Dios es inmutable, luego las penas mismas tienen que estar cambiando de intensidad; por eso, las del infierno serán variadas sin cesar: ¿aumentando o disminuyendo?, no lo sé; mas espero, fiando en lo que conozco de Dios, que día por día se relajan y aflojan las prisiones de los infelices condenados, y que más tarde irán a gozar del Purgatorio, que será para ellos un verdadero paraíso, cuando ya nosotros estaremos muy cerca de Dios, y cuando los ángeles caídos, esos locos, prisioneros del infierno, tocarán a las puertas de otro cielo... acaso el cielo de los animales, porque...que los animales tienen también un alma es un hecho que confiesan todos los sabios, y que reconoce la filosofía cristiana; en lo que no estoy de acuerdo con ellos es en que esa alma perezca, porque... perecer no existe...todas esas son locuras... ¿Conque no perece el humo de la cabaña, ni el perfume de la flor, ni la nota de la flauta campesina, y ha de perecer el alma de los animales, que es obra bellísima de Dios? ¡ja , ja, ja!... ¿Conque no perece el cuerpo de esos mismos animales, por muchas transformaciones que sufra, y ha de morir el alma que se ve reverberar en los ojos del caballo y del perro, y que yo miro centellear hasta en las miradas del pollo que acaba de nacer? Antes dejaré de creer en la existencia del alma de los brutos, que en su inmortalidad. Y si los espíritus de los hombres son iguales, lo mismo el de Napoleón que el de Pacho-bobo; lo mismo el de Byron que el mío, deduzco que el alma de la culebra es igual a la del oso blanco, y la de un pollo igual a la de un elefante.

Descansó un momento, que se pasó en profundo silencio, y volvió a empezar:

-¿Quién resiste a esta lógica? : El espacio es infinito; ¿Qué lo limita? ¡Nada! ¿O se supone alguno que más allá de quién sabe dónde, hay una talanquera? Y al otro lado de ese cerco, ¿Qué piensa que existe? Lo menos que puede haber más allá es espacio. El número de astros que pueblan el espacio es infinito. Para probarlo me bastaría preguntar con que objeto dejó Dios sin poblar un pedacito. Pero objetará algún cuerdo que entre la luna y la tierra caben muchas estrellas... ¡Locura de los cuerdos! Entre la tierra y la luna no caben más, ni un átomo más. El espacio que hay entre la tierra y el sol, y del sol al más apartado lugar del infinito, todo está cubierto y lleno de la creación. Coloquemos otro cuerpo entre nosotros y la luna, y el espacio que éste ocupe lo perderemos nosotros en aire, y sabe Dios en cuántos elementos más necesarios a la vida. Y ahora que miento la luna: ¿a que no han reparado ustedes en esto: ella enciende todos los días su pobre lamparilla y alumbraba un rato las noches de su hermana mayor, la tierra, y unas veces creciendo, y otras menguando, como si dijéramos, unas veces enferma y otras convaleciente, se levanta muy temprano, o muy tarde: sólo una vez puede acompañarnos toda la noche, y es precisamente aquella en que está llena. Si esto no es una prueba de la sabiduría y de la bondad de Dios, entonces sí me declaro loco.

El cielo, la morada de Dios, es infinito, porque ha de contener al infinito Sér, luego la morada de Dios es el espacio infinito y, en consecuencia, al dar nosotros el salto de esta vida a la otra, tocamos en el cielo, por no decir que en el cielo estamos...

Si el cielo es infinito, dentro de él han de estar el purgatorio y el infierno; y dejadme que crea que ésta de la tierra es una de las peores vidas...

Con el sexto día terminó la creación, luego nuestras almas existen desde entonces ¿Y en dónde han estado? ¡Quién sabe!... ¿Seremos nosotros aquellos ángeles caídos, que la bondad divina quiso que se detuvieran antes de llegar al sitio de las eternas penas, y que hemos venido a la tierra para encarnar en los humanos cuerpos y hacernos dignos del cielo, o merecedores del infierno? ¡Quién sabe...! ¡Allá lo veremos, acaso muy pronto!

Y el orador volvió a callar algunos instantes, para continuar así: -Si así fuere, ¡cuán cierto sería que al morir nacemos! ¡Cuán verdad que la muerte es el principio de la vida! Y cuánta razón tenía Santa Teresa, al exclamar: “¡Muero porque no muero!”.

Un momento después se despidieron de *Magallo* los doctores, sin formular nada nuevo...ni viejo.

Mercedes les dijo adiós, aunque le molestaba que el joven bogotano la mirase tánto.

## CAPITULO XVII

### Otro novio

Cuando los dos facultativos estuvieron lejos de la casa de *Magallo*, el mayor de ellos preguntó así:

-¿Qué opina, doctor P., de la Merceditas?

-¡Qué le diré, doctor, sino que me tiene loco! ¡Que perfección de criatura! ¡Cuándo imaginé yo que aquí viviera la mujer más bella del mundo! Y pensar que una muchacha descalza y pobre pudiera negarme su mano de esposa a mí, que, dueño de un nombre ilustre, rico y joven, tengo una profesión que adquirí con el largo trabajo de muchos años, en que no perdí ni un día, ni una hora, es una cosa que me desespera.

-¿Y usted se casaría con ella, si ella quiere?

-Claro que sí, doctor; y no sólo no volvería a mi tierra, sino que no volvería a salir de *Magallo* ni de esta desmantelada casa en que la conocí. ¡Cuán feliz sería yo, al lado de esa mujer!

El doctor Henao sonreía, y el otro agregaba:

-¡Que cosa tan admirable! Sin adornos en su vestido... y ese traje tiene ondulaciones como de cosa viva, como si tuviera alma, como sí a lo largo de sus listas negras circulara sangre, pero no sangre humana, sino el bellissimo licor que tendrán los ángeles en sus venas... ¡Que hermosura tan desesperante! ¿Qué hago yo, doctor?

Y respondióle éste:

-Usted, acostumbrado al lujo bogotano y al refinado gusto de aquellas costumbres, no podría vivir entre estas montañas, en medio de campesinos ignorantes: no piense en esas cosas.

-¿Qué no piense? ¡No pensaré en otra cosa mientras viva! ¿Qué hay bajo el sol que sea comparable a los encantos de esa criatura? Y... ¡cosa más rara!... Recuerde doctor, aquellos ojos que parecen alumbrados por dentro; sus iris semejan ópalo... ¿y las cejas? ¿Ha visto usted cosa más extraña? No se arquean sobre las órbitas, sino que pasan como tangentes, para doblarse dulcemente sobre el frontal; no había visto cejas así...son rectas.

-Pues, doctor, pídala, y no hay más que hacer: no creo que se la nieguen a usted por conservarla para el loquito.

-Sí –repuso el doctor P.-; ¿y ella?... Yo creo que me la daría la señora Florencia, pero Mercedes no querría aceptarme.

-No; a quien debe usted pedírsela es a su padre, que vive en La Ceja: es un caballero, hermano de doña Florencia, y es de él de quien digo que no querría negársela a usted para dársela al loco.

-Y cómo hacemos, doctor; ¿usted me ayuda?

-Estoy todo a las órdenes de usted.

-¿Le escribe usted al padre de la señorita, pidiéndole para mí la mano de su hija?

-¡De mil amores!

-¿Hoy mismo?

-Hoy mismo

A las tres de la tarde estaban de vuelta en Sonsón los dos médicos, y a las seis había un peón listo para marchar a La Ceja con la carta del doctor Henao, redactada en estos términos:

“Muy señor mío y amigo:

“Ahora, que son las tres, acabo de llegar de *Magallo*, a donde fui acompañado del doctor P., para hacer que viese a Antonio.

“El doctor es un joven bogotano de alta posición social, creo que es rico, pero lo que sí puedo asegurarle de él es que es un magnífico médico; eso me ha parecido a mí, y así lo conceptúan sus compañeros.

“El doctor P. está locamente enamorado de Merceditas, y me suplica que escriba para usted y le pida la mano de la joven. Creo que no debe usted vacilar en este asunto, porque el doctor es de lo más importante y porque Antonio no da señal ninguna de alivio en su terrible locura. Ojalá usted se dignara venir a tratar el asunto más de cerca y a conocer al doctor P.

“En espera de su respuesta, quedo de usted atento servidor y amigo,

S. HENAO H.”

Tres días después de enviada esta carta a instancias del doctor P., los médicos volvieron a *Magallo*. No aguardaban allí tan pronto su regreso, pero nadie se manifestó admirado.

Doña Florencia dejó su lecho al saber que habían llegado los doctores, y los recibió con su natural afabilidad. Mercedes mostró su alegría al verlos, porque supuso que la pronta vuelta de ambos significaba cierto afán por curarle su novio.

Los médicos pasaron largo rato examinando al enfermo y haciéndolo *discursiar*, como solía decir doña Florencia.

Las profundas miradas llenas de ternura y de pasión con que el doctor P. envolvía a Mercedes, le confesaron a ésta un amor que ya había adivinado en el doctor forastero, y de ello sintió pesadumbre.

El enamorado joven deseaba hablar directamente con Mercedes, pero ella no sólo esquivaba verse con él a solas, sino que fingía no entenderle cuando él soltaba frases como ésta: “El señor Hurtado no debe aspirar a más dicha, ni yo ambicionaría otra, que a la de vivir cerca de usted”. O ésta: “Para qué le hará falta la luz de la razón si tiene el sol de las miradas de usted”. O ésta otra: “Todos estamos locos por usted”.

Por su parte, Antonio echó largo párrafo con el doctor Henaó sobre sus recuerdos del Colegio de Callón, y decía:

-¿Recuerda los trabajos que pasamos para salir de los Estados Unidos? ¿Y se acuerda de las hojitas de achira? Si fui yo...pero ¿Quién metió a Bravito?... ¡Ah! ¡Bravito! ¡Y pensaré que me dio una bofetada y que me quedé con ella!... Testigo mi garrote de guasco que muchas noches me acompañó a buscarlo...pero Bravito era como la mujer honrada; no salía de casa. Le hubiera pañado yo en un baile en El Trigal, para haberle hecho cantar las chanitas y vuéltolo un rollete debajo de una tarima...Que me las guarde, que arrieros somos y por el mundo andamos, como decía mi padre...-y abriendo desmesuradamente los ojos, tal parecía que fuese a recuperar la perdida razón, tratando de darse cuenta del genitor amado. Un momento después agregó:- ¡Mi padre! Si yo hubiera tenido padre, no estaría aquí enterrado vivo, soportando esa tuerta que se llama mi novia, ni esa vieja harapienta que me responde: *¡mijoo!*, cuando llamo a mi madre. Miedo tengo de llamar a mi padre, porque creo que se me presenta el... el...pues Dimas, a decirme: *¡hijoo!* Pero no le hace; esto no es sino una forma más o menos extraña de existencia: otros nacen reyes, los crían para reyes y los acatan como a reyes; esa es otra forma de la vida, más ridícula que mi locura.

Volviéronse los doctores, a las primeras horas de la tarde, y por el camino hablaban así:

-Doctor, esta es una desgracia para mí; aunque venga el señor padre de Mercedes y nos dé su aprobación a mi proyecto, ella no se casará conmigo.

-No sea usted fatalista doctor P.; Mercedes tiene, como usted ha visto, muy clara inteligencia, y no puede dudar en la elección entre usted y Antonio.

-Mal conoce usted a las mujeres- dijo el doctor P., antes de que el doctor Henao hubiese acabado su última frase-: ésta ama al loco, y no parece resuelta a cambiarle por nadie. Creo que su virtud y su obediencia pueden abogar por mí en esta vez, pero pienso que no dejaría su novio sino haciendo un sacrificio tan grande como el de su propia vida.

-No juzgo yo así las cosas –empezó el doctor Henao-; y si he de expresarme con la franqueza que debo a nuestra amistad y a la importancia del asunto en que yo he tomado parte tan activa, me permito manifestarle que si usted no desiste del proyecto, estoy seguro que la familia de Mercedes no renunciará a un partido tan ventajoso como el que usted le ofrece.

-En cuanto a mí –dijo el doctor P.-, no quebrantaría mi palabra en este caso –ni en ningún otro- por todo el oro del mundo, y no lo tome usted a honradez de mi carácter; es que el sacrificio más cruel de mi vida sería renunciar a Mercedes.

Por distraer a su colega, el doctor Henao le preguntaba frecuentemente como llamaban en Bogotá alguna planta de las que miraban a la orilla del camino, ya el nombre técnico de una flor, ora el género y la familia de otra; y aquellos dos Esculapios más parecían dos poetas hablando siempre de amor y de las flores. Así llegaron al *sitio*.

Dos días después se presentó, por la noche, en casa del doctor Henao, don Andrés; que esa tarde había llegado de La Ceja, y estuvo largo rato conferenciando acerca del doctor P. y sus proyectos, y sintiéndose encogido y tímido para tratar como igual a un hombre de la ilustración del pretendiente de su hija, resolvió seguir para *Magallo* y aguardar allí la visita, después de haber hablado formalmente con Mercedes y con doña Florencia.

Al llegar don Andrés a la casa de la hacienda, se sorprendió casi dolorosamente al ver a Antonio paseándose en la sala, tranquilo, porque, según lo había contado Mercedes esa mañana, el día como que convidaba a vivir, ofreciendo un aire límpido cargado de aromas y de cantos de ave, enriquecido todo con una brillante luz de oro.

Antonio se dirigió al patio para recibir a su tío, saludándolo por su nombre, con sorpresa cada vez mayor de don Andrés. Este abrazó a doña Florencia y a *la niña*, y sentado en la tarima con ellas, empezó a responder a las preguntas que Antonio le hacía desde el borde de su cama.

-¿Cómo quedaron los muchachos?

-Bien; es decir, Enrique quedó bien; de los dos que están en la guerra hace días que no sé nada.

-No sabía que estaban dos en campaña. ¿Desde cuándo no los ve?

-Desde que vinieron de Santo Domingo y volvieron a marchar para el Cauca.

-¿Y qué sabe de ellos? –Insistió Antonio-; ¿son guapos?

-Andrés –respondió el padre de aquellos- está de capitán, y Pablo de alferéz, y me cuentan que todos dos son atrevidos y altivos.

-Cuando les escriba –dijo, todavía cuerdo, el loco- manifiésteles que yo los recuerdo mucho y que si no estuviera tullido, allá estaría con ellos...es decir o quizás en el campamento de los liberales, porque pienso que si mi padre viviera...pero mi padre cayó en una trampa; habían puesto una soga en el arrayán para que ahorcara al potro de la alazana, y como mi padre siempre estaba en esas, por salvar el animal cayó con potro y todo en el lazo...y todo se lo llevó la trampa...¿Y sabe lo que ha pasado? Estas dos señoras se enseñorearon de esto y tomaron posesión de la posesión de mi padre. –Dijo, y levantándose erguido y con terrible ademán:

-Y ya que usted viene a salvarme, o es que tampoco es mi tío y trata de tratarme de...de...

Se movía de una parte a otra y buscaba con rápidas miradas algo que debía ser una arma, y repetía: de... de...

Levantóse Mercedes y dijo con serenidad que contrastaba con la sorpresa de su padre y con el miedo de su tía:

-Se quiere dañar la tarde. A ver, Antonio, a su cama, que usted está tullido y va a hacerle daño el agua, porque está cayendo granizo. -Y hablando así, lo empujaba suavemente; y aquel Hércules oponía sólo una débil resistencia, que Mercedes vencía riendo hasta llevarlo a su lecho.

El loco se acostó casi tranquilo, y ella lo ató con la misma blandura que una madre emplea para vestir a su hijo enfermo.

Y don Andrés decía, libre ya del susto.

-¡Y yo que lo creía curado, según lo bien que lo encontré! Me conoció y luego comenzó a hablarme tan cuerdo...Pero, ya se ve: no hay loco que se cure; esta desgracia, hermana, es para siempre.

Quiso agregar algo, pero el dolor que se pintaba en el rostro de la pobre madre le impuso silencio.

Oyóse ruido de caballos, y la *puerta de golpe*, como la campanilla de la casa de los ricos, anunció que alguien había entrado.

Mercedes y don Andrés salieron a recibir a los doctores.

Instalados éstos en la sala,

-Este es el padre de la señorita -dijo el doctor Henao, dirigiéndose al joven bogotano, al mismo tiempo que señalaba a don Andrés.

Esta presentación, quizá demasiado familiar, fue dulcificada por el doctor P., quien acercándose a su futuro suegro, con el sombrero en una mano, tendió la otra a don Andrés, diciéndole las frases más lisonjeras y cariñosas, a las cuales respondió el otro con el lenguaje propio del caso, y rendida ya el alma al joven que con sus finos modales predisponía el ánimo a su favor.

Con mal disimulado disimulo salió don Andrés del corredor hablando del buen tiempo, y lo siguió el doctor P., hasta el patio, en donde, después de manifestarle nuevamente el placer que tenía en conocerle, abordó el asunto del matrimonio.

Don Andrés titubeó al responder que ni él ni su hija eran dignos de tanto honor, y agregó que, por su parte, se juzgaría muy feliz de tenerlo por hijo, obligándose, además, a hacer lo posible porque Mercedes diera el sí. Y mientras arrancaba un espartillo para volver sus miradas a otra cosa que no fuera su interlocutor, y buscaba en su revuelta cabeza otro asunto que no fuese el que lo preocupaba, en la sala se hablaba con esa franqueza:

-Pues, señoras, nuestra visita tiene por objeto pedir la mano de Merceditas para el doctor P. Creo que como amigo de la casa y como médico de Antonio, estoy autorizado para manifestar que no harían ustedes bien en desechar la propuesta, pues parece evidente que el enfermo no recobrará su razón jamás, porque si es cierto que una fuerte conmoción de su alma puede volverle el juicio, también es verdad que la misma causa sería capaz de determinar la muerte. Ahora, las prendas del doctor P. son muchas y muy relevantes para cambiarlo por otro hombre, aunque se llame Antonio y aunque este no estuviera enajenado.

-No doctor, no está enajenado todavía; nos pertenece, como antes, a mi tía y a mí -dijo Mercedes sonriendo como para dar otro giro a la conversación y como para dejar conocer entre bromas, su voluntad.

-Lo que es a tu tía y a ti les pertenecerá el demonio, que no yo -gritó el loco-. Yo me pertenezco a mí mismo. Lo que eres tú, bien puedes pertenecer a quien quieras y lo mismo esa señora más vieja. Yo no puedo ser obstáculo para que te cases con el forastero ése, y ojalá que la viejita, que tanto siente estar viuda, se arreglara con el otro doctor y se marcharan largo de aquí y me dejaran solo, que yo sabría lo que me tocaría hacer cuando estuviera en libertad.

Doña Florencia, sin tomar en cuenta las palabras de su hijo, contestó al doctor Henao:

-Yo no quiero hacerme más torpe de lo que soy; comprendo bien las razones que usted nos da, y las acepto, porque son muy justas. Ello es verdad que a mi me costaría lágrimas que Mercedes se casara con otro que no fuera con mi hijo, pero esas mismas lágrimas son las que derramo viéndolo a él loco; y si Dios me dijera que por casarse ella con el doctor, mi hijo recobraba la razón, yo haría el cambio muy contenta; pero si mi hijo ha de morir loco, ¿Qué me suplo yo con que Mercedes, que es para mi como una hija, deje de casarse con un caballero tan bueno? Lo que soy yo, con mucho gusto presto mi consentimiento, y de buena fe aconsejo a Mercedes que se case. ¿Ya qué espera? Yo me muero muy brevecito, y ¿a quién le dejaré ese hijo?, ¿con quién pudiera él estar mejor que con ella y con ese doctor que lo sabe tratar con tanto cariño? Conque, hija, diga que sí; yo en su caso no vacilaba.

Mercedes palidecía y callaba.

El doctor P. y don Andrés volvieron a la sala, y el último, después de permanecer allí corto rato, se retiró a la alcoba y desde allí hizo una seña con la mano para llamar a Mercedes, que lo siguió hasta el *corredorcito* en que se peinaba.

-¿Ya sabe –comenzó el padre- que el doctor P. está enamorado de usted y que viene a pedirla?

-Eso nos acaba de decir el doctor Henao.

-¿Y usted qué opina?

-Que entre ese señor y yo hay mucha diferencia, que él es demasiado culto y yo una montañera; que yo no me avendría con sus costumbres bogotanas ni él con las mías.

-Eso no –dijo don Andrés, porque habiendo buena voluntad de parte y parte... con algo que cada uno ponga de su lado... como si dijéramos, suba usted dos dedos, y él baje otros dos, y ya estamos iguales.

-Cierto –dijo Mercedes, con naturalidad y firmeza-; pero ni yo puedo subir esos dos dedos, ni él puede bajarlos: para yo subir necesito años de colegio, ¿y él?, ¿cómo haría para ponerse a desaprender?

-Pero si a eso vamos, tendremos que ningún médico puede casarse sino con otra médica.

-No tanto... Pero si yo apenas conozco a ese señor... Tal vez después de tratarlo un tiempo...

-Pues es que no hay mucho tiempo disponible –interrumpió don Andrés-, porque el doctor se queda y se casa, a la semana entrante se vuelve a la guerra, porque ya los llaman.

-Bueno, pues que se vaya, y después veremos si vuelve.

-No se le puede pedir tanto, hay que decirle sí o no, como Cristo nos enseña; y no creo que usted, tan juiciosa, vaya a echar a perder un partido como el que se le brinda.

-Pero, señor, yo estoy comprometida con Antonio, y usted ya dió su consentimiento.

-¿Yo?, ¿cuándo? –dijo casi bravo don Andrés.

-Allí están las cartas que usted le escribió a mi tío, en que le dice todo eso.

Don Andrés murmuró algo entre dientes, y agregó en voz alta:

-Será cierto, pero ya Antonio no es Antonio: hoy está loco y no volverá a la razón; pensar en él es otra locura.

-Los médicos dicen que puede curarse de repente, y ¿qué sería de él, y de mí, y de todos, si volviera a la razón y me encontrara a mi casada con otro? Creo firmemente que nos mataría a todos –afirmó la bella joven.

-Talvez –siguió el padre de Mercedes-; pero no hay que contar con que se desenloquezca, y el doctor dice que tan fácilmente puede quedar bueno, como puede morirse cuando le suceda otra cosa parecida a la muerte de mi cuñado; y el doctor P. asegura que está Antonio loco desde muchacho y que no se compondrá jamás.

-Quizás le convenga decir eso.

-No es porque le convenga, porque ya lo había dicho antes de enamorarse.

-¡Quién sabe!...

-Bueno –dijo el padre-, la cosa es otra, la cosa es que aquí se trata de saber si usted consiente en casarse, o no.

-Padre, yo no puedo olvidar a Antonio; esa es la razón, toda la razón, porque yo sí sé todo lo que vale el doctor P., y creo que haría feliz a cualquier mujer que no hubiera dado su corazón, todo su corazón. No hablemos más; dígame que yo le estimo mucho, que no me creo digna de ser su esposa, pero que por nada del mundo, ni por todos los reinos de la tierra, me casaría con otro que con Antonio; que estoy resuelta a esperarlo hasta el último día de su locura o de su vida, y que si Antonio muere, tampoco me casaré con otro. Pienso que soy suya y yo lo miro como a mi esposo, y que así como el día en que usted falte no tendré otro padre, cuando Antonio muera no tendré otro novio.

-Pues yo no soy de esos padres que hacen casar a las hijas por mal, pero si usted no se casa con el doctor, prepárese para que nos vamos a vivir juntos; ya la otra vez que vine quise llevármela para La Ceja, y por los ruegos de Florencia y los suyos me resolví a dejarla, pero ya no se puede quedar aquí más tiempo, por la mucha falta que nos hace allá; yo vivo solo con Enrique y la cocinera, y no tenemos quién nos vea ni una muda de ropa.

-Sí, señor; es justo; me voy, aunque conozco que es una ingratitud dejar a mi tía y a ese desgraciado, pero usted lo manda y yo sé cumplir con mi deber, aunque me muera de tristeza.

-Pues si sabe tanto de obedecer, obedezca y cátese con el doctor; yo la mando a usted todavía –agregó don Andrés, casi colérico.

-Padre, al casarme con el doctor faltaría yo a mi deber: hay un compromiso de por medio: yo le di mi palabra a Antonio, y no puedo quebrantarla.

-Las mujeres no tiene palabra –dijo don Andrés, subiendo un tono en la escala de la ira-; y en este caso no le obligaba a usted cumplirla, aunque la tuviera.

-Usted acaba de decirme –murmuró la joven apaciblemente, pero con firmeza- que no me haría casar por mal, y ahora me impone su mandato para que me una con el doctor P. Yo quisiera obedecer, pero me indigno al pensar en ser la esposa de otro hombre que mi prometido. Si usted me dijera que éste había cometido un crimen, yo nunca me casaría con él; pero él no tiene la culpa de su mal, y yo debo esperarlo y ser su mujer, o no casarme. Fuera de eso, pídamelo, mándeme lo que quiera. Dígame que no me case con Antonio si algún día se pone bueno, y pongo todas mis fuerzas para vencer este cariño.

-Dejémonos de animaladas –dijo don Andrés, ya casi fuera de sí-, que no soy de ayer: yo no puedo hacer más que indicarle a una hija tonta lo que le conviene para su felicidad, y si ella no recoge mis consejos, con su pan se lo coma. Lo que sí no haré yo es decirle a ese joven lo que usted piensa; yo lo llamo, y los dos hablan, para que usted le diga que prefiere un loco a un hombre de rango y de saber. –Y don Andrés desapareció.

Mercedes permaneció de pies en el lugar que estaba ocupando, decidida a terminar tan trabajoso asunto. Aguardó casi serena la llegada del doctor P. Don Andrés condujo a éste hasta la puerta de la alcoba, le dijo algo a media voz, y volvió a la sala, al tiempo que el amable bogotano se ponía delante de Mercedes.

-Señorita –comenzó el Doctor-; acaba de manifestarme su señor padre que usted quería hablar conmigo.

-Si, Doctor; él me anunció que usted pedía mi mano y ha estado casi exigiéndome que lo autorice para responder a usted que sí, pero como la locura de mi novio no es razón bastante para faltar a mi palabra ya empeñada, dije a mi padre que mi deber y mi amor me obligaban a esperar a mi prometido, y encontrando duro mi padre contestar a usted que no, ha permitido que me toque a mí el dolor de llevar a usted una amargura.

-Toda amargura, señorita, cambia de sabor al contacto de los labios de usted. Tan cierto es eso, que yo creía que al arrancarme usted la última esperanza de ser su esposo, entraría yo también en un especie de locura, y ahora, al escuchar mi

tristísima sentencia, tengo mi razón completa, aunque siento que a mi corazón le falta algo y que a mi existencia le sobra todo. Este amor, el primero de mi vida, ha sido para mí una fatalidad. ¿Dónde me escondo yo ahora para huír de mi dolor?, ¿por dónde volveré a comenzar mi vida?, ¿qué le hice yo al cielo para que me trajera a una situación más triste que la de Job?, ¿qué son la pobreza y las enfermedades al lado de mi pena? ¡Oh!, ¡quién no hubiera nacido! ¡Mercedes, por Dios, dígame usted una frase de esperanza! Dígame que si su prometido muere....

La voz del Doctor subía gradualmente, y ya sus palabras empezaban a llegar claras y distintas a la sala, donde todos callaban, excepto Antonio que, acaso de las últimas palabras del doctor P., tomó pie para un discurso que principió:

-¿Y qué es la muerte?...

El doctor Henao se dirigió al corredorcito, después de consultar con la mirada la opinión de don Andrés y doña Florencia, y andando a pasos fuertes, para que el doctor P., se diera cuenta de su llegada. Pero esta precaución fue vana: el enamorado joven ya no veía ni oía: exaltaba su mente, pálido y muy cambiado, los ojos como de fuego, y de pies frente a Mercedes, ni aún volvió el rostro a la llegada de su amigo, y apenas lo miró rápidamente para decirle:

-Doctor, tenga la bondad de dejarme un momento solo.

Mercedes, turbada al principio, había ya recuperado su noble entereza y escuchaba al Doctor casi con placer, esperando que dijera su última palabra para volver ella a sus razones. Y a su alma acudían ejemplos y argumentos a miles para combatir cuanto el joven dijera.

Cuando el doctor Henao los dejó solos, ella principió:

-Doctor, cálmese usted un poco.

-No es posible, Mercedes -interrumpió él-, tener corazón y calma, ni puede haberla cuando se ama como yo amo y se recibe el desengaño que usted me ofrece. Yo no la culpo: ahora empiezo a ver que yo no soy el que mis padres, mis maestros y mis amigos me han dicho que yo era; yo pensaba...

-No siga Doctor -prorrumpió Mercedes-; yo sé lo que usted va a decir, y creo, como todo el mundo, que usted es digno de ser el esposo de la más noble, de la más bella y de la más rica mujer de la Nueva Granada; pero ¿no es verdad que no podría usted casarse con la última de las monjas de un convento, ni con la más humilde de las mujeres casadas?

-¡Claro que no!

-Pues Doctor, una señora que se compromete con un hombre es como si fuera ya su esposa; júzgueme usted casada con Antonio y no le costará trabajo pensar en otra mujer.

-Usted nunca será la esposa de Antonio, señorita Mercedes -dijo el Doctor, comenzando a calmarse y aceptando otra forma de discusión-; la locura de su prometido de usted es de aquellas que no terminan sino con la muerte.

-Yo nada sé de eso, Doctor.

-Yo se lo prometo a usted: él morirá loco, aunque a veces llegue a creérsele cuerdo; él está hoy peor que antes, pero fue siempre loco; ¿no lo cree usted así?

-Es muy posible.

-Créame usted y no piense que todo lo que digo es hijo de mi justo egoísmo; no se case usted con él, aunque lo crea curado, porque él vivirá siempre loco, aunque a veces se le vea descansar de su mal.

-Eso me aflige mucho -prorrumpió Mercedes, bajando su hermosa cabeza y cayendo, de repente, en honda cavilación.

-No lo digo por atormentarla a usted -siguió el doctor P.-; antes bien, lo hago por ahorrarle futuros tormentos.

-Nada -exclamó ella, levantando la frente-; como yo lo vea un día bueno, me casaré con él, y después, aunque tenga que soportarlo loco hasta que muera: ¿no estoy resuelta a asistirlo, así como está, hasta el último día de mi vida?

-¡Es imposible- dijo el Doctor, y volvió el rostro al cielo.

-Sí, Doctor –siguió ella-, usted lo dice: es imposible dejar de amarlo: su carácter me arrastra, su talento me enloquece; su valor lo hace, para mí, superior a todos los hombres; y su desgracia me convida a amarlo más y más. Si usted comprende que yo, armada de esta pasión, no puedo retroceder ante ningún obstáculo, déjeme que le ruegue por Dios que lejos de desear mi mano, me ayude a conservarla para mi prometido.

Inclinó el Doctor la frente, y elevando su corazón a la altura de un héroe o de un mártir, empezó:

-Yo me voy mañana para no volver; sea usted feliz.

Y volvió a reunirse con el doctor Henao, y con el padre de Mercedes, diciéndoles al entrar:

-Todo ha concluído: podemos irnos.

Mercedes no se despidió de ellos, pero por entre los intersticios de los palos que cruzaban la cocina, los vió marchar, entre risueña y triste. Cuando los viajeros se escondieron tras la lomita, Mercedes volvió a la sala, muda y pálida, pero tranquila y bella, como un rayo de luna.

Don Andrés, fatigado por sus emociones y descontento hasta el enojo, dijo, mirando a su hija:

-Estaba hablando aquí con Florencia, para hacerle saber que, como no te cases con el Doctor, ya sabés que nos vamos para La Ceja, prontico, prontico.

Mercedes conoció la cólera de su padre en el tratamiento que le estaba dando, sufrió con ello, pero no pensó en cambiar de propósito.

Pasaron dos días más, y don Andrés casi no hablaba, ni nada revelaba que volviese la calma a su corazón. A los tres días desapareció de la casa y volvió a La Ceja, resuelto, según le escribió después a Mercedes, Enrique, el hermanito menor de ésta, a no volver a tener dares ni tomares con ella, a pensar en ella y orar por ella, como si estuviera muerta; pero, también, a no volver a darle...ni consejos; a no pedirle ni que cerrara sus ojos.

Contristada Mercedes con lo que leía, escribió a su padre una larga carta haciéndole muchas reflexiones y rogándole que la perdonase.

Doña Florencia no quiso mentarle el asunto a su sobrina, y ya no se volvió a hablar de él en *Magallo*.

El doctor P. salió de Sonsón el día que fijó para su partida delante de Mercedes: se fue a un pueblo vecino y allí aguardó tres días a sus compañeros.

## CAPITULO XVIII

### Hojas de chagualo

Ha terminado la guerra con el triunfo de la revolución. El vencedor entra en el Estado de Antioquia, y empieza aquí esa parte oscura y triste de nuestras revoluciones: Mosquera, creyéndose superior a todo, arroja de los conventos a las monjas y persigue, como a malhechores, a los sacerdotes del culto católico.

Meses después llegó a *Magallo* un mozo, preguntando por don Antonio Hurtado, y Mercedes respondió:

-Está en la cama y enfermo. ¿Para que lo quería?

-Para darle una carta.

-Siga usted.

El mozo penetró en la sala y, acercándose a Antonio, le entregó un papel y, sin decir adiós, desapareció de allí, con extrañeza de todos.

Antonio abrió el pliego, leyó o hizo que leía, y lo dejó caer con profunda indiferencia.

Mercedes lo tomó de la cama, y acercándose a doña Florencia, leyó en voz alta:

“Antonio, ábreme los brazos, que esta noche, mediante Dios, tendré el gusto de arrojarme en ellos”.

No había firma.

-¿Quién la escribe, hijo? -preguntó doña Florencia, llegando con dificultad al lecho del enfermo.

-El que hizo esos letreros –tartamudeó el loco.

-¿Pero cómo se llama?

-¿No ve que la carta no tiene firma?

-Si, pero tú puedes conocer la letra –interrumpió la *niña*.

-Pues no conozco todas las letras, ni es fácil conocerlas todas: ahí está el alfabeto griego, y yo no conozco ni el *Cristus*.

Será que no tiene –murmuro ella.

El loco sonrió.

-¿Quién te escribe? –dijo Mercedes, volviendo a la carga.

-Ya lo dije.

-No te hemos oído.

Antonio callaba, y la curiosidad de las dos mujeres empezó a trocarse en impaciencia.

-Díganos, hijo, quién es el que viene: talvez sea persona principal, y aquí sin arreglar nada...

Antonio, rodeándose pensosamente en su lecho, dió la espalda a sus interlocutoras, y entre dientes dijo:

-Entiendo que cuando uno escribe una carta y no la firma, es porque quiere que no se conozca el autor.

-Si, pero esta noche viene un hombre a esta casa; ¿hay nada más corriente que nosotras sepamos quién es? –dijo

Mercedes.

-¡Hum! –gruñó Antonio.

-¿Habrás que guardarle comida?

-Si.

-Más me confundo –dijo doña Florencia, y luego:- ¿Es mozo o viejo?

-Lo mismo da.

-¿Pero tú sabes quién es? –preguntó Mercedes.

-Quiero dormir.

-¿No nos dices?

Antonio no respondió.

Las dos señoras permanecieron cerca de la cama haciendo nuevas preguntas, hasta que notaron que el loco dormía, y en el silencio se retiraron a la tarima hablando en voz baja, y poco después salió Mercedes a dar algunas disposiciones en la cocina.

Esta tarde, al despertar Antonio, buscó a la *niña* con los ojos y con ellos la llamó; acercóse ella a la cama, y aquél la dijo, en voz muy baja: ¡Suéltame!

Mercedes no vaciló y lo puso en libertad, con algún temor de parte de doña Florencia, que jamás estaba tranquila viendo a su hijo dueño de sus propias fuerzas, en servicio, a veces, de la locura.

Antonio tomó el sombrero y dirigiéndose a un rincón de la sala, junto al altar, tomó en la mano un güinche.

Doña Florencia había, ella misma, colocado en aquel sitio los instrumentos que más usaba su esposo, porque quería tenerlos siempre a la vista. Allí estaban a todas horas el ancho y templado cuchillo, el arqueado güinche y una delgada y fina barra de hierro, pero por un olvido de Mercedes, faltaba en ese momento el machete en aquel sitio.

Antonio volvió a colocar el güinche en el rincón, y mirando a Mercedes, preguntó:

-¿El cuchillo?

-Esta guardado.

-¿Pueden prestármelo?

Doña Florencia iba a responder quién sabe qué, pero Mercedes se levantó, fue a la despensa y trajo el arma, y sin mirar a su tía, entregó el machete a su dueño, el dueño de Mercedes, quiero decir,

El loco se ciñó con la correa que, como una culebra negra, pendía de aquella vaina, y salió, sin más vestido que la camisa y los pantalones que usaba dentro de la cama, y desapareció tras la lomita.

Ya nadie seguía sus pasos en estas salidas que la experiencia había demostrado no ser peligrosas.

Una hora después se le vió volver, pero traía pálido el rostro, los ojos enrojecidos y saltados, espumosos los labios, y pronunciaba frases entrecortadas. Traía en la diestra, desnudo, el machete, con la punta hacia abajo.

-¡Vean aquello! –exclamó doña Florencia, con el terror pintado en los abiertos ojos, que antes parecían moribundos.

Mercedes voló de la tarima y, llena de temores, fue a colocarse delante de Antonio. Pensaba la infeliz cómo haría para desarmarlo, y en un segundo se presentó a su mente toda una tragedia en que ella se veía herida, muerta su tía, la cocinera y la familia del mayordomo huyendo despavoridos; y el remordimiento de haber amado a aquel hombre loco venía a ennegrecer el espantoso cuadro.

Temblando se acercó unos pasos a su amante.

-¡Virgen Santísima! –gritó doña Florencia, ya desde la puerta de la sala.

Antonio se acercó a Mercedes, alzó el cuchillo, lanzó un horroroso resoplido. . . entregó el arma y se dirigió a su cama gritando que lo atasen.

Después, comentando el hecho las dos señoras, decía doña Florencia que era necesario esconderle todo, y respondióle Mercedes:

-No, señora; es inútil; él conoce cuándo está furioso y, como ahora, huye de hacernos mal: ya ve como me entregó el machete sin pedírselo y como corrió a acostarse y a decir que lo amarraran. Además, si él quisiera matarnos, no necesitaría cuchillo, ni nada: con sus brazos tendría para despedazarnos.

Doña Florencia, sin recobrar por completo su tranquilidad, cedió a los sofismas de su encantadora sobrina, que, por otra parte agregaba:

-Si le escondemos lo que él está enseñado a ver, entonces sí puede enfurecerse y matarnos; es preciso darle gusto en todo, y que crea que no tenemos miedo de él sino que, por el contrario, él es nuestra compañía y nuestro amparo en esta soledad.

-Así será...-suspiró la señora.

Los últimos momentos de aquel acceso los pasó Antonio murmurando versos en que aparecían de vez en cuando algunos consonantes y asonantes, pero sin claridad en las ideas, por no decir que sus discursos eran el retrato de su imaginación volcada. Después se durmió un rato, y dijo al despertar:

-¿Vino el hombre?

-Todavía no –contestó Mercedes

Y volvió a preguntar el loco:

-¿Me recogieron las décimas?

Las dos señoras se miraron una a otra, sin atreverse a responder, hasta que Antonio reclamó la respuesta diciendo:

-¿Ah?

-¿Cuáles décimas?

-Allí donde estuve labrando las estacas, labré también unas décimas en las hojas de un chagualo.

-Voy por ellas –dijo alegremente Mercedes, y salió a toda prisa.

Mirando la dirección que Antonio traía, buscando sus huellas, cerca del paso de las quebradas, y adivinando finalmente, llegó a un sitio un poco lejano de la casa, en un angosto bosque, a la orilla del torrente, y allí encontró varias estacas recién cortadas y despedazadas de su ramazón, que yacían hacinadas al pie del grueso tronco de un chagualo.

La Poesía y el Amor unidos no producirán jamás una imagen más bella que Mercedes, loca de pasión, buscando, como joyas perdidas, los recuerdos de su amante.

Sobre este montón de ramas estuvo acostado, pensó la hermosa virgen, y hallando dos gruesas hojas recién cortadas del árbol, una acá y otra allá, sobre el haz de ramas, las recogió, miró en ellas algo escrito y no pensó en leerlo sino en buscar más; vio a corta distancia otras dos hojas, en una de las cuales estaba clavado el palillo o puntero que sirvió de estilo a aquel poeta desgraciado.

La tarde se oscurecía y las mirlas volaban asustadas, de rama en rama, como si no pudieran encontrar sus nidos, y dando con agreste grito el *Ave María*, según el decir de los niños.

-La noche se me viene encima –murmuró aquella ninfa del bosque, y segura de no hallar más de los objetos recogidos, volvió a casa y ya, al llegar, sabía de memoria la décima grabada en uno de aquellos papiros, y se afanaba por adivinar el pensamiento que aquel ser amado estampó, en tan horrible confusión, sobre las otras dos hojas.

Cuando *la niña* entró en la sala, ya brillaba una vela de sebo sobre la mesa de los santos; la joven la tomó en la mano, diciendo:

-Aquí están las décimas.

Antonio no contestó, y Mercedes se acercó gozosa a su tía para leerle lo escrito por su hijo. Cuando hubo terminado, doña Florencia murmuró:

-Pero eso último no tiene sentido.

En la primera, escrito con clara y bella letra, decía:

Cuando Jesucristo vino  
Y con solícito afán  
Convirtió su cuerpo en pan  
Y su dulce sangre en vino,  
Nos trazó nuestro camino  
Que el hombre, como cristiano,  
Debe tener en la mano:  
Cuerpo y alma, sangre y vida,  
Para restañar la herida  
De que se queja su hermano.

En otra hoja estaba escrito con letra temblorosa:

¿Quién llenará el saco roto  
De nuestra eterna ambición?  
Jesucristo.  
Él será para mi padre  
Y para mí...

Había enseguida una raya que cortaba la hoja, y en la otra se leía, o se adivinaba:

¿Quién va a venir esta noche?  
Los sacramentos.  
Veré la verdad de ruana,  
Sin sotana.

Más rayas luégo, y al fin del escrito, clavado el palillo sobre el punto en que se tocaban los palos de una cruz que había tratado de dibujar, con peana en forma de escalitas.

## CAPITULO XIX

### El fugitivo

Cerró la noche sus cortinajes negros, y *Magallo* quedó sumido en la oscuridad de aquel encierro, cubierto por el hermoso toldo sombrío, en cuya ancha bóveda se dibujan con estrellas las más raras figuras.

Doña Florencia y Mercedes estaban sentadas en la tarima, haciéndole compañía, por no decir centinela, a aquel sér tanto más querido cuanto era más desventurado.

De pronto se abrió la puerta de la sala y entró un hombre joven, de hermosa barba rubia, de facciones toscas, blanco y de ojos azules, de cuerpo fornido y de mediana estatura. Vestía pantalones de paño oscuro, ruana negra de lana, calzaba alpargatas y cubría su espaciosa frente un sombrero antioqueño y, como si tuviera en poco la hermosura de su barba, traía recortado el bigote, con lo cual descubría todo el labio superior, que era la mitad de una boca grande pero dulce y franca. Al entrar, dió las buenas noches, a que respondieron las señoras con tono vacilante.

El peregrino, mirando la cama del enfermo, se dirigió a éste y le dijo, preguntando:

-¿Antonio?

-Aquí lo tienes- dijo éste, abriendo los brazos tanto como podía en la estrechez de sus amarraduras.

El recién llegado se arrojó en ellas, y como si aquellos dos corazones tuvieran un idioma en sus latidos, permanecieron juntos largo rato palpitando aceleradamente.

Al incorporarse el viajero, Antonio se dirigió a doña Florencia y le dijo:

-Señora, este es Lucas; muéstrela a Mercedes y a mi madre, si usted sabe donde están.

El disfrazado sacerdote llegó a la tarima y saludó cortésmente a las señoras; al mirar a Mercedes le dijo sonriendo.

-Usted tiene que ser la novia de Antonio.

Mercedes sonrió también, y el subido color de sus mejillas respondió por ella.

Unas pocas palabras de la anciana bastaron para que Lucas se pusiera al corriente, con profunda sorpresa, del estado moral de Antonio, pues no había antes sabido su triste situación. Enterado de todo, vino a sentarse en el borde de la cama y preguntó a su amigo, a quien no se atrevía a tutear por el momento.

-¿Y qué es su enfermedad?

-Hombre, casi nada, pero creen que estoy loco y me aislaron en esta casa, con esas dos buenas mujeres, y todo mi mal está en que a ratos me cae sobre los ojos una venda colorada, como de sangre y paso un ratico sin saber lo que hago, pero vuelvo a quedar bueno en el acto. Es como una nubecita roja que me baja de la frente; me va tapando los ojos hasta que me ciega un momento, pero sigue bajando y conozco cuando llega al corazón, y allí se disipa, se evapora. De esto deduce la gente que estoy loco. ¿A ti te parece que lo estoy?

-No, usted me parece cuerdo.

-Todo eso que él dice, señor, es cierto –empezó doña Florencia-; pero hay que advertir que la vendita le dura a veces días y días, que parecen siglos y siglos.

Abrióse sin ruido la puerta de la sala y apareció en ella un mulato que, después de pronunciar el *Alabado sea el Santísimo*, volvió a mirar a Lucas para decirle:

-Mi amo aquí le dejo las cositas –al tiempo que depositaba en la mesa de los santos un costal de cabuya, nuevo y limpio.

-Bueno, Ramón –respondió el cura.

-Y será adiós, mi amo.

-Hasta la vista, Ramón.

-Adiós, mis señoras –volvió a decir éste, y partió.

-¿Ese es su criado, señor? –preguntó Mercedes.

-Si, mi señorita.

¿Y por qué no se queda con usted?

-El dice que está mejor o que me sirve más en otra parte: se va para la población y mañana tiene de amigo a todo el mundo, aprende todo lo que pasa y con frecuencia estará aquí para contármelo; es un mulato descendiente de los esclavos de mi padre, y jamás me abandona.

Mercedes, sin poder contenerse, abrió la puerta de la sala y llamó:

-¡Ramón!

-Señora –respondió éste, todavía en el patio.

-Quédese, y mañana se va.

-Dios se lo pague, mi señora, pero no conviene: es mejor estar allá onde están ellos pa saber lo que hacen.

-Pero ahora... de noche... –dijo Mercedes con acento de profunda compasión.

-Toy enseñao, mi señora –dijo con alegre acento Ramón. Calló un momento y volvió a decir-: Adiós!

Mercedes fue a sentarse en la tarima, y Lucas en el borde de la cama de su amigo.

Empezó entonces una larga, interesante conversación en que, a las veces, tomaba parte Antonio, y en que casi siempre tenía la palabra el sacerdote para referir las desgracias de la Iglesia granadina. Refirió, punto por punto, el destierro del señor Obispo Riaño, la conversación de éste con Mosquera, el destierro de las monjas, la persecución de los sacerdotes no sometidos, y cuando nombró a Pascual Bravo –quién, como Prefecto, había llamado al señor Obispo de la ciudad de Antioquia a la de Medellín-, Antonio echó sapos y culebras por esos labios:

-No la podía errar –decía-, si desde muchacho... pero él me las paga.... se las cobro todas juntas, o ver por dónde echa. Y ahí lo tienes ustedes de Presidente del Estado Soberano de Antioquia... Muchas veces he pensado una cosa, y sólo ahora me atrevo a decirla: si mi padre hubiera vivido...

-¡De veras! – le interrumpió su amigo-: ¿dónde está su padre?

-¡A mi padre lo mató un rayo!

Las dos señoras se quedaron estupefactas al oír a Antonio expresarse así.

-¡Cómo! –exclamó Lucas, dirigiéndose a las señoras.

-Como usted lo oye –dijo gravemente doña Florencia.

-¿Hace días?

-Hace años, señor: el día que Antonio vino del Colegio.

-¡Es imposible! –dijo espantado Lucas-; y no haberlo yo sabido... ya se ve: no volví a tener noticia de Antonio desde que me dijo adiós en el Seminario... La guerra empezó muy pronto, yo me fui de cura a otro pueblo, y las comunicaciones han sido tan difíciles. Calló un momento, y Antonio prosiguió:

-Si mi padre no hubiera muerto, él y yo habíamos ido a la guerra, y creo que nos habíamos inclinado a los liberales, pero si habíamos de guerrear para perseguir a los sacerdotes del catolicismo, bueno estuvo que él muriera y que yo me enloqueciese.

Mercedes se levantó de su asiento a mirar con disimulo el semblante de Antonio, porque nunca le había oído confesar su locura ni decir que su padre había muerto así, y acercándose a su novio, le preguntó:

-Antonio ¿me conoces?

-Demás: eres mi pesadilla de noche y mi locura de día; a ti te debo mis prisiones y a esa vieja; yo pudiera estar en *Magallo* al lado de los seres que amo; pero tú, y tú, y tú . . . (y señalaba a Mercedes, a doña Florencia y a Lucas) me lo impidieron, o me lo impedís, si es que esta señorita viene a corregir mi lenguaje.

Lucas trató de calmarlo.

-Es inútil –díjole Mercedes-: ya le bajó la venda roja, como él dice, y no volverá a estar cuerdo, Dios sabe hasta cuándo.

Le aseguró las prisiones, volvió a su asiento, y doña Florencia invitó al sacerdote a acercarse a la tarima. Él se tranquilizaba al ver que ellas no se inmutaban por las locuras de Antonio, pero creyó que no debía permanecer en *Magallo*, y así lo manifestó con dulzura.

-Señor –le dijo doña Florencia-; usted será bien recibido a donde quiera que vaya, pero nadie le agradecerá su compañía tanto como nosotras: por caridad, quédese aquí.

No se habló más; el semblante de la señora tenía una elocuencia a que el sacerdote no hubiera podido resistir, y desde ese instante se vió rodeado de seres que le hacían recordar la ventura de vivir entre familia, y ya creía estar en el hogar que no había vuelto a ver en tanto tiempo.

La conversación fue larga y animada. Alguna vez preguntó doña Florencia:

-¿Usted quiere acostarse? Debe estar cansado. ¿No?

-No, mi señora, ni estoy cansado ni tengo sueño. Yo duermo muy poco. Además, soy sonámbulo, y en ocasiones le tengo como pereza a la cama.

-¿Sonámbulo?

- Sí, señora: suelo dejar el lecho y hacer paseos fuera de la casa y vuelvo horas después. Repito, en ocasiones, las conversaciones que tuve durante el día, y esto es lo más grave y lo que más me mortifica, pues he tenido que dejar de oír la confesión de mis feligreses, porque me exponía a denunciar sus pecados en mis delirios. Sólo en las actuales circunstancias, por falta de otro sacerdote y en artículo de muerte, puedo confesar, y eso obligado por el señor Obispo, pues yo le he rogado mucho que me libre de tener que oír la confesión de los demás. Desde muchacho era un poco sonámbulo, pero ha sido después de que me ordené, cuando me he empeorado en ese mal.

-¿Y es verdad –preguntó Mercedes- que es malo despertar al que se levanta dormido?

-Eso aseguran; lo que sí sé es que varias veces me fui dormido para la escuela, llegaba a la puerta y, como la hallaba cerrada, me volvía a casa y a mi cama; y que mi padre, que me seguía siempre, jamás me despertaba. Al fin me hicieron dormir solo en una pieza que cerraban por fuera, y creo que no volví a levantarme dormido.

El Padre –así se le llamaba casi siempre en *Magallo*, excepto por Antonio que lo nombraba Lucas en sus momentos lúcidos, y con el nombre de alguno de sus discípulos cuando la venda roja le impedía conocerlo- el Padre quedó instalado en la pequeña alcoba que fue de Antonio.

A la mañana siguiente empezó el sacerdote a tratar de conseguir un amigo de la casa y de la causa, que supiera ayudar a misa. Cuando, ya cansada la imaginación en solicitud de la persona deseada, estaban a punto de creer que sería imposible encontrar quién hiciese aquel oficio, el sacerdote mismo pensó en Antonio, y dijo:

-Yo sé que él sabe, pero ignoro si por su estado actual podrá hacerlo.

-¡Imposible! –exclamó doña Florencia-; ése lo echaría todo a perder.

-¡Quién sabe! –pensó Mercedes: él tiene sus días. –Y llena de esperanza, se dirigió con el Padre a la cama de Antonio para preguntarle:

-Díme, Antonio: si el Padre quisiera decir misa mañana, ¿tú serías capaz de ayudarlo en ella?

-¿Cómo que si sería capaz? Yo sé ayudar a misa desde niño.

-Bueno –agregó ella-; pero si te baja la venda roja mientras estás ayudando, ¿no cometerás algún desatino?

-Todo lo probable es que si me vendan no atine con nada, por lo cual les aconsejo que busquen otro más sano para esa tarea, pues sería algo más que escandaloso exponerse a que el acto más solemne de la religión terminara con una ridícula comedia o con algo peor... A lo que sí me comprometo es a hacerles un sermón en cada misa.

El Padre, mirando a Mercedes, le dijo por lo bajo:

-Me hubiera avergonzado este hombre con su modo de pensar, si no fuera que, hasta aquí, en el corto tiempo que con él he estado, no le he visto cosa grave, pues lo que acaba de responder lo muestra más cuerdo que nosotros.

-Cierto, señor.

-¿De quién nos valemos?

-Yo decía anoche a mi tía que mandáramos a avisar a algunas casas de los alrededores que usted estaba aquí; que les diríamos cuándo podían venir a oír misa; y que si por allá había quien supiera ayudar a decirla.

-No hay otro remedio –dijo, conformándose, el Padre-: sólo que tenemos que ser muy prudentes.

-No tema usted nada, señor –pricipió doña Florencia, desde la ventana a que acababa de llegar; no mandamos ningún recado que no sea a persona muy formal. Por aquí hay pocos liberales, y ni ellos mismos serían capaces de denunciarlo a usted, y hasta se les ve que les pesa de que su partido esté persiguiendo a los curas.

## CAPÍTULO XX

### Dulzura de la muerte

Al día siguiente, la sala de *Magallo* estaba transformada en capilla, y la alcoba del Padre en sacristía. De allí salió el sacerdote revestido, y le precedía, con el misal recostado al pecho, un hombre de edad, lejano pariente de don Pedro.

Eran las seis de la mañana, y asistían al santo sacrificio más de cuarenta personas, todas llenas de unción y con santo recogimiento.

¿Era que por no ser aquel un lugar público debía estarse en él con mayor respeto?

¡No! Era que el pueblo tenía sed de agua bendita y hambre de pan eucarístico. Cuando el sacerdote alzó la hostia, varias personas lloraron de ternura. Antonio, desde su cama, oía arrodillado la misa, con fervor excesivo, pues hacía varias ceremonias de las que ejecutaba el sacerdote: abría las manos y las juntaba a la vez que el Padre.

Cuando éste, después de la bendición, volvió al evangelio, el loco empezó a decir:

-Hermanos, me tomo la libertad de reclamar toda vuestra circunspección acerca de la presencia de un sacerdote en esta casa.

El Padre no suspendió su lectura, y terminada ésta, permaneció inmóvil, en la misma actitud de antes, mientras Antonio seguía:

-Y no es bastante que, llevados de vuestro buen corazón y de celo religioso, no le digáis a nadie que él está aquí; es preciso no hacer alusión ninguna a él, y, más que todo, buscar caminos extraviados y horas intempestivas para llegar aquí, para que otras personas no lleguen a preguntarse: ¿por qué irá tanta gente a aquella casa? Pensad que sería deshonroso para mí permitir que este sacerdote saliera preso de mi lado, y pensad en su dolor si llegara a caer en manos de sus enemigos. Y no hablo de dolor material, porque ése no tiene poder sobre un hombre que ama los sufrimientos, como los aman los verdaderos sacerdotes de Jesucristo. El dolor material es un dón del cielo: es como un segundo instinto que nos ha dado la Providencia para guardar nuestra vida. El dolor es como el instinto de la conservación: si al arrimar la mano al fuego, el dolor no nos la hiciera retirar, nuestros miembros estarían mutilados y, a fuerza de no sentir, habríamos pasado a la vida eterna. ¡Bendito sea el dolor! El dolor es señal de vida, afirman los sabios; por eso, cuando la enfermedad lleva al hombre al umbral de la muerte, el cuerpo ha perdido toda, o casi toda su sensibilidad, y los últimos momentos de nuestra existencia corren no solamente sin dolor, por terrible que haya sido la última enfermedad, sino que son instantes de verdadero placer: dejad que el moribundo vuelva los ojos, se retuerza entre las convulsiones del paroxismo: él ya no siente pena alguna, y parecería poco digno de la bondad divina el que, cuando el hombre no puede hablar, cuando sus oídos escuchan mal, cuando sus ojos no distinguen la luz de las tinieblas, cuando no tiene fuerzas para sostener entre sus manos una ligera cruz, estuviera atormentado por un dolor agudo. No, eso no se parece en nada al modo como pasan las cosas en la naturaleza: comer, beber, reír, y todo lo que hacemos para satisfacer las necesidades que Dios nos impuso, hasta el acto de llorar, todo nos da placer, y placer muy grande habrá de sentirse al morir: aquellos descoyuntos, aquella decadencia de nuestras fuerzas, deben ser más dulces que la embriaguez del opio.

El sacerdote volvió al centro del altar, tomó el cáliz y se dirigió a la sacristía. Antonio calló, y con espantados ojos miraba a Lucas, volviendo el rostro a medida que éste andaba, hasta que se ocultó.

Un momento después volvió a presentarse el cura en la sala, vestido de paisano; ya la mayor parte de la gente había desaparecido. Acercóse a la cama de Antonio y le dijo, sonriendo:

-¿Por qué no nos anunció que tenía preparado un bonito discurso, para haberle dispuesto un pulpito en la cama?

-Porque yo no había preparado ningún discurso. Eso fue que se me salió sin pensar en ello. ¿Estuvo bonito?, ¿qué dije? En ocasiones no puedo contener el borbotón de palabras que atropellan de adentro para afuera, y me pongo a hablar como un demente: de ahí será de donde sacan que estoy loco, pero, calcúla... uno metido entre cuatro paredes, sin distracción, sin un amigo, entre extraños, cuando no rodeado de caras enemigas; con una alma capaz de mucho bueno y un corazón de mucho malo. Con los ojos del alma sondeo los cielos, es decir, que como que barreno con ellos el espacio, y penetra en ese abismo que llamamos cielo, y descubro claridades inmensas, y no encuentro luego a los míos para comunicarles mis visiones, y entonces cae sobre mis ojos un paño rojo, y quedo ciego y no vuelvo a saber de mí.

-¿Pero ahí no veo a tu madre y a tu novia? –le preguntó Lucas.

-¡Cállate! Bueno... ¡sí!... ellas son... Si tú conocieras a Mercedes...

Díle que te muestre sus ojos divinos, capaces de inspirarles amor a las piedras, si las mira; que te muestre las trenzas de sus cabellos, que no ha tenido el sol espejo más limpio para retratar sus rayos; que te deje ver sus cejas... ¿dónde habrá visto ésta cejas como las de mi novia? ¡Ni en La Ceja! Y a esa vieja, o viejita, o como quieras, díle que te diga dónde está don Pedro Hurtado... Y después créeles que son mi madre y mi novia.

Hizo el Padre una señal a Mercedes para que se acercara, y dirigiéndose al pobre loco, le preguntó:

-¿No son éstos los ojos de tu Mercedes?

Quedó Antonio mirándola y suspiró hondamente, diciendo:

-Aquellos eran más claros, más dulces.

-Y esa cabellera, ¿no es la de Mercedes?

Antonio, sin vacilar, repuso:

-¡Sí! –y el sí lo vertió en un agudo grito; luego se puso a reír y se volvió para el rincón.

-Hay que atarlo ya –profirió Mercedes, y sus ojos pálidos vertían amargas lágrimas.

## CAPÍTULO XXI

### La ronda

Pasaron varios días, y una tarde se presentó en *Magallo* un hombre, que más de una vez había oído allí la misa. Como al verlo venir lo reconocieran, el Padre no se ocultó.

El recién llegado se sentó un momento, y luego dijo a la señora que tenía que hablarle en secreto.

Doña Florencia se levantó de su asiento con alguna dificultad, a pesar de la inquieta curiosidad que, aguijoneándola, le daba agilidad. Retiróse a su alcoba y permaneció cerca de un cuarto de hora hablando con el visitante. Al separarse éste, dijo en alta voz:

-Ya sabe que vivo muy cerquita y que mi casa y todo está a la disposición.

Los pocos liberales que había en Sonsón no aceptaban que se persiguiera a los sacerdotes, ni se conformaban con el destierro de las monjas, y aunque callaban, era sabido que desaprobaban los decretos de tuición y desamortización, de que tanto se habló entonces, que tanto escándalo produjeron y con los cuales se realizaron tantos crímenes, pero había liberales más civilizados, venidos de otros pueblos, y esos apremiaban al Prefecto para que persiguiera a los monigotes.

Un día, por fin, el honrado Prefecto, el distinguido caballero, hoy sacerdote católico de notables virtudes, el señor don Eleázar Marulanda, se vió obligado a mandar rondar la casa de *Magallo*, donde aseguraban que debía estar oculto el cura de... Llamó a varios de los liberales que habían venido a ejercer destinos públicos entre nosotros, les dió armas y algunos comisarios y los envió en comisión a *Magallo*. Serían los ocho de la noche cuando llegó allí la patrulla. Tocaron a la puerta de la sala.

-¿Quién es?

-La justicia –contestaron.

-¡Adelante! –exclamó Antonio, con voz de trueno, y entró un hombre alto y moreno, vestido de militar, acompañado de dos paisanos. El desconocido terciaba un fusil y traía al cinto una bayoneta de estoque. Los otros dos estaban armados de escopeta.

-¡Que nos den la casa franca!

Ustedes la tienen –dijo doña Florencia; y el militar, tomando de una mesa de los santos la única vela que alumbraba la sala, recorrió las tres piezas de la casa, y abriendo luego la puerta que daba al arado, frente a la sala, con gran sorpresa de las señoras, dejó entrar a tres hombres, que saludaron entre turbados y corteses. Después, el jefe, acercándose a la cama de Antonio, preguntó:

-¿Y aquí quién está?

-Un loco –articuló Mercedes

-¡Ah! –dijo el hombre-: este será el loquito de *Magallo*, que dicen que tiene más talento que el diablo y que es más caliente que el infierno?

-Probablemente –respondió el loco.

-Ahora –pronunció doña Florencia-, sí ya está terminada la ronda y quieren ustedes sentarse...es seguro que ustedes no han merendado...

-Gracias, señora.

-Fermina, tráeles algo a estos señores –siguió doña Florencia.

Salió la negra, y murmuraba, andando:

-¿Y qué buscaban? ¿Pensarían que esto era convento y venían a echar monjas?

Los de la ronda tomaron un airecito de enojo al oír a la negra, y doña Florencia manifestó su disgusto por el proceder de la cocinera.

Ésta se apareció al instante trayendo chocolate que parecía tener de antemano prevenido, y los nocturnos cazadores de curas merendaron y se despidieron, si no muy cortésmente, al menos con buen modo.

Media hora haría que la comisión marchaba para el *sitio*, cuando volvieron a llamar a la puerta.

-¿Quién? - Preguntó sobresaltada doña Florencia.

-Gente de paz –dijeron de afuera

-Ese es el criado de Lucas –murmuró Antonio.

-Prosiga –agregó Mercedes; y se presentó Ramón, y como no le constaba la locura del señor de la casa, a él le dirigió, después de saludar, y le preguntó:

-¿Dónde está mi amo?

-Tu amo –díjole Antonio- irá llegando al pueblo, conducido por esos esbirros que mandó el Prefecto.

Ríose el negro, y dijo:

-¡No los hubiera yo visto pasar sin llevar a nadie! Pues ¿Qué?, ¿habían de echarle comisión y que yo no lo supiera? Tardecito me lo dijeron y por eso no vine primero que ellos, pero eso sí, resuelto estaba a quitárselo, si lo llevaban.

-¿Tú solo contra nueve? –interrogó Antonio.

-Solo no, porque yo pensaba llamarlo a sumercé, para que me ayudara en esa buena obra.

-No debiste contar conmigo, porque era forzoso pensar que, puesto que lo llevaban, yo habría muerto por librarlo, o era un collón con quien no se podía contar para nada.

Quedóse el mulato mirando al loco y dijo:

-Tiene razón su mercé; como su mercé dice, así es la cosa. –Y obedeciendo a una invitación de Mercedes, se sentó en un taburete.

-¿Qué hay de nuevo? –preguntó a Antonio.

-Muchas cosas, mi amo.

-¿Cómo cuáles?

-A su mercé solo se las cuento.

-Pues acerca ese taburete y principia.

Ramón obedeció, y muy cerca del oído de Antonio, dijo, lleno de asombro y de satisfacción:

-Que la cosa está pa reventar: los postas van y vienen, que los despachan el doctor Gutiérrez y don Pachito Londoño.

Quedóse Ramón a pasar la noche en *Magallo*, y a la mañana siguiente tuvo el placer de ver a su amo que, muy temprano, venía en busca de su amada cárcel, del pobre altar en que había celebrado el santo sacrificio, y de aquella desgraciada familia que él tánto amaba y que con tan profunda resignación llevaba los pesares de una existencia excepcionalmente triste. Cuando entró en la sala, preguntó:

-¿Qué hubo?

-Que vinieron –respondió desde su cama Antonio-; y como no encontraron lo que buscaban, se volvieron muy zarazos.

-Adiós, mi amo –prorrumpió Ramón-; ya lo vide, y con eso tengo pa ime zarazo yo también.

-¿Por qué no te aguardas? –le dijo Antonio, interpretando el deseo de todos.

-Porque no, mi amo; estoy mejor allá; yo soy muy curioso, y aquí no cuentan lo que pasa; hasta otro día –y salió.

-¿Cuándo vuelve? –le preguntó Mercedes, llena de lástima y simpatía, al mulato; y éste contestó:

-Cuando sea preciso, mi señorita; -y partió riendo alegremente.

-Esto está malo –comenzó el cura-; ya me da miedo levantar nueva capilla, porque no dudo que siguen buscándome, pues temo que el aviso de mi estancia aquí no lo hayan recibido de mi pueblo, como pensé, sino de estas cercanías.

-¿Por qué, señor? –preguntó desde su alcoba doña Florencia.

-Me lo hace temer así la opinión del señor de la casa en que dormí anoche: allí se desconfía de un mozo que dizque vive cerca de aquí.

-Tiene razón –pensó Antonio, mientras Mercedes decía:

-¡Tiene razón!

-No, hija, no juzgue –gruñó doña Florencia, y añadió-: ¡Pobre Petrona!

-No, señora –dijo con inocencia el Padre-; no juzgan de ella, sino de un hijo llamado Dimas.

-Por eso compadezco a la pobre madre.

-¡Ah! –murmuró el sacerdote.

Don Eleázar no satisfacía las exigencias de los mosqueristas, y éstos, con la actividad que ha distinguido siempre a los liberales de este país como hombres de partido, habían reclamado para que se les cambiara el Prefecto; y fueron escuchados, porque al día siguiente de haber vuelto Ramón al *sitio*, se presentó de nuevo en *Magallo* para decir que habían variado las autoridades. Esto afligió profundamente a los moradores de aquella casa, pero Antonio, que delante de Lucas casi nunca parecía loco, recobrando su entereza antes que los demás, prorrumpió:

-¡Nada! No hay que abatirse. ¿Te persiguen? ¡Adelante! Pero mientras te encuentran, cúmple con las obligaciones de tu ministerio. Plantemos ahora mismo el altar y prepárate a decir misa mañana y a orar por los que te persiguen y calumnian. Esa es la doctrina. ¡Adelante! Vamos a poner otra vez aquí la mesa grande.

Y dando un salto desde su lecho y con aliento de gigante, trajo la gran mesa y la colocó debajo de los santos, donde estaba puesta una pequeña. Tomó el güinche, el azadón y la barra, que habían sido colocados allí nuevamente cuando se desarregló la improvisada capilla, y los trajo y colocó detrás de la hoja de la puerta que abría sobre su cama. Llamó a Mercedes para que tendiera el paño y volvió a sentarse en su lecho; y como si el espacio de tiempo que empleó en hacer ese trabajo no fuera sino una coma en su discurso, siguió:

-¡Y ahora, que vengan! ¿Tan fácil es poner las manos sobre un ministro de Dios?, ¿y no tienes tú derecho para defenderte?, ¿por qué no te defiendes?, ¿por qué no me dejan a mí que llame a Ramón tu criado, y a otro que y conozco, para librarte, no de esos cuatro vagamundos que vinieron anoche, sino de veinte más que te acertaran a mandar?

Su rostro estaba enrojecido; brillaban sus ojos como encendidos con el ardor de la pelea; su esbelta figura parecía modelada por el dios de los combates. Iba a cumplir veinticuatro años, y su negra y suave barba, su argentina nariz, su blanca y espaciosa frente, que alguna vez envidió Mercedes, todo revelaba en él la inteligencia del hombre y la fuerza de la juventud.

-Siempre hay mucho que sentir por el cambio de Prefecto –dijo doña Florencia-; porque éste con seguridad que no nos manda avisar que envía ronda... Pero todo mi consuelo lo tengo en la Virgen. Ya llega el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, y yo le ofrezco, Padre, que ese día estarán libres los sacerdotes. No lo olvide, siento mi corazón lleno de esa verdad, tal como si la misma Virgen me la hubiera puesto allí.

A la mañana siguiente se dijo de nuevo la misa en *Magallo*, ante el concurso de mucha gente.

Pasó una semana sin incidente alguno, pero Mercedes solía decir gravemente:

-Lo peor no es que hayan traído otro Prefecto; lo que a mí me aflige es que estamos en noviembre, y este es el mes de las desgracias. Y tal parecía en verdad que la encantadora joven oyera el aviso de una voz misteriosa, porque se veía en sus ojos la fe con que anunciaba sus temores.

-Lo que es hoy –dijo Antonio con risa-, que apuren las desgracias, porque el mes ya se acaba, a que le tiene miedo Mercedes.

Esa frase y ese nombre hicieron hondo efecto en los semblantes de la madre y de la novia de Antonio. Ellas se miraron llenas de estupefacción y de contento. Mercedes se puso roja un momento y luego palideció: ¡desde su locura había tan pocas veces pronunciado Antonio este nombre, como si creyera tener delante a su novia!

Mercedes quiso aventurar una frase más, cualquiera que fuese, por sondear el estado moral de su amante, y le propuso:

-Antonio, ¿quieres llevarme el domingo al *sitio*?

-¡A los infiernos te llevaré yo!

Dióle la espalda, miró a su madre con ojos espantosos, y fijándose en Lucas, lo recorrió de pies a cabeza con la mirada, para decirle:

-¿Quiéres que nos largemos de aquí?

-Eso sí que no –exclamó Mercedes-: lo que es Antonio se va para su cama, porque se está dañando el día –y comenzó a marchar delante de él, como diciéndole que la siguiera. Lucas pasó su brazo por encima del hombro de su amigo y le ayudaba a marchar hacia la cama, porque el loco en ese momento parecía ciego.

Subió a su lecho, dominado por una convulsión, como de frío; sus dientes sonaban unos contra otros, aunque tenía el rostro encendido.

Cuando lo hubieron asegurado, las señoras se sentaron en la tarima, y Lucas ocupó el borde de la cama del enfermo.

## CAPÍTULO XXII

### Judas

Pasaron tres días más. Eran las ocho de la noche. El comandante de la nueva y última ronda enviada a *Magallo* detuvo sus hombres muy cerca de la casa y dijo:

-A ver, Dimas: ¿Cómo es que usted dice que disponemos de la gente?

-Así –principió aquel Judas-: estos tres dan la vuelta y se colocan en el arado, cerca de la puerta y la ventana de allá; estos otros tres se van al jardín y se colocan en la puerta de la alcoba; y usted, éste y yo entramos por la puerta de la sala.

-¿No hay más que esas salidas?

-No más.

-¿Habrá allí –preguntó el comandante- alguno que trate de resistir?

-Nadie –dijo Dimas-; no hay más que el cura, porque el loco vive amarrado en la cama.

Oyéronse desde la sala los pasos de una persona que corría, y casi al mismo tiempo empujaron las hojas de la ventana, cerca de la cual estaban sentadas las señoras, y simultáneamente se oyeron estas voces, en que todos conocieron la de Ramón:

-¡La ronda! ¡Que viene la ronda! ¡Güiga, mi amo, por este lao!

Mercedes dirigió, como por instinto, sus ojos, buscando los de Antonio, y éste, con aire que ella nunca pudo resistir, le hizo blanda seña con la cabeza para que se acercase. Y se llegó a él mientras el sacerdote, sobresaltado, y doña Florencia, aterrada, marchaban el uno hacía el otro, andando en puntillas, en espantoso silencio.

Cuando Antonio tuvo junto a la suya la hermosa cabeza de Mercedes, le dijo en voz baja:

-¡Suéltame!

Era imposible desoírlo. Ese era el tono que a ella le inspiraba la mayor confianza respecto del estado de su prometido, y rápidamente procedió a darle libertad, y sentía caer sobre su corazón así como un destello de alegría, porque no ignoraba que si Antonio no estaba mal en ese momento, sus consejos y sus resoluciones valdrían mucho para la seguridad del Padre.

Libre Antonio de las manos, empezó a zafarse él mismo las ligaduras de los pies, mientras decía a Mercedes:

-¡Échale aldaba a la puerta! –Y al sacerdote, que trataba de abrir la del arado-: ¡Aguárda!

Saltó del lecho y, cogiendo por los hombros a Lucas, dijo rápidamente.

-¡Acuéstate, que yo hago de sacerdote!

-¡Por nada! –respondió el Padre, sin acabar de entender si esta propuesta la dirigía la inteligencia o la locura de su amigo.

El padre se resignó, porque alcanzó a comprender que ya Antonio no le permitía huir.

El capitán de la ronda golpeó con la culata del fusil en la puerta de la sala.

-¿Quién? –preguntó la señora

-¡La justicia! Abran pronto.

-Ya va –gruñó Antonio, a la vez que tumbaba sobre el lecho al sacerdote.

-Abran, o echo abajo la puerta –gritaron de fuera.

-Tumbala, si puedes –rugió el loco

La operación de atar al cura estaba casi terminada.

Doña Florencia y Mercedes se sentaron en la tarima, y Ramón aguardaba en el arado la llegada de su amo para huir con él, cuando vió de repente tres hombres colocados en la puerta por donde debía salir el Padre.

La puerta de la sala se estremeció al empuje de los tres hombres que la custodiaban, y Antonio corrió a abrir.

El capitán se presentó solo: era un mozo de corta estatura, grueso, y con voz de mando dijo:

-Tengo orden de rondar esta casa.

Y respondió Antonio:

-A quién buscas?, ¿a mí? Yo soy: ¿por qué no caes por tierra como las malvadas que prendieron a Jesús? Miserables, entrad y poned siquiera una de vuestras manos sacrílegas sobre mí, para lanzaros a los infiernos.

Lucas, sin poderse contener, exclamó en voz alta:

-Señor, ese hombre está loco; lléveme usted a mí, que yo soy el cura que usted busca.

El capitán miró casi con desprecio al hombre que en su engaño creía verdaderamente trastornado, y dirigiéndose a Antonio, le dijo con cierto respeto parecido al temor:

-Señor, hágame el favor de darse preso.

Quién sabe qué pensaba Antonio, si dejarse conducir o retirarse, pero avanzó Dimas a las últimas palabras del capitán, y entendiendo el engaño, se acercaba al jefe para hacérselo notar. Pero Antonio adivinó en la presencia y en los ademanes del traidor –el único que podía conocerlo- lo que iba a pasar, y con rapidez increíble tomó la delgada barra de su padre, y cuando el nuevo Judas fue a decir: “Este es el loco”, no alcanzó a pronunciar la última palabra porque Antonio, cogida la barra por la mitad, lanzó sobre Dimas la punta del arma y la atravesó por el vientre. El loco dió un terrible empujón al Capitán y se botó afuera.

¡A mí! –gritó el jefe de la ronda, levantándose del suelo y llamando a sus camaradas, a la vez que corría tras del fugitivo. Gritábale ¡alto! cuando creía verlo al través de las sombras de la noche, y corrió tras él largo tiempo con todos sus compañeros, haciéndole fuego siempre que lo creían oportuno. En *Magallo* no se oyeron sino los primeros disparos que tanto atormentaron la familia.

Viendo lo inútil de la persecución, siendo ya muy tarde, pensó el Capitán volver a *Magallo* y recoger a Dimas, pero djíjole uno de sus hombres:

-Si uno de nosotros fuera el herido, bueno fuera ir a recogerlo, pero a Dimas no, que quedó a unas cuadras de su casa. Esto y el parecer de todos sus camaradas decidió al capitán a dirigirse a la población a dar cuenta de la fuga del cura y de la herida de Dimas.

El negro Ramón, al ver, desde el arado, que los hombres que guardaban aquella puerta habían desaparecido muy de prisa, se acercó por este lado a la sala; reconoció la voz de su amo, y marchando con mil precauciones, dio la vuelta a la casa para presentarse en la puerta de la sala. Estaba ésta inundada de sangre.

El dolor y el miedo oprimían la garganta del moribundo Dimas. El Padre sintió lástima por aquel desgraciado, y algo como un remordimiento oprimía su pecho, porque exclamó:

-¡Si yo no hubiera venido aquí! ¡Qué desgracia! Doña Florencia, casi moribunda, parecía sólo aguardar a saber algo de su hijo para recostarse tranquila en los brazos de la muerte, mientras que Mercedes, ahogada por la alegría, murmuró al oído de la anciana:

-Tía, me conoció.

-¿Qué?

-Que Antonio, al salir, me miró, y lo ví como él era antes de enloquecerse. Me miró y la miró a usted, y nos conoció. Él podrá recaer en la locura, pero le prometo, tía, que al huir estaba sano, más sano que cuando se fue para el colegio. Entre la huída de Antonio y las palabras que acababa de pronunciar Mercedes no ha transcurrido más que un minuto.

-¡Socorro! –exclamó, con extraña voz, el herido.

-¿Qué quiere usted, Dimas? –díjole Mercedes, poniendo en su voz una dulzura inmensa.

-Que venga mi madre y me confiese el señor Cura.

Ya éste había deshecho sus ligaduras, y, con la ayuda de Fermina y de Ramón, colocó al moribundo en la cama de Antonio, y luégo oyó la confesión de aquel desgraciado. Ya era tiempo, porque media hora después, el pobre Dimas había perdido la voz.

Vino Petrona acompañada de un hijo del mayordomo, que fue a llamarla; se acercó al lecho del enfermo, lo abrazó y lloró largo rato, reclinada sobre la faz de su hijo.

El Cura pensó, después de haber confesado a Dimas, en retirarse a la casa en que había dormido la noche de la primera ronda, pero Ramón le dijo:

-Yo lo llevo a su mercé onde quiera, y le aseguro que no me lo quitan así no más, pero me parece que la ronda no ha de volver por aquí, porque ya es muy tarde.

A lo cual agregó el Padre:

-Y si volvieran, mejor sería que me hallasen al lado de este moribundo. –Y recobrando su celestial serenidad, se acercó a Dimas y empezó a exhortarlo a un verdadero arrepentimiento. Le ofreció, en nombre de Jesús, que su alma iría al cielo; y hablándole de la inmortalidad de nuestra alma y de la bondad infinita del Criador, le vió expirar, cuando la estrella de la tarde iba en la mitad del cielo.

Un mozo fue al pueblo, por orden de doña Florencia, y a las diez del día siguiente volvió, trayendo un ataúd. En él depositaron el cadáver de Dimas que, entre Ramón y los vecinos, llevaron al *sitio*.

Por orden del alcalde, se hizo la autopsia y después del entierro, sin las solemnidades que le presta la Religión, porque los templos estaban cerrados.

Cuando Antonio, saltando por sobre el capitán, empezó a correr, no era precisamente por huír, sino por atraer sobre sí a los de la ronda, para que Lucas pudiera ocultarse en una casa vecina, a ponerse en salvo de cualquier modo que fuese; mas los primeros tiros que sobre él hicieron los soldados, y el peso mismo de la barra, que llevó en muchas cuadras de su camino, le recordaron la muerte de Dimas... Arrojó lejos la barra, como si la odiara y a ella tuviera que atribuirle la culpa del remordimiento que empezaba a sentir cuando exclamaba:

¡Ay de mí! ¡le he dado muerte a un hombre! ¡Qué espanto!... Dimas era un malvado, y yo hacía bien en defender a Lucas... pero ¿para qué haberlo matado? Yo no pensé en ello. Dios mío, tú ves que yo estaba ciego, perdóname si te ofendí.

Conocía que ya no le perseguían al través de las breñas por donde caminaba, pero recordando la muerte de Dimas, que él creía haber sido instantánea, venía el temor de la responsabilidad legal a darle fuerza y afán para obligarlo a correr.

-El de la ronda no me alcanza, pero el remordimiento va delante de mí –pensó, una vez que sintió erizarse sus cabellos. Empezó una oración, y al acabarla, dijo:

-Sí, maté a Dimas... quizás hice mal, pero si me encontrara en el mismo caso, lo volvería a matar; -y chispearon sus ojos en la oscuridad.

Antonio había corrido, desde el principio, en dirección al Salto, y ya empezaba a escuchar el ruido sordo, como un trueno lejano, de las aguas del Aures.

Marchó largo rato por senderos que conocía desde niño, pero ahora no había ya señal de vereda ninguna, por donde caminaba. “¡Adelante!”, se decía, y desgarrado con las zarzas del rastrojo, descalzo y casi sangrándole las plantas de los pies delicados, bajo un cielo negro que cernía una delgada llovizna, tocada el alma de remordimientos, llena la mente de dudas y el corazón de pesares. “¡Adelante!”, repetía. Vió una luz a larga distancia y pensó en dirigirse a la choza de donde salía aquel reflejo; pero temió detenerse antes de pasar el río, porque comprendía que una vez en la otra orilla, nadie se atrevería a pasarla para perseguirle.

Desde el *Salto* al río Aures hay poco más que una rápida pendiente de una legua, pero desde el sitio en que Antonio se encontraba, el descenso era verdaderamente vertiginoso. Para bajarlo sin senda conocida era preciso tener la fortaleza y el ánimo de Antonio, a rodar desde el borde de aquellos peñascos para caer en las tumultuosas ondas del Aures.

Al llegar a la orilla, buscó por donde bajar al río; encajonado entre altas peñas. Descendió al fin. No pensó en desnudarse, porque su vestido estaba calado de agua. Arrojóse de un salto a la mayor distancia a que le era posible. Sumergióse profundamente, y sacando luego la cabeza, empezó a nadar. Buscó en la otra orilla algo de qué agarrarse... ¡Nada! Siguió nadando, aguas abajo, en medio de la horrible oscuridad y palpando acá y allá, en busca de qué asirse. Había descendido más de una cuadra, y sentía horrible ansiedad y mortal cansancio. De pronto tocó las arenas con los pies. Levantóse y empezó a andar, hasta que salió a la otra banda. “Ya estoy en Abejorral” dijo, y empezó a marchar al través de agrio monte.

-Gracias a Dios –exclamó luego: aquí hay un camino.

Subió por él, pero empezó a sentir un malestar que no era cansancio.

-Voy a enfermar –pensó, pero sin abatirse, siguió trepando por la empinada cuesta-. ¡Me muero! –murmuró, y quiso detenerse.

-¡No!, si me sentara no volvería a levantarme. ¡Adelante, que Dios no se ha muerto! ¡Yo no soy un criminal! –Hablaban así y seguía marchando.

Mientras temblaba, dominado por un espantoso calofrío, creía sentir el traquido de los huesos de su cráneo, que parecía próximo a estallar. Y entre tanto, en su abandonada casa expiraba Dimas, y doña Florencia y Mercedes se entregaban al más vivo dolor temiendo que él, la prenda de su amor, hubiese sido herido o preso, y figurándose empapado por la lluvia, con hambre y sin saber a dónde dirigirse.

El padre se esforzaba en buscar consuelos para ellas, y él mismo se sentía abatido y no se figuraba tan buena la suerte de su amigo, como trataba de hacérselo creer a la madre y a la novia de Antonio.

Doña Florencia despachó muy temprano dos vecinos suyos, conocedores del terreno, en busca de su hijo; y pensaba enviar también a Ramón, cuando volviese del *sitio*.

El mayordomo había encontrado la barra, no lejos del fatídico arrayán, y esa vía principiaron a recorrer los que salieron en busca del loco.

## CAPÍTULO XXIII

### El sonámbulo

La noche que siguió a la partida de Antonio, como a las dos de la mañana, Mercedes despertó sobresaltada, al ruido de la puerta de la sala, que se abría. Llamó a doña Florencia, y ésta a Fermina, que desde la muerte de don Pedro dormía en la alcoba de la señora. Levantóse la negra y vió al Padre en el patio, lo llamó, pero no obtuvo respuesta, y volvió a dar aviso a las señoras.

-Se ha levantado dormido; ¿qué hacemos? –dijo Mercedes.

-¿Qué podemos hacer? –dijo más triste doña Florencia-; dejémosle la puerta abierta y aguardemos.

-¿Y si coge el camino del pueblo y lo ven los liberales?

-Esperemos con fe: en medio de tantas calamidades, es preciso confiar algo a la Bondad Divina. Nosotras poco o nada podemos hacer, y en esta casa no hay más gente que nosotras.

El Padre, parado en la mitad del patio, giraba lentamente sobre sí mismo, como tratando de orientarse. Después se dirigió a la *puerta de golpe*, cuyo agudo chirrido oyeron desde su cama las señoras. Bajó a la quebrada, trepó la lomita y torció a la derecha hacia la casa de Petrona. Llegó allí y dio varias vueltas al rededor de la humilde choza; detúvose unos momentos, sentado en una piedra del patio, y luego se levantó para dirigirse lentamente a una roca que se levantaba dentro del pequeño huerto de aquella cabaña; dio la vuelta al rededor de la piedra y empezó a palparla y a tratar de meter los dedos por entre los intersticios que se veían en ella, que parecía formada por una aglomeración de piedras planas. De éstas, una cedió un poco bajo la mano del sacerdote, y éste se dedicó a moverla; la piedra estaba floja, pesaba mucho, sin embargo, el Padre logró volcarla porque estaba apenas recostada a la roca. Se agachó, alzó un objeto que colocó debajo del brazo y volvió a desandar el camino, sentándose aquí, parándose largo rato allá. Llegó a la casa de *Magallo* y penetró en la sala. Doña Florencia lo llamó al sentir que entraba, pero él no contestó.

Iba a amanecer. Mercedes llamó a Fermina y ambas se levantaron.

Lucas estaba sentado en la cama que había ocupado Antonio y que había muerto Dimas. Tenía a su lado una alcancía, y juntas las manos como si orase. Luego se recostó en la cama y siguió profundamente dormido. A las seis de la mañana despertó y se sentó al borde del lecho. Mercedes se acercó a saludarlo, preguntó cómo había pasado la noche y respondió que muy bien.

-Pero usted se levantó y estuvo mucho rato afuera –le dijo *la niña*.

-¿Yo? –preguntó el sacerdote, sorprendido, y empezó a reparar en su ropa y notó que estaba descalzo y con barro en los pies.

Cavilaba, y Mercedes no quiso interrumpirlo con nuevas preguntas.

Pasados unos minutos, dijo el Padre:

-¿Yo no traía un cajoncito?

-¿No es ese? –díjole Mercedes, mostrándole la alcancía.

-Este es. ¿Dónde está la señora?

-En la alcoba.

-Sírvase decirle que me permita entrar.

Doña Florencia lo mandó seguir, y el cura, con el cajoncito en la mano, llegó a referirle así:

-Dimas, confesándose, me pidió perdón por haber querido entregarme a los que me perseguían, y luego me contó, para que lo refiriese a ustedes, que él hurtó al difunto don Pedro una suma que Antonio trajo del pueblo en los cojinetes de la silla, y que lo ocultó, sin atreverse a gastarla. Me dijo en qué sitio lo tenía, para que lo sacara y lo devolviera a ustedes. Yo me proponía madrugar hoy, con alguna persona de confianza, a buscar esto; pero creo que madrugué demasiado... agregó sonriendo.

Abrieron la alcancía y hallaron justa la suma que don Pedro había perdido.

El Padre agregó la relación del hurto de varias reses, diciendo que Dimas le había suplicado que lo refiriese todo a la señora y que le pidiera que lo perdonase.

La restitución de aquel dinero causó algún asombro en la casa de *Magallo*, pero ni doña Florencia ni Mercedes dieron muestra alguna de satisfacción del hallazgo, tanto por natural desprendimiento cuanto porque su ánimo, hondamente preocupado con la ausencia de Antonio, no podía alegrarse con unas monedas de plata.

## CAPÍTULO XXIV

### La profetisa

Pasaron nueve días, y una tarde, como a las dos, se presentó en *Magallo* una mujer, vestida casi de harapos. Llamábase Juana. Traía una carta para doña Florencia, y Mercedes leyó:

“Madre adorada, Mercedes mía:

“Al traspasar con la barra de mi padre el cuerpo del desgraciado Dimas, sentí que su espíritu, como herido, se ponía en contacto con mi alma al través de mi brazo, y que una venda roja se desprendía de mis ojos. Empecé a huir con la carrera de un desesperado, hasta que me persuadí que no me seguían. Cerca del amanecer, pedí posada en una casita miserable, a la orilla del camino, y en ella he pasado gravemente enfermo, con una fiebre horrible.

“¡Cuánto las habré hecho sufrir, después de la muerte de mi padre, en el largo tiempo que he pasado con ustedes, presa yo de una pesadilla horrorosa, en que las dos me parecían fantasmas aterradores!

“Estoy muy cerca de Abejorral. La mujer que lleva esta carta les hablará de mí.

“Hay que pagarles a estas buenas gentes todo el bien que me han hecho. No puedo más, estoy muy débil, adiós.

Antonio”.

Doña Florencia y el Padre lloraban, pero Mercedes parecía haber guardado todas sus lágrimas para ese instante. Muchas veces después, hablándome de esa carta, me decía:

-Si en vez de traerme esa noticia de Antonio me hubieran traído la de su muerte, yo me hubiera desesperado, pero no habría llorado como lloré ese día.

Empezaron a interrogar a la buena mujer que trajo la carta, y ella se expresó así:

-Como al primer gallo oímos tocar a la puerta, mi padre preguntó: ¿quién es?, y le respondieron: ¡Socorro! Se levantó mi padre a abrir y nosotras detrás. El señor llegó hechito agua, porque atravesó nadando el río. Mi padre le preguntó quién era, y él respondió que había matado a uno porque llegó con ronda a coger al padrecito. Le dijo mi padre: ¡muy bien hecho! ¿Así no más es ir cogiendo los curas pa desterrarlos? Entrese pa`cá. Y lo ayudó a desnudarse y le prestó camisa y calzones, y lo hizo acostar, pero el señor seguía tiritando y dando diente con diente, hasta que lo agarró un cansón de lo más terrible, y comenzó a desvariar y a llamar a su madre y a otras personas; a los dos días comenzó a quebrantarle el mal con las tizanas que le dábamos, y esta mañana me despachó con esa carta, porque en casa no hay más hombre que mi padre, y ya está muy viejo.

-Tía –comenzó Mercedes-; que se vaya Ramón con ella a traerlo.

-No, niña –interrumpió Juana-; no puede venir a caballo, porque no hay camino.

-Entonces, que vaya un peón y lo traiga en silla.

-Tampoco –replicó el Cura-, porque podrían conocerle y denunciarle, fuera de que su debilidad acaso no le permita viajar en silla, y fuera de que él no debe volver aquí a convalecer; que venga cuando tenga todas sus fuerzas para escapar si lo persiguen.

-¿Qué hacemos, pues? –preguntó la infeliz novia.

-Mejor sería ir nosotras, si yo no estuviera tan moribunda, pero dicen que no hay camino...

-¿Por dónde vino ella? –preguntó Mercedes, señalando a Juana.

-Por entre rastrojos y trepando por las peñas –contestó la mujer, y agregó-: yo no topo más modo que dando la vuelta por Abejorral.

-Pues por Abejorral –suplicó *la niña*.

Toda esta conversación tenía la elocuencia y la ternura que le prestaban las lágrimas.

-Pues así... -comenzó a decir doña Florencia-; ¿y quién nos lleva?, o quién la lleva a usted, porque yo no estoy para hacer más viajes que el del cementerio. –Y cambiando de tono, agregó-: lo primero que hay que hacer es darle de comer a Juana y despacharla inmediatamente con recursos para Antonio. Después veremos cómo vamos allá o lo traemos aquí.

El juicioso parecer de la señora, unido a su expresivo acento, hizo que la Niña saliera a cumplir los deseos de su tía.

Entregóse, un cuarto de hora después, a Juana, una buena suma de dinero, con la cual debía salir inmediatamente, dormir en el Salto y llegar a la mañana siguiente a la presencia de Antonio. Ramón debía salir con ella, servirle a aquél en cuanto lo necesitara y volver a dar cuenta de su estado, del camino y de la opinión de Antonio acerca de cómo harían para reunirse. Convinieron en no escribir nada y en decirle a Antonio que no escribiera: Ramón debía ser *carta viva*.

Cuando éste llegó a la presencia de su amo Antonio, cuánto fue su asombro al hallarlo tan calmado, tan tranquilo, y que casi parecía mudo, pronunciando débilmente lo poco que hablaba; pálido y demudado como si hubiera estado enfermo mucho tiempo. El convaleciente hizo varias preguntas acerca de su madre, de Mercedes y de Lucas, de Dimas y Petrona, y Ramón contestó a todo gastando siempre más palabras de las necesarias.

A los tres días volvió el mulato a *Magallo* y dió clara cuenta del estado de Antonio: que estaba muy bien cuidado por el dueño de la casa y sus tres hijas; que lo respetaban y querían mucho; que estaba enteramente bueno, y que sólo suspiraba por abrazarlos: que debían abstenerse de reunirse con él, porque era seguro que al saberse, como se sabía ya, que él había desaparecido de *Magallo*, se sospecharía algo respecto del verdadero matador de Dimas; que le enviaran la mula por el camino de Abejorral y que él iría a ellas tan pronto como pudiera.

Otro día después salió Ramón a llevar la mula ensillada y encontró a Antonio en mucho mejor estado y muy contento: así lo relató dos días después, en *Magallo*, asegurando que en breve estaría allí el amigo querido de su amo.

El mulato se volvió para el *sitio*, y a los dos días voló a *Magallo* con esta nueva:

-Los conservadores se pronunciaron. “Botella se tomó el cuartel en Abejorral, para lo cual Nepomuceno Gutiérrez cogió por el pescuezo al centinela y no lo dejó hipar; los rojos de Sonsón huyeron.

-¿Lo oye, señor? –dijo, llena de admiración, doña Florencia-; ¡ya están libres los sacerdotes!

El júbilo y el temor del resultado final de ese pronunciamiento embargaban el ánimo del Padre y de Mercedes. Sólo doña Florencia estaba segura de que todo había terminado y que el levantamiento equivalía al triunfo.

Siguió Ramón hablando para decir que el pronunciamiento era en todos los pueblos de Antioquia. Ya se lo tenía yo dicho a don Antonio –seguía Ramón-; ya yo lo sabía que esto iba a suceder, antes había tardado la cosa. Ahora ya su mercé está libre y yo me voy de soldado. Y ésta sí va a ser la de todo el día. Porque el que haga las diez de última no le volverá a dejar hacer baza al otro. Adiós, mi amo, ya no nos veremos hasta que nos topemos en el pueblo otra vez.

Tendió su mano al sacerdote y a las señoras, y no se volvió a ver más.

Doña Florencia pasó ese día mejor que los anteriores: hasta los azules cercos de los negros ojos se habían desteñido un poco, pero estaba más pálida que de costumbre. Habló alegremente todo el día y se recogió más temprano que los anteriores.

A medianoche oyó la negra Fermina que su señora roncaba de una manera especial, y llamó a Mercedes. Esta se levantó, se acercó a su tía y la llamó, pero doña Florencia no contestaba. Vistióse Mercedes a toda prisa y llamó a Lucas; éste declaró que la señora estaba expirando. Rodearon su lecho, y el sacerdote rezaba; media hora después, el último estertor había cesado, y doña Florencia subía al cielo en alas de su fe. A esa misma hora, otra anciana y santa matrona de Sonsón despertaba a su esposo para contarle que acababa de soñar viendo a doña Florencia subir al cielo en compañía de la Inmaculada Concepción<sup>3</sup>

Llevóse aquella misma noche la noticia de la muerte de la señora a varias casas vecinas, y a las ocho de la mañana estaba llena de gentes amigas de la casa de *Magallo*.

A las diez salieron para el *sitio* con el cadáver acostado en una pequeña tarima.

Mercedes lloraba sin desesperación, y después de dar varias órdenes, montó a caballo y salió con Lucas detrás del humilde féretro.

El sacerdote la acompañó varios días en la casita del *sitio*, pero oculto a las miradas de todos, aunque en la población se sabía su presencia en el desolado lugar. Él hubiera querido no dejar a *Magallo*, pero se creía obligado a no desamparar una hora a la prometida de su amigo.

Envióse un peón a Antonio con carta de Lucas, en que le contaba lo ocurrido. Antonio tuvo el pensamiento de correr a su casa, pero preguntó:

¿Ya habían enterrado a mi madre?

-Cuando yo salí –contestó el peón-, todavía la tenían en la sala, pero iban a enterrarla pronto, y dijo el Padre que a usted no le convenía ver la muerta ni estar allá.

-Está bien –pensó Antonio; se enjugó una lágrima y pidió su mula.

Llegó a Abejorral y se fue directamente al cuartel a dar su nombre y a pedir una arma. Contestó a Lucas rogándole que no abandonase a Mercedes hasta que viniera don Andrés a acompañarla, y escribió a su novia:

“Mercedes mía:

Acabo de saber nuestra desgracia.

He venido aquí a juntarme con los que van a combatir contra un poder que ataca los más sagrados derechos. Mi presencia a tu lado sería indisciplinable cuando tanto patriota busca las batallas, dejando también familia y hogar.

Ahora mismo mando un peón a La Ceja a avisar a mi tío la muerte de su hermana y a llamarlo a tu lado hasta mi vuelta, si Dios quiere que viva.

Para sustraerme al castigo que la ley quisiera imponerme por la muerte de Dimas, creo que basta con que se sepa que lo maté estando yo demente, pero quiero hacer cuanto me sea dado en favor de la sociedad a quien ofendí, y exponer mi vida en la guerra que comienza, como satisfacción a mis paisanos, antes de venir a juntarme contigo por toda la vida; antes de consagrarme todo entero a tu amor y a tu felicidad. Adiós, réza mucho por tu

ANTONIO”

---

<sup>3</sup> Aquella profecía de la libertad de los sacerdotes, la muerte inesperada de la profetisa en el día de la Inmaculada, y el sueño de su amiga, todo es rigurosamente histórico.

## CAPÍTULO XXV

### Cascajo

Pocos días después de esta carta, marchaba Antonio en la pequeña columna que atacó en Altopelado, a corta distancia de La Ceja. Con permiso de su jefe, avanzó hasta la población, donde encontró a su tío acabando de despachar sus tres hijos a la guerra para correr él a Sonsón a juntarse con Mercedes hasta la vuelta de Antonio.

Este, en larga conversación que tuvo con don Andrés, le dijo:

-Si Dios tiene resuelto que yo deje mi vida en uno de los próximos combates, quiero que Mercedes sea dueña de todo lo mío. Ella sabrá bien emplearlo en favor de su padre y de sus hermanos, yo lo sé, pero deseo que conste que todo le pertenece a ella.

-Está muy bien –respondió don Andrés.

Las escasas fuerzas que envió el sur del Estado a combatir contra las tropas del Gobierno, eran los restos de aquella *Tercera División*, que tantas veces se cubrió de gloria en la guerra de 1860.

Eran los veteranos de tres años de constantes combates, tan bravos y tan aguerridos como los mejores soldados del mundo.

-Antonio no sólo recuperó el juicio –decía don Andrés, hablando con Mercedes-, sino que lo ha recuperado de más: está muy serio y aunque habla mucho de usted y parece quererla mucho, todo lo demás le llama poco la atención; talvez será por haber estado tanto tiempo fuera del mundo.

El Presidente Bravo mandó a uno de sus generales a batir al doctor Pedro Justo Berrío, que acaudillaba las fuerzas revolucionarias del Norte, y él marchó a Rionegro a enfrentarse con los pronunciados del Sur.

Estos ocupaban las cercanías de Marinilla, Rionegro y La Ceja, en una línea demasiado extensa para tan corta tropa.

El 4 de enero de 1864, habiendo tenido noticia el señor Bravo de que las fuerzas que envió a órdenes del General Plaza habían sido vencidas en Yarumal y muerto el jefe que las mandaba, resolvió atacar las que tenía a corta distancia. Marchó al frente de mil quinientos hombres bien disciplinados, perfectamente armados y casi lujosamente vestidos.

Las fuerzas de Sonsón, Abejorral y La Ceja ocupaban las pobres posiciones que les ofrecía un terreno casi llano, surcado por la quebrada de *Cascajo*.

A toques de corneta fueron desplegándose uno a uno los batallones del Gobierno, y cayendo sobre los revolucionarios, que a esa hora no llegaban a quinientos. Con éstos estaba el Ney de Sur América, General José M. Gutiérrez E., el bravo Pachito Londoño, el impasible Gutiérrez González y otros más.

Antonio peleaba en el batallón salido de Abejorral; pero al ver que los sonsoneños se aprestaban a dar una primera carga, corrió a juntarse con ellos y tuvo la satisfacción de ver cejar a los soldados del Gobierno, al mismo tiempo que sus compañeros, casi inermes, recogían los fusiles que abandonaban los enemigos que huían.

Los de Abejorral gritaron: “¡A la carga!”, y allí estuvo Antonio haciendo con ellos estragos en el enemigo.

Por entonces llegó al campo de batalla el bizarro General Marulanda, salido de La Ceja al oír los primeros tiros, a la una de la tarde.

El señor Bravo comprendió que había perdido muchas probabilidades de las que antes le aseguraban el triunfo, cuando tenía tres veces la fuerza del enemigo y cuatro veces sus armas, y ordenó dar una carga.

Antonio se estaba en la mitad del llano buscando con ávidos ojos la figura de Bravito, de quien sabía que montaba un caballo peceño. Distinguiólo en el momento en que el Presidente se acercaba a una *puerta de golpe*. Brilláronle los ojos al vengativo Antonio; la rabia y la alegría iluminaron su rostro; tendió el fusil, cuya mira cubrió el cuerpo de Bravito; disparó, y el Presidente de Antioquia cayó muerto o moribundo, atravesado por el costado derecho. Su caballo voló al llano dando corcovos, y no se detuvo hasta quedar preso en un tremedal, cerca de Antonio. Este tomó el animal y se lo regaló al mulato Ramón.

Una hora después, casi terminado el combate, estaba Antonio, jadeante de fatiga y de cansancio, sentado en el llano; parecía triste y con el pensamiento muy lejos del peligro de la batalla. Le vieron sacudir ligeramente la cabeza y extender su cuerpo en la verde sabana: una bala acababa de atravesarle la frente.

Ramón creyó que lo habían herido y corrió a llevarle el caballo que hacía poco había recibido de su amo Antonio, y lo encontró muerto, con el rostro desencajado.

## Epílogo

Yo he conservado siempre por Mercedes el mismo respetuoso cariño que me inspiró en la infancia. Con relativa frecuencia la he visitado en su casita del Alto, donde ha vivido casi siempre sola, sin más compañía que la negra Fermina.

La finca de *Magallo* fue vendida, y su producto lo repartió Mercedes entre su padre y sus hermanos. Dejó para sí la casita del *sitio* y una módica suma colocada a interés, que le producía lo necesario para una vida verdaderamente modesta. Ha contado siempre con sus fuerzas y ha creído que debía trabajar siempre, aun cuando hubiese sido muy rica. Una tarde me dijo:

-Tánton hemos hablado de mi vida, que ya usted la sabrá de memoria.

-Creo que sí –le contesté.

-¿Por qué no la escribe? Creo que hay en toda ella algo que debe llamar la atención.

-Yo creo como usted, y para ponerme a la obra me basta que usted me autorice.

-Demás, escríbala –me dijo.

Hace tres meses que recibí una cartica suya, en que me decía:

*“Mi buen amigo:*

*Hace muchos días que usted no asoma por aquí, y hoy tengo una gran cosa que contarle.*

*El primer día en que esté un poquito desocupado, dése una huidita de la plaza y arrime por este alto.*

*Su affma.,*

MERCEDES”

Antes de la hora de la tarde en que solía ir a visitarla, estuve en su casa, lleno de afán, que no de curiosidad.

-¿Qué hay? –le pregunté al entrar.

-¿Ya está escrita mi historia? –me preguntó sonriendo y haciéndome señas para que me sentase.

-Hace siglos –le respondí-; pero dígame a qué me llamó, porque a preguntarme eso no ha sido.

-Para eso sólo lo llamé: es que quiero dictarle el epílogo.

-¿Qué quiere usted decir? –le pregunté.

-Vamos por partes: ¿qué nombre piensa ponerle al libro?

-Lo título Mercedes.

-Creo que hace usted mal: el nombre que le conviene es Antonio.

-Puede ser, pero yo soy como nuestras campesinas, que bautizan sus hijos con el nombre que traen.

Sonrióse y me dijo:

-¿Quiere, de veras, hacerme el favor de cambiarle el título?

-Por ningún motivo; y ahora, dígame a qué me llama, porque yo creo que usted está engañándose.

-Partamos la diferencia –dijo, sin hacer caso de mi preocupación-: no se llame Antonio ni Mercedes, pongámosle otro nombre: ¿le parece bien La venda roja?

-Me parece excelente, pero ya le dije que no le quito el que traje.

-Me conformo; usted sabe más que yo de esas cosas –dijo pensativa, y luégo me preguntó-: ¿Me pinta usted bonita?

-Sí.

-Agregue que ahora estoy hecha una vieja llena de canas.

-Corriente, pero dígame a qué me llamó.

Y díjome así:

-Hace algún tiempo que me estoy sintiendo muy enferma; en días pasados llamé al doctor Henao, me examinó largo rato y me dijo que no sabía a punto fijo cuál era mi mal, pero que parecía algo muy serio. Yo creo que él sí comprendió mi enfermedad, pero que quiso ocultármela. Ha venido varias veces, y hoy, por fin, ha resuelto declararme que tengo un cáncer interno que me matará en poco tiempo.

-¿Quién sabe! ¡No crea! –le dije, lleno de espanto y de dolor-: los médicos se engañan a veces mucho.

-Es verdad, pero el doctor tiene razón: yo estaba ya persuadida de mi mal cuando llamé al médico... No haga esa cara... ¿No sabemos que tenemos que morir?, ¿para qué nos confundimos? No me quejo de la vida, aunque he sufrido mucho, pero tengo tan alta idea de la futura, que no me aterra dejar este valle de lágrimas...

Volví a mi casa con el corazón despedazado.....

Han pasado tres meses. Mercedes murió anoche, y hoy la hemos llevado a su última morada.

Murió de cuarenta y dos años.

Tendida en su ataúd, con los ojos medio abiertos, ligeramente inclinados hacia la frente, con su bella nariz perfilada, con su blancura de alabastro, estaba verdaderamente bella...

Al retirarnos del cementerio, sobre la fresca argamasa que cubre su sepulcro, escribí, con pesar profundo

**MERCEDES.**

***FIN***

## INDICE

## PÁGINAS

Prólogo .....	
Capítulo	
I Un envoltorito de hojas de achira	
II Una adivinanza nueva	
III A la suerte	
IV Palos en seco	
V En viaje	
VI San Lucas y el buen ladrón	
VII Lágrimas de felicidad	
VIII El ramo de rosas	
IX Origen del güinche	
X La cacería	
XI Cero, y van dos	
XII ¡Que te castigue Dios!	
XIII El abrazo	
XIV ¡Está loco!	
XV El beso	
XVI El alma de los brutos	
XVII Otro novio	
XVIII Hojas de chagualo	
XIX El fugitivo	
XX Dulzura de la muerte	
XXI La ronda	
XXII Judas	
XXIII El sonámbulo	
XXIV La profetisa	
XXV Cascajo	